L SUMMER HANFORD



UN DULCE ROMANCE DE LA REGENCIA

SU BESO NAVIDEÑO

Su beso navideño

Un romance de la Regencia del primer beso

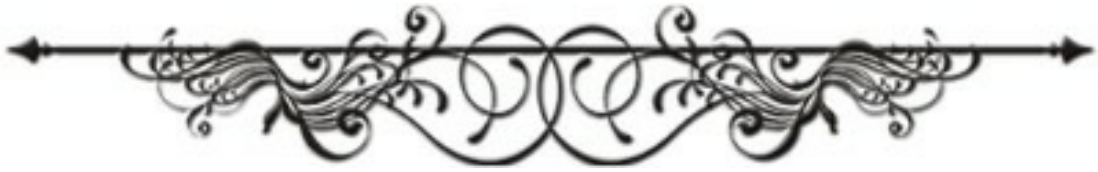
L. Summer Hanford

Índice

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Epílogo

Otras Obras de L. Summer Hanford
¡Gracias por leer esta novela!
Acerca del Autor

Capítulo Uno



Sentado en el extremo opuesto del sofá, Arthur observó, hipnotizado, como Wendy Barlow agitaba un abanico ante sus labios. El arco teñido de rojo de su boca estaba allí y luego desapareció. Se encontraba ahí y luego no estaba. A ella le encantaba burlarse de él con lo que él quería, pero que aún no podía tener.

Lo que ella no sabía era que, en preparación para su vigésimo primer cumpleaños, del cual solo faltaban seis semanas, él le había escrito a su tío, diciéndole que tenía la intención de pedirle su mano. No solo porque la cortesía lo obligaba a informar al hombre que lo había criado, sino también porque el conocimiento previo de cualquier plan propuesto debía ser una estipulación del patrocinio de su tío. No es que el tío Garrick tuviera muchas opciones sobre dónde otorgar su favor o su fortuna, pero Arthur y su hermana menor Lillian eran los únicos parientes del tío Garrick.

Por encima del abanico que ondeaba, los ojos azules de Wendy brillaban. Ella sabía el efecto que tenían sus bromas y el hechizo que tejía sobre él. Aunque a Arthur esto no le importaba en absoluto. Él y Wendy Barlow estaban destinados a ser el uno para el otro. Arthur simplemente esperaba la carta de respuesta de su tío y luego oficializaría su noviazgo.

Hace varios años atrás, cuando Arthur conoció a Wendel, el gemelo de Wendy, en la universidad, ellos entablaron una amistad inmediata. A pesar de su parentesco con Wendel, Arthur nunca había soñado que tomar su descanso navideño en la mansión rural de los Barlow le permitiría conocer a la mujer con la que pasaría el resto de sus días. Desde aquel fatídico invierno, Arthur se había convertido casi en un residente de Barlow Manor, contento bajo el hechizo de Wendy.

Ella continuó agitando su abanico, decorado con una escena de Dolus esculpiendo Mendacium, que resultó ser su favorito de las fábulas de Esopo. Arthur apreció el esfuerzo que Wendy ponía en su coqueteo, especialmente porque el clima de mediados de marzo no proporcionaba calor. De hecho, al otro lado de la habitación, donde Wendel estaba sentado jugando solitario, un fuego danzaba entre dos pilares de mármol, debajo de una repisa anticuada y ostentosamente ornamentada.

Al ver a Wendel completamente absorto en su juego, Arthur estiró un brazo a lo largo del respaldo del sofá. Tal vez dejaría de lado el decoro por una vez y se enrollaría un solo rizo alrededor de su dedo índice. Adoraba las sedosas trenzas de Wendy. Oro blanco como el sol brillando en el agua. Muy diferente a los ásperos mechones negros que caracterizaban a su propia familia. Con la mirada fija en la de él, ella bajó su abanico. Su audacia creció. Él extendió la

mano. Detuvo el movimiento y su mano estaba a un pelo de su suave piel. Sin embargo, tocarla cuando ni siquiera había anunciado un noviazgo sería una afrenta a la sociedad y una falta de respeto hacia ella.

Un dolor lo invadió. Habían esperado mucho tiempo para declarar sus intenciones. Arthur habría presionado para una boda hace mucho tiempo, pero su padre había estado enfermo desde antes de que Arthur la conociera y había muerto hacía poco más de un año. Nunca había sido el momento adecuado para pedir la mano de Wendy. Ahora, no solo había terminado su año de luto, sino que Arthur había alcanzado la mayoría de edad y, en un mes, ella alcanzaría la suya. Él solo esperaba escuchar del tío y eso los estaba deteniendo.

Necesitaba la bendición del tío Garrick para seguir gozando del favor del anciano. Los padres de Arthur los habían dejado a él y a su hermana casi sin nada. Era la fortuna del tío Garrick la que Arthur heredaría algún día, y fue por capricho de su tío que se les permitió gozar de una vida "aburguesada". Siendo este el caso, la carta de Arthur también insinuaba un aumento en su asignación para apoyar mejor a Wendy.

"No recuerdo haber escuchado alguna prohibición," dijo Wendel en tono suave.

Sorprendido, Arthur retiró la mano y le lanzó a su amigo una mirada tímida. No se había dado cuenta de que Wendel levantaba la vista de su juego. El semblante de Wendy expresaba disgusto, pero Arthur solo sintió alivio de no haberse extralimitado ni haberla tocado.

El abanico de Wendy volvió a levantarse. "No seas aburrido, Wendel."

"Yo soy tu hermano. Si no defiendo tu honor, entonces, ¿quién lo hará?"

"Puedo defender mi propio honor."

Los gemelos se miraron el uno al otro, con el ceño fruncido como si estuvieran en un juego.

"Sabes que mis intenciones son honorables," añadió Arthur. "Y no le puse un dedo encima a la señorita Barlow. No hay motivo para la agitación."

Wendy volvió el ceño hacia él. "Tus intenciones y la ubicación de tus dedos no importan en lo más mínimo. Soy perfectamente capaz de decidir si deseo permitirle a un hombre libertades con mi persona. No es asunto de Wendel."

"¡Diablos! No es así," protestó Wendel. "Arthur, tienes una hermana. ¿Qué harías si me pillaras acariciándola?"

"La señorita Garrick es la hermana menor del señor Garrick y su pupila," dijo Wendy, salvando a Arthur de una respuesta que solo podía apoyar la causa de Wendel. "Soy tu hermana mayor."

"Por un cuarto de hora."

Arthur inclinó su cabeza para descansar en el respaldo del sofá y analizó el techo, decorado con pájaros azules y nubes blancas. Una vez que los gemelos comenzaban una discusión, la misma duraba horas.

"Es irrelevante cuánto tiempo," expuso Wendy remilgadamente.

"Lo que es irrelevante es que seas mayor. Si fueras un hombre, importaría, pero eres solo una niña, así que eso a nadie le importa."

El abanico de Wendy se cerró de golpe. "Si yo fuera un hombre, marcharía hacia allí y…"

"Muchachos, tengo noticias," expresó la señora Barlow, deslizándose hacia la habitación, sin que sus pies hicieran ruido a pesar de lo delgada de la alfombra raída.

Arthur se puso de pie para hacer una reverencia, aprovechando el movimiento para ocultar su sonrisa. Como la voz de Wendy, en particular, era bastante penetrante, la señora Barlow seguramente la escuchó y había decidido ignorar la discusión en curso. Cumplidas las normas, Arthur volvió a tomar asiento para atender las noticias de la señora Barlow.

Ella se detuvo en medio de la habitación, impidiendo que los gemelos se miraran fijamente y dijo: “tu prima, Daphne, viene de visita.”

Arthur lanzó una mirada rápida a Wendy. Ella y Wendel rara vez mencionaban a sus primos, los Hayhurst, y solo despectivamente. Arthur sabía poco de ellos, ya que no se habían aventurado a salir de su casa de campo en más de veinte años. Poseían una casa adosada en una de las calles más elegantes de Londres, pero siempre la alquilaban porque necesitaban fondos.

“¿La prima Dafne? ¿Aquí?” La mirada de Wendy se entrecerró. “¿Cuándo?”

“Deberías habernos consultado con nosotros, madre,” añadió Wendel.

“No queremos tener ningún Hayhurst aquí, madre,”·expuso Wendy con severidad.

“No te voy a preguntar qué es lo que deseas, querida.” El tono de la señora Barlow transmitía una calma imperturbable. “Tampoco era necesario que consultara a ninguno de ustedes.”

Wendel hinchó el pecho, lo cual era su hábito menos entrañable. “Mi padre me dejó todo, incluida esta mansión. No necesitas consultar a Wendy, pero deberías haber hablado de invitar a nuestra prima conmigo.”

La señora Barlow volvió su expresión apacible hacia su hijo. “Sí, tu padre te lo dejó todo, Wendel, y estoy seguro de que te resultará esclarecedor asumir la dirección de mi lugar, pero hasta que cumplas veintiún años, yo lo haré, en mi calidad de tutor tuyo. Como tal, invité a tu prima Daphne a visitarnos durante el mes de abril.”

Wendel frunció el ceño y tamborileó con los dedos sobre la mesa de juego. “Lo veo. Introdujiste deliberadamente esta visita a escondidas antes de nuestro cumpleaños.”

“ ‘Escondidas’ es una palabra desagradable, Wendel,” expresó la señora Barlow con un toque de severidad. “Además, tu tía ya me respondió, aceptando.”

Wendy hizo un chasquido. “Seguramente la tía Hayhurst aceptó. Están felices de endosarnos a su hija. Tienen siete hijos que cuidar, cuatro de ellos son niñas.” Miró a su madre y a su hermano. “Cuidado, Wendel, es probable que la prima Daphne venga aquí para atraparte.”

Wendel golpeó la mesa con la palma de la mano, desplazando sus cartas. “Será mejor que no lo haga. No daré caridad donde mi padre no se dignó hacerlo.”

“¡Oh, Wendel!” Dijo la señora Barlow con tristeza. “Si tan solo pudiera contar contigo para que no hicieras las cosas que tu padre hizo, en lugar de las que no hizo.”

Las cejas de Arthur se alzaron. ¿Sabría finalmente por qué la señora Barlow y el señor Barlow nunca se habían llevado bien? Había oído rumores, sin duda, pero sabía que no debía considerar los rumores como verdad. La fuente de la ruptura entre los padres de los gemelos era el mayor secreto de la casa, y el único que los gemelos nunca compartirían.

Wendy dejó escapar un suspiro exagerado. “Eres tan dominante, madre.”

“Madre, el mal comportamiento de mi padre contigo fue por toda una vida,” insistió Wendel, en un tono más amable.

“¿Oh? ¿Esto formó la división entre tu padre y el señor Hayhurst?” La presunción acechaba en los bordes del tono de la señora Barlow. “Me parece que si una transgresión debe ser perdonada con el tiempo, también debe ser perdonada la otra.”

“Excepto que mi padre era inocente de los cargos que el tío Hayhurst hizo contra él,” espetó Wendy.

La señora Barlow se encogió de hombros y su calma habitual volvió a su lugar. “Eso es una cuestión de opinión.”

“Mi padre nos aseguró su inocencia,” confirmó Wendel.

Wendy levantó una mano para detenerse. “No volvamos a tener esta discusión, especialmente delante de nuestro invitado.”

Wendel se inclinó hacia un lado para mirar a su hermana, más allá de su madre. “Garrick es prácticamente uno de la familia.”

Wendy también ajustó su pose para ver mejor a su hermano. “No estamos discutiendo este asunto.” Su voz mantuvo un tono áspero y duro.

La señora Barlow volvió a interponerse entre ellos. “De todos modos, he invitado a Daphne para el mes de abril. Ella celebrará tu cumpleaños con nosotros. Es una buena oportunidad para conocer un poco a tu prima antes de que comience la temporada. Daphne y Christine saldrán juntas este otoño, por lo que seguramente las encontraremos a todas en Londres.”

Wendel dejó escapar un gemido. “Eso será una molestia constante, nuestros parientes pobres intentarán utilizar nuestras relaciones para salir adelante.”

“¿No es la prima Christine bastante joven para salir del armario?” Preguntó Wendy. “Supongo que planean ahorrar dinero combinando las temporadas de las niñas, lo que también explica por qué dejaron que la prima Daphne envejeciera tanto antes de regalarle una.”

“Christine tiene diecisiete años y Daphne veinte,” dijo la señora Barlow. “Ambas edades son perfectamente respetables para salir del armario. ¿Puedo recordarte, Wendy, que tendrás veintiún años cuando salgas del armario este otoño?”

“Sí, pero por la enfermedad y fallecimiento del padre. No porque seamos pobres.”

La señora Barlow dejó escapar un largo y lento suspiro. “Siempre serás la hija de tu padre.”

Wendy levantó la barbilla en el aire. “Por supuesto.”

Arthur no pudo evitar admirar su porte regio. Un hombre se ganaría la envidia con una mujer tan majestuosa del brazo.

“De todos modos, cuando llegue tu prima, trata de encontrar en tu corazón el deseo de ser cortés.” La señora Barlow se movió para incluir a Wendel en su mirada severa. “Usted también. Ahora que tu padre se ha ido, tengo la intención de recuperar a mi hermana.”

Arthur se esforzó por no dejar que el interés se reflejara en su rostro. Así que era cierto que el distanciamiento entre el señor y la señora Barlow tenía algo que ver con la hermana de la señora Barlow, la señora Hayhurst. Tal vez los rumores que había oído sobre los dos caballeros y una actriz fueran ciertos.

“Ahora, si me disculpan, tengo que hacer los preparativos.” La señora Barlow dirigió una expresión agradable a Arthur. “Y que tenga un buen día, señor Garrick,” añadió, luego dio la vuelta y salió de la habitación.

Arthur se levantó rápidamente para hacer una reverencia ante su espalda. Mientras sus pasos se desvanecían por el pasillo, él se recostó en el borde del sofá. Ajustó su lugar, buscando consuelo en un cojín que necesitaba un relleno nuevo, y miró de un gemelo al otro.

“Ven, por fin debes decírmelo. ¿Por qué tu padre y el señor Hayhurst se desagradaban tanto y qué tiene eso que ver con que tu madre y tu padre siempre estaban en desacuerdo?”

Los labios carnosos de Wendy formaron un puchero. Ella cruzó los brazos sobre el pecho, con expresión terca.

Arthur deseaba tener la libertad de borrar esa expresión con un beso.

Wendel se encogió de los hombros. “Bueno, si la prima Daphne viene aquí, tal vez sea hora de que lo sepas.”

“Wendel,” jadeó Wendy. “Señor Garrick no necesita conocer el escándalo de nuestra familia.”

Wendel frunció el ceño, mirando de Wendy a Arthur y viceversa.

Arthur se reclinó, adoptando una pose indolente. “No es que no lo sepa. Todo Londres susurra sobre cómo el señor Hayhurst desafió a tu padre por una actriz. Como todo el mundo

sabe que soy vuestro invitado frecuente, he sido objeto de rumores en más de una ocasión."

Wendel movió los hombros. "Bueno, entonces ya conoces el meollo de esto."

Arthur negó con la cabeza. "Pero, no... ¿Por qué el señor Hayhurst desafiaría a su hermano por matrimonio a un duelo por una actriz, y por qué eso haría que tu madre se enojara para siempre con tu padre, incluso después de su muerte?"

"Todo fueron celos," afirmó Wendy. "El señor Hayhurst se dio cuenta de que había elegido a la hermana menor, así que inventó una aventura entre mi padre y una actriz, y luego desafió a mi padre para crear un escándalo."

"Hayhurst también estaba celoso de la riqueza de nuestro padre," añadió Wendel.

Arthur controló sus expresiones. Wendel y Wendy siempre hablaban como si su padre hubiera poseído una gran fortuna, pero Arthur había oído más rumores que los simples sobre la actriz. No llamaría pobres a los Barlow, pero ciertamente tampoco eran ricos. Los rumores que circulaban por Londres decían que el padre de los gemelos había invertido tontamente y apostado mucho antes de enfermarse. Después gastó generosamente en cualquier supuesta cura, aunque todos sabían que la viruela no se podía curar.

"Entonces," dijo Arthur, arrastrando las palabras y tratando de sacar la verdad. "Tu tío Hayhurst quería casarse con tu madre, pero tu padre le ganó. En represalia, ¿tu tío creó una aventura imaginaria y luego desafió a tu padre para asegurarse de que todo Londres se enterara del rumor?"

Wendel asintió. "Exactamente."

"Pero, ¿eso no causaría también una ruptura entre tu madre y su hermana, y no entre tu madre y tu padre?"

Wendy sacudió la cabeza y la luz del fuego doraba sus rizos. "Mi madre tontamente creyó el rumor."

"¿Y ella sigue enojada con tu padre incluso ahora? ¿Por acostarse con una actriz hace más de veinte años?" Arthur entendía que a las mujeres no les gustaba que sus hombres coquetearan con otras, pero, ¿mantener una indiscreción contra su marido para siempre? ¿Incluso en su lecho de muerte?

Wendy le dirigió una fuerte mirada. "A nosotras, las mujeres de Barlow, no nos agrada que nos traicionen, señor Garrick."

Wendel se rió entre dientes. *"Considérate advertido, Garrick."*

Arthur se giró en el sofá para mirar a Wendy a los ojos. "Nunca la traicionaría, señorita Barlow."

Ella recompensó esa declaración con una dulce sonrisa.

Wendel gimió. "¡Ug! Lo único que ustedes dos han hecho esta mañana es mirarse con ojos de ternero. Vengan, jueguen a las cartas conmigo, los dos, o convenceré a Arthur para que practique esgrima."

Wendy se puso de pie, lo que hizo que ambos caballeros se levantaran. "Vayan a la valla," dijo. "Debo hacer un inventario de mis joyas y decidir qué guardar bajo llave, mientras la prima Daphne esté aquí. Si el padre es un mentiroso, no hay razón para pensar que la hija no robará."

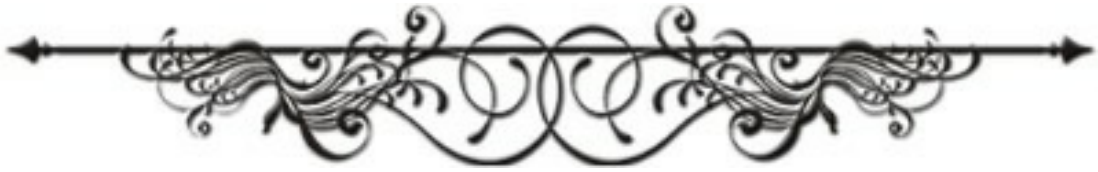
Aunque Arthur pensó que eso era un poco extremo, asintió y luego fijó una mirada de admiración en Wendy, mientras ella salía de la habitación. Una vez que ella desapareció de la vista, se volvió hacia Wendel, quien lo miró de manera divertida. Arthur se aclaró la garganta, sintiéndose un poco culpable por comerse con los ojos a la hermana de su amigo más cercano. "¿La mejor de cinco?"

Wendel asintió y se puso de pie. "Sí y ten cuidado, tengo la intención de criticarte por la

forma en que miras a mi hermana.”

“Intentarás reprenderme, querrás decir, y ella será mi novia muy pronto.” Con ese pensamiento para animarlo, Arthur abrió el camino desde el salón, con la intención de demostrar su rectitud a Wendel.

Capítulo Dos



Daphne se sentó en su sofá floral favorito y modificó cuidadosamente el escote de uno de los vestidos de su madre. De color amarillo pálido como las rosas del patrón de rosas y enredaderas del sofá, el vestido era uno de los favoritos. Daphne guardaba buenos recuerdos de su madre, usando el vestido para uno de los bailes navideños anuales de su familia, mientras la espiaba a través de la barandilla. Más encantadora de lo que Daphne jamás podría aspirar a ser, mamá había lucido una figura elegante en la pista de baile con papá. Su madre no se había puesto el vestido en los años siguientes, pero Daphne había aspirado a usarlo desde aquella noche mágica hacía más de una década.

"Sabes, querida Daphne, tú, Christine y yo podríamos hacer nuestro viaje de búsqueda de moda a Londres antes de lo planeado," dijo la madre desde donde estaba sentada, leyendo en el sofá de enfrente, uno tapizado en blanco con rayas amarillas y verdes. "Todavía tenemos tiempo para encargar vestidos nuevos para tu viaje a Barlows."

Mientras jugaba ajedrez con el mayor de sus hermanos, Christine levantó los ojos color avellana del tablero. "No necesito un guardarropa nuevo," dijo y movió un peón.

Frente a ella, su hermano Edward deslizó su caballo por el tablero, un movimiento que Christine contrarrestó instantáneamente.

"Tampoco necesito un guardarropa nuevo en este momento, pero, gracias, madre." Daphne sacó más hilo de su costurero. "Mis primos apenas han salido del luto. Probablemente todavía estén grises. No deseo parecer demasiado llamativa en comparación."

Su padre, sentado en un sillón verde junto a una de las altas ventanas que daban al jardín trasero, agitó su papel, pero se negó a bajarlo para contribuir. A través de la ventana abierta, resonaron las risas de los dos niños más pequeños de Hayhurst, seguidas por los gritos enojados de las dos niñas más pequeñas. Nadie en el salón mostró preocupación, conscientes de que su niñera los supervisaba.

"No entiendo en absoluto por qué Daphne debe ir a donde los Barlow." El tono de Christine tenía una nota de agravio. "Esta es nuestra última primavera todos juntos."

"No estaremos todos juntos," dijo Edward, mientras empujaba al alfil recorriendo todo el ámbito. "Me quedaré con un compañero de escuela."

"A nadie le importa dónde vas a estar, Edward," expuso Christine al mover otra de las pequeñas figuras de marfil.

Edward hizo un contraataque y dijo: "a todos les importa. Además, no hay forma de saber que este será nuestro último verano juntos."

Christine arrojó una pieza de ajedrez sobre el tablero. “Por supuesto que lo es. Estamos teniendo una temporada. Seguramente Daphne encontrará un marido con presteza, y yo me casaré con Ryan y nos iremos a nuestras propias casas.”

“No debes llamarlo por su nombre de pila,” indicó Edward. Una mirada mostró que su expresión era tan implacable como su tono. Tomó un peón y lo derribó a una casilla de distancia. “Todos hemos crecido ahora. Debes llamarlo señor Quincy.”

“Tú lo llamas Ryan,” respondió Christine.

“No soy una niña.”

“Yo tampoco soy una niña. Soy una señorita.”

“Eres una chica. Lo sé por cómo juegas al ajedrez.”

Christine movió su reina. “¿Te refieres a la forma en que te estoy ganando al ajedrez?”

“Niños,” los llamó la madre en un tono sufrido.

“Él empezó,” se adelantó Christine y casi al mismo tiempo Edward dijo: “ella empezó.”

“Y lo estoy terminando.” Las breves palabras de la madre no permitieron más argumentos.

Daphne ocultó una sonrisa y se concentró en sus puntos.

“Daphne irá a los Barlow porque seguramente los encontraremos en la ciudad este otoño,” continuó la madre en la habitación, ahora silenciosa. “Como su padre ya no tiene ningún desacuerdo con el señor Barlow, seremos educados y socializaremos con tu tía y los primos. Daphne es la base para una temporada alegre en su compañía.”

“Ella es más como un cordero de sacrificio,” murmuró Edward.

“¿Alguna vez te vas a mudar, Edward?” Preguntó Christine. “Conseguiré el reloj de arena si no puedes mantener un ritmo decente.”

Daphne levantó la vista y vio un ceño fruncido en el rostro acosado de su madre.

“Además, Edward tiene razón, Christine,” prosiguió la madre. “No debes referirte al señor Quincy por su nombre de pila, ni hablar de él como tu prometido. Tu padre no le ha dado permiso para cortejarte, y mucho menos para que se casen.”

“Solo porque mi padre está siendo obstinado.”

Al otro lado del salón, el padre volvió a hacer sonar su periódico.

Christine arrojó rizos dorados que Daphne no pudo evitar envidiar, miró el papel tintineante y dijo: “bueno, lo eres, papá.”

Daphne miró al otro lado de la habitación para pedirle silencio a su hermana menor con la mirada, pero Christine observó el papel que sostenía su padre. ¿Debían soportar la perorata de Christine, una vez más? Era obvio para todos, excepto aparentemente para su hermana, que el padre no tenía intención de cambiar de opinión.

“Es tu turno otra vez,” dijo Edward.

“Sé que estás escuchando, padre,” espetó Christine. Ella respiró hondo. “No estás siendo justo,” continuó en un tono más suplicante.

El padre bajó el periódico y dejó al descubierto una franja de cabello castaño con mechas grises. Los ojos ámbar, reflejados en el rostro de Daphne, miraron a Christine con paciencia. “Algún día te darás cuenta de que estoy siendo justo. Lo que no sería justo para ti es permitirte casarte con el primer hombre que te atrae, sin tener la oportunidad de conocer a otros. Especialmente si la mayor parte de tu dote va para pagar inmediatamente sus deudas.”

Christine cruzó los brazos sobre el pecho. “Cuando tenía catorce años, dijiste que era demasiado joven para casarme con Ryan antes de que él se fuera a pelear al continente. Cuando su hermano mayor murió y él regresó, yo tenía dieciséis años, así que ya no era demasiado joven, pero dijiste que no podía casarme con él hasta que pagara la deuda que su hermano había

acumulado, mientras administraba la propiedad. Bueno, está administrando el patrimonio, obteniendo ganancias y pagando la deuda. ¿Cuándo estarás satisfecho?"

El padre negó con la cabeza. "Cuando haya pagado hasta el último centavo sin el beneficio de tu dote. El dinero que asignaré estará destinado a garantizar que tú y tus hijos tengan una buena vida, no a reparar el daño causado por el malvado hermano mayor del señor Quincy." El padre miró a Christine con severidad. "Además, debes vivir un poco la vida, antes de tomar una decisión tan trascendental. Una temporada. Eso es todo lo que pido. Ve lo que otros caballeros en Inglaterra tienen para ofrecerte. Entonces, si todavía amas al señor Quincy, él podrá cortejarte y, una vez pagadas sus deudas, podrá casarse contigo."

"Estará diez años pagando a los coleccionistas, Chris, así que también puedes tener una temporada," añadió Edward. "El padre tiene razón. Hasta que no lo pague todo, nunca sabrás que Quincy no está simplemente detrás de tu dote."

Daphne dejó la aguja y se tapó los oídos.

"¿Cómo te atreves?" Christine chilló. "Ryan me ama. Se casaría conmigo incluso sin dote."

"Entonces deja que padre le ofrezca tu mano sin una y mira lo que dice."

"Lo único que quieres es más dinero para ti."

Con las manos todavía tapándose los oídos, Daphne miró la lámpara de araña en el centro de la habitación, segura de que el volumen de la voz de su hermana hacía vibrar los cristales.

Edward se levantó a medias para inclinarse sobre la mesa. "Yo no…"

"Niños," dijeron la madre y el padre simultáneamente.

El padre se puso de pie. Dejó caer el periódico, abierto por un artículo sobre envíos, en una mesa cercana. "Edward, ven conmigo."

Daphne se quitó las manos de los oídos. No necesitaba seguir y escuchar para saber qué sermón recibiría Edward. Sería cómo… aunque era el hijo mayor y un hombre de diecinueve años, él no era el guardián de sus hermanas. Su padre seguiría cuidándolos, como siempre lo había hecho, al igual que su madre. No requerían un tercer padre.

"Pero, ella no se ha movido todavía," murmuró Edward, con tono hosco, mientras se enderezaba para ponerse de pie.

"Aquí." Christine tumbó una pieza en el tablero de ajedrez. "Jaque mate."

La expresión testaruda de Edward se transformó en un ceño fruncido.

"Edward, ven conmigo," reiteró el padre y cruzó hacia la puerta del salón.

Con el rostro inclinado hacia la lujosa alfombra floral, Edward se alejó, arrastrando los pies detrás de su padre.

Afuera se escuchó otro ataque de risas y chillidos. Daphne también pudo adivinar esa interacción. Sus dos hermanos menores, de catorce y trece años, atormentaban a sus hermanas menores, que tenían once y ocho años y les encantaba organizar elaboradas fiestas para sus muñecas. Por lo general, ellos subían muñecas a los árboles y las mantenían como rehenes, a cambio de cualquier obsequio que las niñas hubieran conseguido de su cocinera. Su niñera ignoraría el espectáculo, a menos que uno de los niños subiera demasiado alto o exigiera un pago demasiado elevado.

"No debes hablarle así a tu padre, Christine," dijo mi madre en voz baja.

Christine empezó a reajustar las piezas de ajedrez.

"Lo digo en serio," confirmó la madre.

Una rosa apareció en las mejillas de Christine. Daphne se preguntó si debería volver a taparse los oídos, pero su hermana levantó la vista sus con grandes ojos color avellana. Tentativamente, Daphne atravesó la tela del vestido con la aguja que sostenía.

“¿Por qué no quieres que me case con el señor Quincy? Lo amo desde que era niña. ¿Durante cuántos años debo ser coherente antes de que mi padre admita que mi corazón no cambiará?”

“Tu padre no desea que te apresures demasiado. Tienes toda tu vida para casarte, una vez que hayas tomado la decisión.”

Christine sacudió la cabeza y los rizos rebotaron. “Tú y mi padre todavía están enamorados. Cualquiera puede ver eso. ¿Cómo puede un hombre que ama a su esposa, no cree en el amor que siento por Ry... por el señor Quincy?”

La madre dejó escapar un suspiro. “Sé que crees, después de haber vivido diecisiete años, que conoces el mundo, pero tendrás que aceptar que tu padre ha vivido más del doble y sabe más del doble.”

Christine cruzó los brazos sobre el pecho. “No tengo que aceptar eso. Y…”

“Christine,” interrumpió la madre.

“¿Qué?”

“Ve a tu habitación, querida. Dedica algún tiempo a la contemplación tranquila. Sal cuando sientas que puedes usar un tono civilizado y mostrar deferencia a tus mayores.”

Christine se puso de pie. “Bien.” Ella salió de la habitación.

Daphne una vez más dejó caer la aguja y se tapó las orejas con las manos. La puerta del salón se cerró de golpe detrás de su hermana. Esta vez, no podía haber duda de que los cristales del candelabro temblaron, emitiendo un tintineo al chocar.

La madre dejó escapar otro suspiro, cerró el libro y se frotó la cara con ambas manos. Daphne reanudó su trabajo con el vestido.

Sin los aros excesivos que habían sido populares cuando su madre usó el vestido por primera vez, fue necesario levantar el dobladillo. Daphne ya se había ajustado la cintura, y añadió encaje al corpiño, para darle un toque más modesto.

“Daphne,” dijo la madre.

Daphne levantó la mirada. “¿Sí?”

“¿Crees que el apego de Christine al señor Quincy es genuino?”

Daphne apretó los labios, pensando, y luego dijo: “es difícil decirlo. Conociendo a Christine, podría muy bien convencerse de un afecto inquebrantable por terquedad.” Daphne evocó una imagen del señor Quincy. Cabello castaño ondulado. Ojos azules serios. La mirada de cachorrito que siempre le dirigió a Christine, incluso después de luchar en el frente y regresar a casa para administrar una propiedad endeudada por su hermano mayor. “Creo que el señor Quincy está realmente apegado a ella.”

“Bueno, eso es algo, al menos.” La madre tamborileó con los dedos sobre el volumen cerrado que tenía en el regazo, con expresión pensativa.

“¿Madre?” Preguntó Daphne tentativamente, envalentonada porque su madre buscaba su opinión sobre Christine.

Los brillantes ojos azules de su madre se centraron en ella. “¿Sí, querida?”

“Si voy a casa de la tía Barlow para sentar las bases de la camaradería familiar, ¿puedo saber la causa de la enemistad entre padre y el tío Barlow?”

Daphne esperaba otro suspiro, pero su madre la analizó calmadamente. Daphne contuvo la respiración, sin saber cómo influir en la evaluación de su madre. Ella y Edward habían dedicado muchas conversaciones susurradas a especular sobre la naturaleza de la disputa entre su padre y el tío Barlow.

La madre bajó la mirada. “Supongo que deberías. Sin duda, tus primos tendrán una versión, y cuando vayamos a Londres este otoño, otros también la tendrán.”

“¿La gente de Londres lo sabe?”

Los padres de Daphne nunca iban a Londres. Tenían una casa allí, pero siempre la habían alquilado, hasta esta primavera. Ahora, esta se sometió a renovaciones para prepararla para su llegada a finales de año.

La madre asintió. “Sí, todo el mundo en Londres lo sabe. Al menos, cualquiera que se interese. Es de conocimiento común.” Ella hizo una mueca. “En el fondo, tu padre y tu tío se pelearon por una mujer. Una *actriz*.” La madre dijo esa palabra con disgusto. “Tu padre desafió a tu tío por su afecto. Tu tío se negó a luchar y fue tildado de cobarde.”

“¿Eso es todo?” Daphne preguntó cuando su madre no ofreció información adicional.

La madre asintió.

“¿Eso ha mantenido a nuestras familias separadas durante más de veinte años?”

La madre se encogió de hombros. “Supongo que es un poco más complicado que eso, y no ayudó que el señor Barlow prohibiera a tu tía recibir cartas mías o escribirme.”

“¿Padre no te ordenó lo mismo?”

“Tu padre se dio cuenta de que todo el incidente fue una farsa y me pidió disculpas. No puedo estar seguro, pero no creo que mi hermana haya recibido una disculpa similar. Según tengo entendido, por las pocas cartas que hemos intercambiado desde la muerte de tu tío, mi hermana nunca perdonó a su marido y nunca se reconciliaron.”

Daphne entrecerró la mirada. “¿Por qué padre y el tío Barlow tendrían que disculparse contigo y con la tía Barlow?”

La madre hizo un gesto con la mano. “Todo eso es cosa del pasado, querida, y debería permanecer allí. Todo lo que necesitas saber es que tu padre y yo nos amamos, y a ambos nos entristeció no ver a tu tía durante tantos años ni conocer a tus primos a medida que crecían.” Dicho esto, la madre bajó la mirada y abrió su libro.

Daphne frunció el ceño, pero volvió a tomar la aguja. Mientras cosía, intentaba adivinar lo que su madre no había dicho. La mirada ocasional a la expresión fija de su madre, que mantenía incluso mientras leía, revelaba que no recibiría más información.

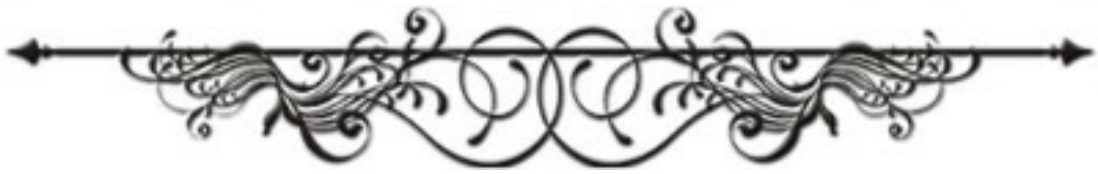
Daphne terminó el dobladillo y empezó a guardar la aguja, el dedal y el hilo. Una vez hecho esto, dobló con cuidado el vestido confeccionado, con la intención de probárselo esa noche. Afuera se oían pasos, silenciados por la puerta cerrada del salón. La puerta se abrió para revelar a su padre.

“Buenos días, querida,” dijo el padre, ofreciéndole a la madre una sonrisa, que le fue devuelta rápidamente. Luego centró su atención en ella. “Daphne, ¿una palabra en la biblioteca?”

“Sí, padre.”

Daphne la dejó cosiendo en el sofá y se levantó. Ella no se había portado mal como Edward y Christine. ¿Su padre, al igual que su madre, planeó una confesión? Tenía tantas esperanzas, mientras cruzaba la habitación, sintiendo la mirada de su madre sobre ella.

Capítulo Tres



Arthur detuvo su montura en la cima de una colina que dominaba la mansión de los Barlow y observó el gran carruaje brillante que salía de la entrada principal. Tirado por un cuarteto de frisones perfectamente combinados y tripulado por un cochero y dos tigres con librea, el vehículo densamente lacado era uno de los mejores que jamás había visto. Mientras contemplaba la escena de abajo, dos de los lacayos de los Barlow aparecieron en el patio para levantar un gran baúl del camino de entrada y llevarlo a la parte trasera de la mansión.

Wendel lo alcanzó y detuvo su montura junto a Arthur, soltando un silbido bajo. "¿A quién pertenece esa belleza?"

"¿Que belleza?" El tono de Wendy transmitía molestia.

Cuando corrían, ella prefería que los caballeros le permitieran ganar. Arthur normalmente lo hacía, pero su semental había deseado correr y ya había soportado un mes entero en el que Wendel afirmaba ser el mejor jinete. En este nuevo mes de abril, Arthur tenía la intención de que Wendel supiera un cambio de suerte en ese sentido.

"Ese carruaje." Wendel señaló hacia donde el vehículo se alejaba con estrépito por la carretera.

"Es espectacular." Wendy miró a Arthur con ojos brillantes. "¿Es de tu tío? ¿Crees que te lo dará junto con el resto de sus posesiones?"

Arthur negó con la cabeza. "No es del tío Garrick. ¿No llegará tu prima hoy? ¿Quizás este sea el de los Hayhurst?"

Wendy resopló. "¿Cómo podrían permitirse tener un carruaje tan magnífico?"

Arthur no tenía una respuesta preparada. Las personas que no habían podido residir en Londres durante más de veinte años, que planeaban combinar la temporada para sus hijas de veinte y diecisiete años, no podían poseer un carruaje como el que subió a la cima de una colina y desapareció de la vista ante ellos.

"No lo sabremos desde aquí," dijo Wendel. "Corre hasta el establo." Empujó a su montura con los talones y la bestia saltó colina abajo.

"Tramposo," lo llamó Arthur y se lanzó tras él.

A lo lejos, él escuchó el grito de molestia de Wendy, pero mantuvo su concentración en navegar por la ladera por la que él y Wendel iban bajando. En poco tiempo, pasó junto a su amigo. Arthur descendió al suelo del valle y se dirigió hacia el establo, mientras Wendel se quedaba aún más atrás.

Arthur llegó al establo y se detuvo. Saltó de la silla cuando un mozo de cuadra se adelantó

para tomar su montura. “Asegúrate de pasearlo hasta que se calme y trátalo bien. Hoy ganó dos carreras.”

“Sí, señor,” dijo el mozo de cuadra, y luego se alejó con el semental.

Wendel se acercó ruidosamente a la puerta del establo. “Pensé que te tenía esta vez, Garrick.”

Arthur sonrió. “Tendrás que hacer mejores trampas si quieres superarme.”

Wendel pasó una pierna por encima de la silla y bajó al suelo. “A la próxima, lo haré.”

Un segundo mozo de cuadra se llevó el caballo castrado de Wendel y ambos se dieron vuelta para esperar, mientras Wendy bajaba por la ladera. Tenía un asiento admirable, espalda recta y expresión serena. La visión misma de una dama gentil. Arthur no pudo evitar una oleada de orgullo porque pronto sería suya.

“Está tardando una eternidad,” murmuró Wendel. Se llevó las manos a la boca y gritó: “oye, Wendy, sigue adelante.”

Arthur se frotó ligeramente su barbilla, ocultando su diversión cuando la cabeza de Wendy giró para revelar su ceño fruncido.

Wendel retrocedió medio paso. “Oh, ahora estás enojada.”

“La dejamos atrás dos veces.”

“Bueno, voy a dejarla atrás otra vez. No necesito una reprimenda antes de la cena.” Wendel dirigió una mirada entrecerrada a Arthur. “Espero que mi hermana llegue a casa sin problemas.”

Arthur extendió las manos con las palmas hacia adelante para protegerse de la desconfianza de Wendel. “Si la señorita Barlow está de alguna manera desarreglada, es por su viaje.”

Wendel resopló. “Wendy no viaja lo suficientemente rápido como para que el viento la despeine.”

“Entonces, imagino que llegará a la casa con una visión de perfección.”

Wendel lanzó una mirada hacia el camino que conducía al establo, por donde Wendy paseaba con su yegua. “Y llegaré a la casa sin ser castigado.” Él mostró una sonrisa y salió a correr.

“Wendel Barlow, no te atrevas a salir corriendo,” chilló Wendy.

Wendel saludó con la mano, pero no dio la vuelta, mientras corría hacia la casa.

Wendy detuvo su montura junto a Arthur y lo miró por encima del hombro. “¿Y qué tiene usted que decir, señor Garrick?”

“Que eres encantadora cuando tus ojos brillan de ira, señorita Barlow.”

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, considerando sus palabras. Finalmente, ella asintió. “Puedes ayudarme a bajar, señor Garrick.”

Consciente de que varios mozos de cuadra merodeaban en la entrada del establo, Arthur agarró con cuidado la delgada cintura de Wendy y la levantó hacia abajo. En el momento en que la puso de pie, dejó caer los brazos y dio un paso atrás, lo que le valió poner los ojos en blanco. Uno de los mozos de cuadra se adelantó para recoger su montura.

“Esa no fue la... asistencia que esperaba,” ella dijo.

“Esa fue la ayuda de un caballero,” respondió y luego le ofreció el brazo. “¿Puedo acompañarte a la casa?”

“Puedes.” Wendy puso su mano ligeramente sobre su brazo. “Tomemos el camino del jardín.”

Arthur frunció el ceño porque ese era el camino menos directo, pero obedientemente dirigió sus pasos en esa dirección. Wendy comenzó una diatriba sobre el comportamiento de Wendel mientras caminaban. Arthur intentó concentrarse en el escenario, en vez de enfocarse en las palabras.

El jardín de los Barlow era considerable, pero estaba mal cuidado. Lo que alguna vez podrían

haber sido seductores topiarios, ahora eran poco más que manchas confusas y peludas. La hierba siempre estaba demasiado alta. La maleza se arrastraba entre grandes rocas planas y senderos de grava, que necesitaban una nueva capa de piedra. Por una de las fuentes por las que pasaron ya no corría el agua, y otra gorgoteaba intermitentemente; la boca de la urna de la que la joven vestida de estilo griego vertía estaba obstruida por algas. En los parterres, las flores se mezclaban indiscriminadamente con las plantas silvestres.

Aún así, la franja de nubes de arriba estaba pintada de tonos naranja y rosa por el sol poniente, y el aire del final de la tarde era templado, especialmente para abril. Wendy guardó silencio cuando entraron al mirador en el centro del jardín, una estructura de seis lados a través de la cual se cruzaban todos los caminos. Arthur intentó tomar el camino que llevaría desde la glorieta a la mansión, pero ella dejó caer su brazo.

Volteó y la encontró mirándolo a través de las pestañas bajas.

“Bésame,” respiró ella.

Arthur retrocedió medio paso, sorprendido. “¿Aquí? ¿Ahora?”

Él había deseado saborear los labios de Wendy, de hecho, él había soñado con hacerlo durante años, pero le había asegurado a Wendel, su hermano, que tenía una razón para no hacerlo: no estaban casados. Ni siquiera eran prometidos ni estaban comprometidos oficialmente.

“Sí. Aquí. Ahora.” Ella agitó las pestañas y se acercó a él.

Arthur dio otro paso atrás. “No estaría bien.”

Su expresión pasó de tímida a censuradora. “El mes pasado, casi me tocas la mejilla. Pensé que eso significaba algo, Arthur. Pensé que se acercaba el momento de conocernos mejor.”

“Eso lo haremos. Le escribí a mi tío.”

Ella se inclinó hacia adelante, con expresión ansiosa. “¿Y?”

“Bueno... todavía no ha respondido.”

Ella levantó las manos. “¿Mi cumpleaños se acerca rápidamente y él aún no ha respondido? ¿Qué harás si no lo hace?”

Arthur cuadró los hombros. “Pedir tu mano, por supuesto. Si no ha respondido antes de tu cumpleaños, no tiene derecho a ofrecer su opinión. Después de todo, soy un hombre adulto. Le informé de mi intención de proponerte matrimonio solo como cortesía.” Él hizo una mueca. “Bueno, y le pedí un aumento en mi asignación, ya que seremos dos.”

“Bueno, entonces, si tienes la intención de proponerme matrimonio con o sin su bendición, no hay razón para no besarme.”

Arthur tragó. “Hay muchas razones. Te respeto demasiado como para comprometerte.” Su amplio gesto abarcó su cabeza hasta los pies. “Eres una visión de la perfección, Wendy. No lo estropearía.”

Sus labios se fruncieron en un puchero, pero ella asintió. “Soy bastante perfecta.”

Arthur sonrió. “Lo eres.” Ofreció su brazo. “Ahora, ¿puedo acompañarte a la casa para que te cambies para la cena, señorita Barlow?”

“Puede hacerlo, señor Garrick.”

El alivio lo llenó cuando ella puso su mano sobre su brazo y le permitió dirigir sus pasos en dirección a la casa una vez más. Wendy podía ser tenaz en sus ataques de ira. No deseaba estropear la cena poniéndola de mal humor.

Desvió la conversación hacia la próxima celebración de ella y Wendel, mientras recorrían un camino mejor mantenido ligeramente. Al igual que en su anterior crítica contra su hermano, ella no necesitó respuesta de Arthur para mantener su diálogo unilateral. Cuando llegaron a las escaleras de la casa solariega, el sol brillaba rojo detrás de una fila distante de árboles.

Arthur la acompañó a través de la puerta, abierta por el mayordomo de los Barlow, y se inclinó sobre su mano. “Hasta la cena, señorita Barlow.”

Ella ofreció una sonrisa con hoyuelos. “Hasta la cena, señor Garrick.”

Arthur retrocedió para verla deslizarse escaleras arriba, esperó un largo momento para asegurarse de que no la encontraría en el pasillo superior y luego siguió. Entró en su habitación y encontró a su ayudante de cámara, Stenson, cepillando el esmoquin, el resto de la ropa estaba dispuesta y había un recipiente con agua humeante esperando.

Stenson levantó la vista de su trabajo cuando Arthur cerró la puerta. “Pensé en su chaqueta azul marino, señor, ya que ha llegado la señorita Hayhurst.”

Arthur frunció el ceño. La chaqueta azul marino era su mejor opción. “¿No crees que es demasiado para cenar con una prima?” ¿Y a Wendy no le desagradaría que se vistiera para la señorita Hayhurst? “¿Sabes algo de la joven?”

Stenson volteó para seguir cepillando. “Parece una joven agradable,” dijo en tono suave. “Delicadas características.”

Arthur se rió entre dientes mientras cruzaba hacia el lavabo. “Bonita, ¿verdad?”

“Bastante.”

Razón de más para no darle a Wendy la impresión de que había puesto especial cuidado en su apariencia. “Me pondré la chaqueta verde, Stenson.” Arthur tiró del nudo de su corbata.

Detrás de él, el roce cesó. “¿La chaqueta verde, señor?”

El abrigo, desprovisto de casi todo adorno, era el favorito de Arthur. Cómodo y de un color verde intenso que lo hacía sentir como resaltaba su cabello negro y sus ojos grises. Esta chaqueta también era la más antigua. Si bien Stenson se aseguró de que el artículo no mostrara desgaste visible, la falta de estilo y la calidad general del uso marcaron el abrigo.

“Sí, la chaqueta verde.”

A Arthur no le molestó en absoluto que la opinión de Wendy sobre la chaqueta coincidiera con la de Stenson. En todo caso, debería complacerla, usando un abrigo tan raído para encontrarse con su prima. De esta manera, no cabía ninguna conjetura de que Arthur trabajara para impresionar a la señorita Hayhurst.

“Muy bien, señor,” dijo Stenson en su tono más desaprobador.

Arthur se permitió una leve sonrisa y continuó desvistiéndose.

“¿Prefiere la de crema de mantequilla o la caléndula, señor?”

Una mirada mostró que Stenson sostenía dos chalecos. Una vez más, Arthur prefirió la opción menos ostentosa. Al fin y al cabo se trataba de una cena campestre, no de la ópera de Londres. “El amarillo.”

“Ambos son tonos de amarillo, señor.”

“No. Uno es naranja. Me pondré el amarillo.”

“Ciertamente, señor.”

Mientras Stenson desaprobaba casi cada paso de esta elección, Arthur se lavó y se vistió para la cena. El resultado final fue modesto. Casi demasiado informal para la cena. Precisamente, ese era el objetivo de Arthur.

Después de evaluar su apariencia en el espejo, Arthur se volvió hacia su ayudante de cámara. “Anímate, Stenson. Nunca se sabe, puedo derramar algo sobre el abrigo y arruinarlo.”

“Solo cabe esperar, señor.”

Arthur mostró una sonrisa y salió al pasillo.

Ojos del color de la miel oscura se encontraron con su mirada, brillantes bajo una cofia de rizos color caramelo. Un vestido amarillo pálido descendía desde un elegante cuello y clavículas,

perfilando una figura alta y esbelta. Obviamente renovado, el vestido era muy sencillo, casi severo y eminentemente modesto. Dio un paso adelante, incluso ese ligero movimiento a lo largo del pasillo que los separaba exudaba gracia, y ensayó una sonrisa vacilante.

"¿Primo?" Si sus ojos eran miel oscura, su voz era una versión dulce y ligera de ese mismo dulce.

Una risa sonó desde la izquierda de Arthur. Wendel salió al pasillo. "Dudo que alguien nos haya confundido antes, Garrick."

Arthur apartó la mirada de la visión en el pasillo para señalar a Wendel. "En efecto."

La joven se deslizó por el pasillo hacia ellos, con los labios en forma de arco levantados en las comisuras. "Debería haber notado la falta de parecido con la tía Barlow, pero no podía imaginar quién más estaría en el pasillo."

Wendel ofreció una reverencia practicada. "¿Supongo que eres es mi prima, señorita Hayhurst?"

Ella le devolvió una elegante reverencia. "Dafne, por favor. No necesitamos quedarnos en formalidades, primo."

"Y debes llamarme Wendel." Él volvió a inclinarse.

Una oleada de molestia recorrió a Arthur. ¿Por qué se quedó mudo e ignorado? Aclarándose la garganta, dio medio paso hacia adelante.

"Parece que ustedes dos llegaron juntos del siglo pasado," dijo Wendel con una sonrisa, señalando desde el vestido de la señorita Hayhurst hasta el chaleco de Arthur, que combinaba perfectamente con el color del vestido. Wendel se volvió hacia la señorita Hayhurst. "Daphne, este es mi viejo amigo, el señor Garrick... Garrick, como probablemente habrás deducido, esta es la prima Daphne."

Garrick apartó la mirada de esos ojos color ámbar para inclinarse. "Señorita Hayhurst."

Ella hizo una reverencia. "Señor Garrick."

Wendel le tendió el brazo. "¿Puedo acompañarte al salón, prima?"

"¿No deberíamos esperar a tu hermana?"

Wendel meneó la cabeza, con el brazo aún extendido. "Wendy prefiere llegar al menos media hora tarde. De esa manera, todos podrán verla entrar a la habitación."

"Oh." El tono vacilante de la señorita Hayhurst coincidió con sus movimientos, mientras colocaba su mano sobre la manga de Wendel. "Entonces sí, por favor. Ya he olvidado adónde me indicó tu madre que fuera."

"Justo por aquí." Wendel la movió, pero miró por encima del hombro a Arthur, mientras caminaban por el pasillo. "Vamos, Garrick. No te quedes en el pasillo esperando a Wendy... A la señorita Hayhurst," añadió, en un susurro escénico más alto que su voz habitual: "a Garrick y Wendy les falta poco para declarar un compromiso, así que estoy obligado a vigilarlo."

"Oh." Esta vez la señorita Hayhurst pareció sorprendida. Ella también echó una rápida mirada por encima del hombro, mostrando ese elegante cuello.

Sintiéndose decididamente de mal humor, Arthur siguió a Wendel y a la señorita Hayhurst, a través de la mansión. Cuando llegaron al salón donde la familia se reunía habitualmente antes de cenar, la señora Barlow los esperó. Se levantó y se acercó para tomar las manos de la señorita Hayhurst.

"Daphne, querida, es un placer tenerte en nuestra casa." La señora Barlow miró a su sobrina de arriba abajo. "Te pareces mucho a tu padre."

Arthur supuso que eso explicaba por qué no se parecía mucho a la señora Barlow, ni a Wendel y Wendy. Ellas eran rubias y de ojos azules. Ambas mujeres Barlow tenían la misma

altura que la señorita Hayhurst, pero contaban con más curvas para captar el interés de un hombre. Sin embargo, la esbelta gracia de la señorita Hayhurst recordaba más a la propia madre de Arthur, lo poco que él recordaba de ella.

La señora Barlow volteó hacia Arthur. “Y buenas noches para usted, señor Garrick.”

“Y a usted, señora Barlow,” respondió Arthur con una reverencia.

Ella ofreció una sonrisa agradable. “¿Pensé que podríamos jugar una mano de whist, mientras esperamos que Wendy nos honre con su presencia?”

“Una idea espléndida, madre,” dijo Wendel, con un tono teñido de sorpresa. “No había considerado esa ventaja para un huésped adicional en la casa. ¿Serás mi compañera, prima Daphne?”

La señora Barlow extendió una mano a su sobrina. “Más bien, caballeros contra damas.”

Wendel se encogió de hombros. “Si te gusta que te derroten, madre.”

La sonrisa de la señora Barlow se amplió ligeramente, pero no refutó a Wendel, mientras se dirigía hacia la mesa de juego. Una vez sentada, le ofreció la baraja a su hijo y Wendel procedió a barajar y repartir. Arthur encontró algo desconcertante en la expresión agradable y abierta de su anfitriona. Nunca antes había visto este lado de la señora Barlow.

En todas sus visitas, Arthur no se había sentado a jugar a las cartas con ella ni una sola vez. Siempre había sido una anfitriona indiferente, más preocupada por evitar que mencionaran a su marido que por atender a los invitados. Como Wendel y Wendy habían disfrutado de la compañía de su padre, incluso cuando él la había rechazado, la señora Barlow había sido poco vista.

Arthur tardó solo unas cuantas rondas en darse cuenta de lo superados que estaban él y Wendel. Arthur, un jugador justo, quizás un poco mejor que Wendel, nunca se había sentido con tanta desventaja. La señora Barlow y la señorita Hayhurst casi parecían leerse los pensamientos mutuamente. Ambas jugaron con destreza y habilidad. Arthur solo pudo sentirse aliviado de que no hubiera dinero en juego.

Finalmente, Wendel arrojó sus cartas riéndose.

“No más, te lo ruego. Mi frágil orgullo no puede soportar otra paliza.”

“¿Otra paliza o qué?” Preguntó Wendy, entrando en la habitación. “¿Tarjetas, madre?”

Por alguna razón, su tono transmitía condena, aunque Arthur no tenía idea de qué se podía condenar en el whist. Especialmente porque ni siquiera ella jugó. Aún así, puso la mano sobre la mesa y empujó la silla hacia atrás. No fue necesario no inclinarse cuando Wendy entró en una habitación. A su alrededor, otras dos sillas retrocedieron. La señora Barlow permaneció sentada, recogiendo las cartas.

“Sí, mamá está jugando a las cartas, y ella y la prima Daphne nos derrotaron a mí y a Garrick casi hasta la muerte.” Wendel le ofreció a su hermana una reverencia superficial.

Arthur brindó una reverencia más profunda y reverente, luego se enderezó para analizar a su futura esposa. Wendy estaba en el centro del salón, directamente debajo de la lámpara de araña. La luz de las velas brillaba en sus mechones dorados, rizados, amontonados y cubiertos de adornos que iban desde gemas y encajes hasta plumas y flores. Debajo de sus ojos azules, cargados de polvo, sus mejillas estaban coloreadas y sus labios se encontraban teñidos de rojo, mientras que el escote de su vestido rosa oscuro se hundía hasta profundidades casi obscenas, mostrando esas curvas que normalmente tanto lo seducían. En su cadera izquierda, un lazo gris oscuro fruncía la tela de su vestido, realzando más curvas. El efecto general fue sorprendente. Cualquier hombre estaría orgulloso de tenerla en su brazo y seguramente recibiría miradas de envidia. Wendy nunca sería alguien que entrara discretamente en una habitación y jugara a las

cartas en silencio... tal como había hecho la señorita Hayhurst.

Wendy extendió una mano cargada de anillos. “Y esta debe ser nuestra prima, la señorita Hayhurst. Ven, niña, déjame echarte un vistazo.”

“¿Niña?” La diversión acechaba en el tono de la señorita Hayhurst. “Tenemos la misma edad, prima.”

“¿Tenemos? ¿No eres la hermana menor, la que tiene solo diecisiete años?” Wendy miró a la señorita Hayhurst de arriba abajo. “Pero, estás vestida como una niña.”

“Wendy.” La señora Barlow dejó caer la baraja de cartas sobre la mesa.

“Bueno, así es, madre.” Wendy giró hacia la señorita Hayhurst. “No es posible que tengas la intención de salir con esos vestidos.”

“Este es uno de mis favoritos,” respondió la señorita Hayhurst con una calma que Arthur reconoció como similar a la de su tía, algo que debió heredar de su madre. “Disfruto vestirme como la señorita del campo que soy, pero debo decir que estás impresionante, prima.”

Wendy se enderezó. “Gracias.” Miró larga y pensativamente a la señorita Hayhurst. “Estás en lo cierto, por supuesto. No te serviría intentar parecer más de lo que eres.” Sus ojos azules se entrecerraron. “Hablando de eso, ¿en qué vehículo llegaste?”

La señorita Hayhurst frunció el ceño. “El de mi padre.”

“Mmm. Debo haber visto un carruaje diferente.”

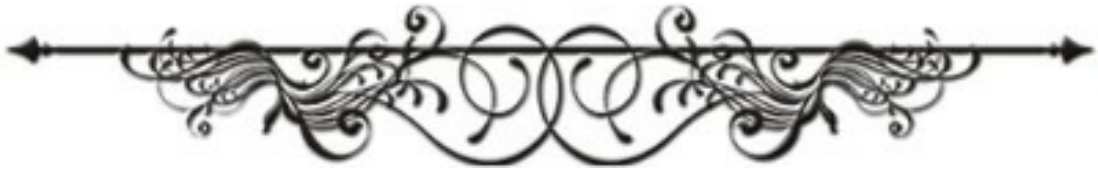
“No sabría lo suficiente para hablar de eso, prima.”

Wendy ofreció una sonrisa condescendiente. “No. No lo harías.” Se volvió hacia Arthur. “Ven, señor Garrick, acompáñame al comedor.”

Arthur se apresuró a avanzar, consciente de que Wendel ofrecía un brazo a su madre y a su prima. Mientras Wendy caminaba a su lado por el pasillo, un tanto destartalado, de la mansión rural de los Barlow. Arthur no obtuvo su satisfacción habitual al ver la parte delantera de su vestido. No pudo evitar pensar que la señora Barlow nunca se había comportado como una anfitriona adecuada antes de esa noche. Nunca, que él sepa, para su marido. Wendy, al igual que su madre, tenía propensión a sentir aversiones. Una vez que se casaran y se establecieran en Londres, ¿Wendy sería una anfitriona adecuada para él o seguiría el ejemplo de la señora Barlow?

Realmente eso no le importaba, excepto que su hermana menor saldría del armario esa temporada, y Lillian necesitaría no solo una anfitriona y una acompañante, sino también un mentor. Lanzó una mirada al atrevido escote de Wendy. Arthur había anhelado poseer a Wendy Barlow durante años, pero ¿acaso cumpliría ella con todos los roles que él le exigía?

Capítulo Cuatro



Daphne apresuró el paso, ansiosa por desayunar con su tía y el señor Garrick. Llevaba menos de una semana en casa de los Barlow, pero ya había discernido cuál era su situación. Su tía la adoraba, obviamente tratando de compensar los años de separación. El primo Wendel y el señor Garrick eran educados y entretenidos, aunque un poco condescendientes, pero solo el señor Garrick estaría despierto tan temprano como Daphne y la tía Barlow. Wendel dormía hasta casi el mediodía, al igual que la prima Wendy... quien despreciaba abiertamente a Daphne.

Aunque Daphne no tenía idea de por qué. Intentó ser educada y conversar. También ignoró numerosos desaires y una interminable condescendencia. Era como si la prima Wendy hubiera determinado que no le gustaba ella incluso antes de conocerla.

Habiéndolo pensado con frecuencia, la sabiduría de despedida de su padre se repitió en la mente de Daphne. El día que terminó de arreglarse el vestido amarillo, cuando tanto Edward como Christine fueron reprendidos, el padre de Daphne también tuvo palabras para ella. La mayoría eran de amor y seguridad, haciéndole saber que podría regresar temprano si fuera necesario.

Lo último, sin embargo, dicho con una mano apoyada en cada uno de sus hombros, quedó más claro en su mente: “hagas lo que hagas, no cambies quién eres para adaptarte a ellos. Una vez intenté complacer a un Barlow. Me transformé en un hombre que no reconocía y que deseo olvidar para siempre. Casi me cuesta a tu madre. Un poco más de idiotez y podría haber costado una vida. No seas el tonto que fui. No permitas que te hagan dudar del valor de quién eres.”

Nunca había visto a su padre tan feroz como cuando pronunció esas palabras. Después de eso, casi había tenido miedo de venir a la casa de campo de los Barlow. Ahora sabía mejor a qué se refería su padre. Si atendía a Wendy y la halagaba, como el señor Garrick lo hacía, su prima se mostraría amable. Daphne entendió la tentación. Todos se llevarían mejor si ella simplemente se inclinara ante Wendy, pero teniendo en mente la advertencia de su padre, Daphne se negó a alterar su naturaleza para complacer a su prima.

El desayuno se servía en un alegre salón iluminado por la luz del sol cada mañana. La experiencia le dijo a Daphne que la habitación estaría a oscuras cuando sus primos bajaran las escaleras y la comida estaría fría. Daphne, por el contrario, entró en una habitación inundada de luz solar y percibió los deliciosos aromas del desayuno. Una mirada mostró que había derrotado a su tía, pero no al señor Garrick.

“Buenos días, señorita Hayhurst,” dijo, levantándose de su lugar en la mesa.

“Buenos días, señor Garrick.”

Se volvió hacia el aparador en un esfuerzo por evitar su mirada sin ofender. Cada vez que miraba hacia el señor Garrick, esos tormentosos ojos grises estaban fijos en ella, generalmente con un ligero ceño fruncido. Daphne encontró su continuo escrutinio desconcertante e innecesario. Ella no era tan interesante y él ya la intimidaba, con sus rasgos fuertes y su cabello ondulado de medianoche. No necesitaba añadir un examen continuo para aumentar el efecto.

"¿Debería pedirte una taza de té?" Preguntó el señor Garrick detrás de ella, con las patas de la silla deslizándose por el suelo, mientras él retomaba su asiento.

"Si, gracias." Daphne miró por encima del hombro a la sirvienta que esperaba. "Uno grande, por favor. Estoy seguro de que mi tía nos acompañará pronto."

Al menos eso esperaba. La compañía del señor Garrick era perfectamente soportable siempre que hubiera al menos otra persona cerca.

"Hay una gelatina de grosella espléndida," continuó el señor Garrick. "Bastante amarga. Creo que en tu primera mañana aquí mencionaste que la preferías."

"Lo hice," respondió Daphne, sorprendida de que él lo recordara.

Por consideración a la noticia, eligió un panecillo extra y luego, sin más motivos para no sentarse, se apartó del aparador y tomó asiento frente al señor Garrick, dejando la cabecera de la mesa para su tía.

Daphne colocó una servilleta en su regazo, con la mirada fija en el plato. La doncella regresó y empezó a servir nata y azúcar, y luego desapareció de nuevo. Daphne cogió un tenedor, intentando no sentir la mirada del señor Garrick.

"Aquí." Él empujó un pequeño cuenco de cristal sobre la mesa. "Ya la probé. Es muy buena."

"Gracias." Se arriesgó a mirar hacia arriba para encontrar esos claros ojos grises sobre ella. Se sirvió un montón de gelatina en el plato y abrió un panecillo; el sonido de la corteza al romperse parecía demasiado fuerte en el silencio.

El señor Garrick tomó un sorbo de café. "Me han dicho que tú y tu hermana menor compartirán la temporada."

Dafne asintió. "Sí, aunque a Christine no le entusiasma mucho la idea."

"¿No?"

Ella sacudió su cabeza. "El corazón de mi hermana ya está comprometido."

"Entonces, ¿por qué asumir los gastos de una temporada?" Una mirada mostró que su ceño era más profundo de lo habitual.

Dafne se encogió de hombros. "Creo que mi padre y madre desean estar seguros de que su afecto perdurará. Sienten que debe experimentar Londres antes de tomar su decisión."

"Eso suena razonable. Tu hermana no puede haber conocido a muchos caballeros en el campo como siempre ha sido así."

Daphne se encogió de hombros por segunda vez y se arriesgó a mirar de nuevo su rostro demasiado atractivo, muy consciente de cómo se aceleraban los latidos de su corazón cada vez que lo hacía. "Yo no diría eso. Padre lanza al menos tres juegos de pelota al año. Todos los que están a millas de distancia asisten."

Una línea pareció estropear la perfecta frente del señor Garrick. "¿Lanza al menos tres pelotas al año?"

"Una para Navidad, por supuesto. Otra cada primavera y otra en otoño. En verano organizamos una fiesta en el jardín. Simplemente hace demasiado calor para una pelota. A él y a mi madre les encanta entretenerse."

Las cejas del señor Garrick se arquearon.

Daphne no podía entender por qué. ¿Cuatro eventos al año eran demasiados o muy pocos para los estándares londinenses?

La doncella volvió a entrar, trabajando bajo una gran tetera. Daphne agradeció la interrupción, mientras la joven colocaba la olla sobre la mesa y se afanaba con tazas, cucharas y platillos.

Debía ser que cuatro eventos al año parecían demasiado pocos para el gusto del señor Garrick, marcado por el tiempo en Londres. Para asegurarse de que él no pensara que su familia era terriblemente aburrida, se apresuró a agregar: "y, por supuesto, tenemos muchas reuniones más pequeñas. Tés, cenas, picnics, cacerías, recitales y similares. Estoy seguro de que nada se compara con una apretada agenda en Londres, pero nos mantenemos entretenidos."

"Evidentemente, sí."

Ahora bien, ¿qué había dicho ella para que él pareciera tan confundido? Daphne frunció el ceño mientras alcanzaba el té. Quizás un cambio de tema. "¿Tiene usted hermanos, señor Garrick?"

"Sí. Una hermana menor, Lillian. Ella debe hacer algo esta temporada."

Dafne sonrió. "Pues, entonces, sin duda tendremos el placer de conocerla. ¿Tu madre será la acompañante? Imagino a tu madre alta, como usted, y austeramente elegante."

Él sacudió la cabeza. "Hemos perdido a nuestros padres y, hasta hace poco, estábamos bajo la tutela de mi tío. Ahora, sin embargo, soy mayor de edad y Lillian es mi pupila."

"Mi más sentido pésame para ambos por su pérdida," murmuró Daphne. "¿Entonces tu tío será el acompañante?"

Hubo otro movimiento de esos mechones increíblemente oscuros.

"Mi tío nunca se casó. Lillian tenía una niñera, pero, cuando llegó a la mayoría de edad, el tío Garrick la dejó en libertad. Desde entonces, mi hermana ha estado instalada en una escuela de acabado en Derbyshire. Ahora es mi responsabilidad encontrarle una acompañante y una confidente." Miró hacia la puerta vacía con mala cara.

"Te refieres a la prima Wendy," dijo Daphne. "Por eso deseas casarte antes de la temporada."

Su cabeza giró bruscamente hacia atrás. "¿Quién te dijo eso?"

Su criada lo había hecho, después de hablar con el personal de la casa, pero algo en su tono le impedía incriminar a la muchacha. "Es de conocimiento común en la casa, señor."

"Sí, bueno, es verdad. Le escribí a mi tío informándole de mi decisión. Simplemente, espero su bendición para proponerle matrimonio."

Daphne asintió, buscando otro cambio de tema. Cada uno parecía más espinoso que el anterior. "Nosotros también nos estamos preparando para la temporada. Mamá nos llevará temprano a Christine y a mí a Londres para conseguir nuevos guardarropas." Daphne ofreció una sonrisa modesta. "Aparentemente, mi atuendo campestre no le quedará bien a la gente de Londres."

La mirada de él recorrió su cuerpo. "Encuentro tu atuendo refrescante."

Con las mejillas ardiendo, ella alcanzó la tetera para interrumpir su mirada. Le temblaban las manos mientras se servía. Solo podía esperar que, si él se daba cuenta, atribuiría la debilidad al peso de la olla.

Devolvió la olla a la mesa con un ruido sordo. Debía dominar su reacción ante el señor Garrick. Una cosa era no ceder ante el temperamento de la prima Wendy. Otra muy distinta era mirar con ojos de becerro a su novio. "Sí, bueno, mi madre me aseguró que la alta sociedad no será tan indulgente como usted, señor Garrick."

"¿Indulgente, como…?" Preguntó la tía Barlow, entrando a la habitación. Rodeó la mesa del

lado de Daphne y el señor Garrick se puso de pie. Las manos de tía Barlow se posaron sobre los hombros de Daphne. “¿Le estás contando a mi sobrina historias espantosas de Londres, señor Garrick?”

El señor Garrick hizo una reverencia desde donde estaba. “Buenos días, señora Barlow.”

Daphne estiró el cuello para mirar a su tía, mientras el señor Garrick estaba sentado. “No, tía. Le cuento historias horribles sobre cómo Christine y yo debemos soportar pruebas de guardarropas completamente nuevos.”

La tía Barlow pellizcó la nariz de Daphne y luego continuó hasta la cabecera de la mesa para ocupar su lugar. “De hecho, debes hacerlo. Una mujer joven tan encantadora como tú debe vestirse con todas las nuevas modas y lucirse de la mejor manera. No me sorprendería que ganaras un miembro de la nobleza, querida.”

Dafne negó con la cabeza. “Me contentaré con un buen hombre que me ame y Christine está segura de haber encontrado al caballero de sus sueños. Aunque creo que mamá está deseando que llegue la temporada. Ella y mi padre no han estado en Londres desde antes de que yo naciera.”

“No, no lo han hecho,” asintió la tía Barlow, con palabras extrañamente entrecortadas, luego una sonrisa iluminó su rostro. “Veo que ya has pedido té. Que pensativo.”

“Permítame,” dijo el señor Garrick. “Creo que el envase está bastante lleno.”

Entonces, él había notado las manos temblorosas de Daphne. Ella luchó para no sonrojarse.

La tía Barlow emitió un suspiro.

“Qué jóvenes tan considerados son los dos. No es a lo que estoy acostumbrada.”

Un ceño fruncido tiró de los labios del señor Garrick, pero rápidamente lo evitó. Levantó la mirada y sus ojos grises se encontraron con los de Daphne. Ella se encogió levemente de hombros. Por lo que informó su doncella, el señor Garrick conocía a los Barlow mucho mejor que ella.

La tía Barlow se volvió hacia la criada y le pidió un plato, luego centró una mirada penetrante en Daphne. “Ahora, ¿quién es este caballero que ha capturado el corazón de Christine antes de la temporada?”

Daphne sonrió, estaba cómoda hablando de Ryan Quincy. Unos años mayor que ella y con tres hermanas menores con quienes Daphne y sus hermanos eran cercanos. El señor Quincy había sido amigo de su familia durante casi todos estos años.

“Es el señor Quincy. Es el segundo hijo de nuestro vecino más cercano. Había aceptado un encargo y era teniente en el frente, pero se retiró cuando su hermano mayor murió sin heredero. Tiene tres hermanas menores. Una un año menor que yo, otra de la edad de Christine y otra un año mayor que mi hermano menor Franklin. El señor Quincy es un caballero amable y práctico, y creo que su apego a Christine es lo más firme y genuino posible.”

“Sin embargo, ¿tus padres insisten en que Christine pase por una temporada?” Preguntó la tía Barlow, señalando con la cabeza a la criada, mientras esta dejaba un plato de comida.

Daphne respiró hondo y profundo. Aunque la situación financiera del señor Quincy era de conocimiento común en el campo, y contárselo a su tía y al señor Garrick parecía un chisme. En cambio, dijo: “insisten en que ella conozca más del mundo antes de tomar una decisión.”

La tía Barlow asintió. “Sí, lo hará. Ese fue el error que cometió tu padre. Uno de ellos. Por favor pásame esa gelatina, querida. ¿Me atrevo a esperar que sea grosella?”

Daphne vio su gran interés reflejado en el rostro del señor Garrick, pero no se le ocurrió ninguna forma elegante de abordar el tema de los errores pasados de su padre. Le entregó la gelatina a su tía. “Sí, es grosella.”

“Que extraño. No guardamos grosellas. Una de nuestras inquilinas las hace, pero no nos regaló ninguna la temporada pasada.”

“¿Ella no lo hizo?” Daphne parpadeó ante la gelatina y se dio cuenta de que aún tenía que probarla. “Entonces, ¿cómo llegó a estar aquí?”

“No tengo la menor idea.” La tía Barlow sirvió una gran cantidad en su plato, luego untó un poco un panecillo y le dio un mordisco. “Definitivamente es de ella.”

“Mencioné el retraso en mi viaje hace unos días,” dijo Garrick. “Me detuve para abrevar a mi montura.”

Daphne evitó su mirada y en lugar de eso untó gelatina sobre el pan que había roto antes. ¿Hace unos días? ¿Se refería a antes de que ella llegara y mencionara su preferencia por la gelatina de grosella, o después? Se metió un trozo de pan en la boca y encontró la gelatina tan deliciosa como habían dicho.

“Eso fue muy amable de su parte, señor Garrick. Me atrevería a decir que conoce a nuestros inquilinos mejor que Wendel.”

El señor Garrick negó con la cabeza. “Estoy seguro de que ese no es el caso, señora Barlow. Simplemente encuentro la ocasión de hablar con ellos durante mis paseos matutinos.”

La tía Barlow volteó hacia Daphne. “Señor Garrick, usted suele levantarse temprano para evitar el aburrimiento. Sale a caballo casi todas las mañanas, mientras Wendel y Wendy holgazanean sin molestarse en despertarse antes del mediodía.”

“Me atrevo a decir que están practicando hasta altas horas de la noche en Londres,” dijo el señor Garrick a la ligera.

“Eres demasiado buen amigo para ellos,” respondió la tía Barlow.

Daphne buscó otro cambio de tema, sin estar segura de cómo la conversación se había descarrilado tanto esa mañana. ¿Quizás una de las tragedias de Shakespeare? El día anterior habían tenido una conversación muy agradable sobre Macbeth.

“¿Dijiste hermano menor, señorita Hayhurst?” La voz del señor Garrick interrumpió sus pensamientos. “También creo que has mencionado a otro hermano, Edward. ¿Cuántos hermanos tienes?”

“Ella tiene seis,” dijo la tía Barlow. “Daphne, Edward, Christine, Franklin, Irving, Justina y Katherine… todos los niños son la imagen de su padre y las niñas de mi hermana, excepto Daphne.”

El señor Garrick se volvió hacia ella con una mirada inquisitiva. “¿Oh?”

“Me parezco a mi padre.” Daphne se llevó una mano a su cabello castaño. “No estoy bendecida con rizos rubios y ojos de colores claros como mi madre, mi tía, mi prima y mis hermanas.”

“Es una pena no haber estado ahí para ti en tu juventud, querida,” dijo la señora Barlow. “Le habría aconsejado a tu madre que te cubriera el pelo con una mezcla de limón y miel y que luego te sentaras sin sombrero. Serías tan rubia como el resto de nosotras.”

“El cabello de la señorita Hayhurst es del color de la miel,” expresó Garrick. “Esa miel oscura del corazón de la selva negra. Garantizo que nadie protestará porque eso es deseable.”

“¿Ves lo amable que es?” Expuso la tía Barlow. “Lo sé,” continuó antes de que Daphne pudiera formar una respuesta. “Deberías ir a montar con el señor Garrick esta mañana, querida. Vean algunos de los paisajes de los alrededores. Has sido muy amable al pasar las mañanas conmigo, pero hoy estoy bastante de mal humor. Me temo que no soy una buena compañía.”

“Oh.” Dafne parpadeó. “Si lo prefieres, tía, pero estaré feliz de hacerte compañía si mi presencia te agrada.”

La tía Barlow negó con la cabeza. “Ciertamente lo sería, pero eso no sería justo para ti. No es culpa tuya que haya dejado entrar tanta amargura en mi corazón a lo largo de los años.” Ella dejó escapar un suspiro. “Normalmente, mirarte me trae alegría. Hoy lo único que veo son años desperdiciados.” Ella se levantó de la mesa, haciendo que ambos se levantaran también. “Que usted y el señor Garrick tengan un viaje agradable.”

La tía Barlow salió de la habitación.

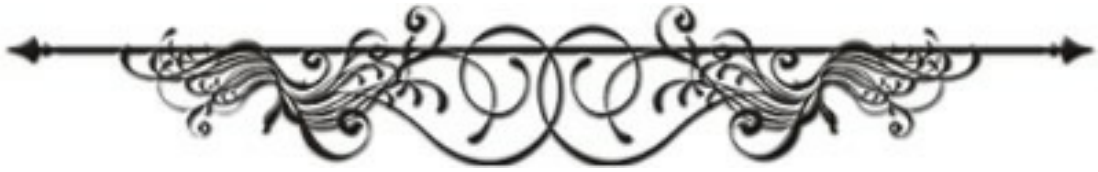
Daphne volteó hacia el señor Garrick, pero no le sorprendió el comportamiento de su tía. ¿Significaba eso que la tía Barlow era propensa a esos ataques? De todos modos, sería inapropiado que Daphne saliera con el hombre que su prima admiraba o ignorara la necesidad de animar a su tía, y mucho menos hacer ambas cosas a la vez.

“Por favor, no te ofendas, pero no viajaré contigo. A pesar de las protestas de mi tía, me esforzaré por consolarla.”

“Eso sería lo mejor.”

Daphne intentó ignorar su decepción por el hecho de que él hubiera aceptado tan fácilmente y volvió a tomar asiento. Decidió concentrarse en su comida, muy consciente de que cada vez que levantara la vista sería para encontrarse con sus fríos ojos grises.

Capítulo Cinco



Sentado en una pequeña mesa en el salón trasero de los Barlow, Arthur frunció el ceño, mientras Wendy jugaba otra carta inútil. A su lado, la señorita Hayhurst dejó la suya con una sonrisa.

"Volvemos a ganar," alardeó Wendel, alcanzando la hoja de recuento.

Wendy arrojó los restos de su mano sobre la mesa. "¿Cómo es que nos siguen golpeando, señor Garrick? Siempre supuse que eras bueno jugando a las cartas."

"Tendría que ser francamente brillante para llevarte, querida hermana," dijo Wendel con una sonrisa mientras contaba los puntos. "Además, no es culpa de Garrick que nuestra prima sobresalga en las cartas."

Los ojos de Wendy adquirieron un brillo peligroso.

"Es simplemente una cuestión de suerte," contemporizó Arthur. "Se les han repartido mejores manos."

"¿En cada ronda?" Wendel arqueó las cejas.

Arthur le dirigió una mirada represiva. Cuando llegaron a mediados de abril, el tiempo había cambiado. El salón trasero, donde Wendy todavía insistía en encender el fuego, estaba tan cerrado que a Arthur le palpitaba la cabeza, una condición que no mejoraba perdiendo repetidamente a las cartas. Uno que empeoraría mucho si Wendy se enojaba, especialmente si tuviera una rabieta que la obligara a chillar.

Wendy levantó la nariz en el aire. "Wendel repartió esa mano. Probablemente, hizo trampa."

"Señor. *Puede* que Garrick tenga razón," intervino la señorita Hayhurst cuando Wendel levantó la vista de sus cartas. "*Puede* que sea simplemente una cuestión de suerte."

Arthur notó que ella había dicho '*puede'* dos veces. Él interpretó que eso significaba que ella no creía que fuera suerte en absoluto. ¿Por qué debería hacerlo? Poseía una rapidez de ingenio ejemplar, visible en el momento en que uno miraba sus ojos almendrados de color ámbar.

Wendel resopló. "Sí, y la prima Daphne también tiene suerte en el ajedrez, supongo. Me di cuenta de esto, por mera casualidad, te ganó dos de tres partidos ayer, Garrick."

Con los ojos entrecerrados hasta convertirse en brillantes rendijas de ira, Wendy dirigió una mirada furiosa a su prima. "¿Jugaste ajedrez con el señor Garrick? ¿Cuándo fue eso?"

"Déjalo, Wendy," dijo Wendel al arrojar la pizarra y la tiza sobre la mesa. "Tenemos que entretenernos de alguna manera, mientras esperamos que llegues para cenar. No es culpa de Daphne que llegaras casi dos horas tarde anoche. La cocinera tuvo un percance, ¿lo sabes?"

"¿Y debería importarme lo que piense nuestra cocinera?" La voz de Wendy tenía una nota

estridente.

“Puedo decirte que la espera valió la pena,” intervino Arthur. “Te veías increíble ayer por la noche. Cualquier hombre en Londres sería afortunado de tenerte del brazo, porque todos los demás caballeros hervirían de envidia.”

“Hasta que se ocuparon del lado afilado de su lengua,” murmuró Wendel.

La creciente sonrisa de Wendy volvió a convertirse en un ceño fruncido.

“Disculpen señores, señoritas.” El alivio invadió a Arthur cuando dio la vuelta y vio al mayordomo de los Barlow en la puerta. “Perdón por la interrupción, pero ha llegado una carta para el señor Garrick, de parte del señor Oscar Garrick, que creo que el señor Garrick ha estado esperando.”

Arthur se puso de pie de un salto y se encontró con el mayordomo al otro lado de la habitación. “Gracias.” Sacó la carta de la bandeja. “Comencé a preocuparme de que no respondiera a tiempo.”

Wendy apareció a su lado. “Léela para mí.”

“Planeaba leértela en tu cumpleaños.”

“Faltan casi dos semanas para eso. Léela ahora.”

Arthur no pudo reprimir una sonrisa y encontró halagador el entusiasmo de Wendy. Abrió el sello de su tío y desdobló el grueso papel.

“ ‘A mi más obediente sobrino’,” él leyó y sacudió la cabeza. “Como si tuviera otros sobrinos.”

“Creo que simplemente quiere decir que usted es muy obediente, no el más obediente,” señaló la señorita Hayhurst.

“Silencio,” espetó Wendy. “Arthur, sigue leyendo. ¿Aceptó aumentar tu asignación cuando nos casemos? ¿Por cuánto? ¿Enviará un regalo de bodas?”

“ ‘A mi más obediente sobrino’,” comenzó de nuevo. “ ‘He dado la debida consideración a tu plan de comprometerte con la señorita Barlow. Me doy cuenta de que buscas mi bendición y no desprecié tu poco sutil demanda de mayores fondos mensuales’.” Arthur hizo una mueca. Había pensado que su petición era perfectamente perspicaz.

“Suena de mal humor,” dijo Wendy.

“Siempre está de mal humor.” Arthur se aclaró la garganta y continuó. “ ‘Mi respuesta a ambas es no’.” Arthur parpadeó. Leyó la línea de nuevo.

“¿Qué quiere decir con ‘no’?” Preguntó Wendy.

Arthur volteó para mirarla y los latidos de su cabeza se intensificaron. “Quiere decir que no nos da su bendición y que no aumentará mi asignación.”

Wendy jadeó. “Qué vil. Qué viejo tan terrible. ¿Significa eso que debemos esperar a que él muera antes de poder vivir como deberíamos? Ha estado enfermo, ¿no?”

Arthur asintió, sintiéndose un poco entumecido. Nunca había considerado ni por un momento que su tío pudiera rechazarlo.

“¿Dice por qué no?” La voz tranquila y silenciosa de la señorita Hayhurst preguntó desde algún lugar detrás de Arthur.

“Yo... no lo sé.”

¿Tendrían que esperar a que muriera su tío para conseguir más fondos? El tío Garrick había sufrido problemas de salud durante años, pero nunca mostró ningún indicio de fallecimiento. Arthur tampoco deseaba que lo hiciera. Después del accidente de carruaje que les había privado a él y a Lillian de sus padres, el tío Garrick era todo lo que tenían. Había criado a Arthur desde que tenía siete años y Lillian apenas tres.

“Dame eso.” Wendy arrebató la carta de las manos de Arthur. “ ‘Mi más obediente’,” murmuró, mirando la página. “Aquí dice: ‘He tolerado tu relación con los Barlow, asumiendo que el muchacho no puede ser tan malo como su padre, y que tú superarías tu enamoramiento por la muchacha. Como no lo has hecho, debo informarte que si te casas con la señorita Barlow, quedaré herido. No solo mientras viva sino para siempre. Modificaré mi testamento y dejaré todo en manos de la Iglesia. El señor Hayhurst ha sido durante mucho tiempo un valioso socio mío y no permitiré que ni un centavo de mi fortuna, que él me ayudó a acumular, vaya a parar a un Barlow. Piensa en eso y luego decide si todavía la amas’.”

Wendy levantó la vista de la página con la boca abierta.

“¿Qué quiere decir con no tan malo como su padre?” Preguntó Wendel.

Arthur se volvió hacia él, aturdido. “No lo sé.” Se frotó la frente. “Sé que todo Londres tomó partido en lo que ocurrió entre el señor Hayhurst y tu padre. Dicen que fue el escándalo de la temporada.”

“Una temporada de hace más de dos décadas,” protestó Wendel.

Wendy se giró, con la página arrugada en sus manos, para mirar a la señorita Hayhurst. “Esto es tu culpa,” gruñó ella.

Las cejas de la señorita Hayhurst se arquearon. “¿Mía?”

“Tú y tu horrible familia. No sé por qué los echaron de Londres, pero estoy seguro de que mi padre hizo bien en hacerlo.”

La señorita Hayhurst la miró fijamente. “No nos echaron de Londres.”

“Oh, sí, es cierto, eres demasiado pobre para ir allá, incluso si te lo permitieran.”

“¿Demasiado pobre?” La señorita Hayhurst negó con la cabeza.

“Y tú.” Wendy volteó para mirar a Arthur. “¿Cómo pudiste guiarme de esta manera? ¿Cómo pudiste dejarme desperdiciar años mirándote, trabajando para complacerte solo a ti, cuando no tienes intención de casarte conmigo? Al menos ahora sé por qué no me besaste en el jardín.” Su brazo se deslizó.

¡Le dio una bofetada!

La cabeza de Arthur se echó hacia atrás, más por la sorpresa que por la fuerza del golpe. Una sensación de picazón y escozor se extendió por su mejilla.

“Si fuera un hombre te desafiaría, Arthur Garrick.” Wendy volvió a voltearse, esta vez hacia su hermano. “Wendel, desafíalo. Dispárale por mí.”

Arthur se frotó la cara. “Señorita Barlow, Wendy, por favor. Tú no entiendes. Todavía quiero que nos casemos.”

Ella se giró hacia atrás, mareando a Arthur por ella. “¿Qué?”

Observando su rostro majestuoso y sus brillantes ojos de zafiro, Arthur contuvo el aliento y se arrodilló. “Señorita Barlow, aceptas ser mi esposa.”

“¿Todavía me estás pidiendo que me case contigo? ¿Aunque lo perderás todo?”

“Claro que lo estoy. Es el único curso honorable. Tengo unos cuantos miles de libras invertidas y tu dote son dos mil más. Con eso podemos tener unos ingresos de doscientos al año.” Hizo un gesto amplio. “No tendremos una mansión como esta, pero mis padres tenían una cabaña en...”

“No,” espetó Wendy, interrumpiéndolo. “¿Una cabaña, señor Garrick? No seas absurdo. Eso está fuera de discusión.”

Arthur parpadeó hacia ella, confundido. “No entiendo.”

“Entonces déjame ser más clara.” La voz de Wendy crujió helada. “Señor Garrick, no me casaré contigo en absoluto. Doscientas libras al año. No seas ridículo. Esa no es la vida que

planeo vivir."

"Pero... eso es... yo..." Arthur sacudió la cabeza. "Te amo."

"Pero, yo no te amo." Ella echó los hombros hacia atrás y era magnífica en su furia. "Puedes tomar la carta de tu tío y su fortuna y alejarte de mi vida, señor Garrick." Dejó caer la pelota arrugada que era la carta de su tío al suelo frente a él. "Ahora, si me disculpan, mis correspondencias requieren mi atención inmediata. Tengo una temporada para la cual prepararme, y así podré encontrar un caballero que valga la pena." Dando otra vuelta, ella salió de la habitación.

Arthur se quedó mirándola, incapaz de pensar adecuadamente. Su otra rodilla golpeó el suelo junto a la primera. A lo lejos, alguien gritó su nombre.

"... Ayúdame a levantarlo," dijo una voz en algún lugar detrás de él.

Unas manos entrelazaron sus brazos. Vagamente, se dio cuenta de que los dos que envolvían su brazo izquierdo tenían dedos largos y pequeños, mientras que su brazo derecho estaba agarrado con fuerza. Ambos pares de manos tiraron. Arthur se puso de pie.

"Vamos, al sofá. Daphne, hay brandy en el aparador."

Un par de manos desapareció, mientras las otras medio arrastraban a Arthur hasta un sofá y lo empujaban para que se sentara. Apareció la señorita Hayhurst, vaso en mano. Ella se arrodilló ante él y se lo dio con expresión preocupada.

"Bebe, Garrick," dijo la voz de Wendel, pero Arthur no podía apartar la mirada de los magnéticos ojos ámbar de la señorita Hayhurst.

"Aquí." Su voz era suave, al igual que sus manos cuando tomó las de él y las envolvió alrededor del duro cristal del vaso.

"Vamos, Garrick. Solo un sorbo," lo convenció Wendel. "Ahí tienes. Ahora otro."

La señorita Hayhurst miró por encima del hombro, dejando al descubierto un largo y elegante cuello. "¿Crees que lo dice en serio?" Le preguntó a Wendel.

Wendel se encogió de hombros. "Parecía como si lo dijera en serio."

Arthur tomó otro trago de brandy. Este quemó más que la bofetada de Wendy.

"Estaba sorprendida, eso es todo," protestó la señorita Hayhurst, indicándole a Wendel: "ella se recuperará. Doscientas libras al año son suficientes, y supongo que pueden visitar aquí y cualquier lugar donde acabe viviendo la señora Garrick, para aliviar un poco la presión sobre sus finanzas."

"¿Te casarías con un caballero que solo podría ofrecerte doscientas libras al año?" Preguntó Wendel.

La señorita Hayhurst asintió. "Si lo amo, ciertamente. Me casaría con él por menos. Por eso sé que la prima Wendy entrará en razón."

"No creo que Wendy alguna vez haya perdido la razón," dijo Wendel.

La señorita Hayhurst se volvió hacia Arthur con expresión preocupada.

Él quería tomar otro trago de brandy, pero encontró el vaso seco. "Ella dijo que no…"

"¿Más brandy?" Wendel preguntó con incertidumbre.

Arthur rara vez bebía. Sacudió la cabeza. "No."

"¿Qué vas a hacer?" La señorita Hayhurst todavía estaba arrodillada ante él, con el rostro nublado por la preocupación.

Arthur le entregó el vaso vacío y se enderezó. "La recuperaré. ¿Qué más hay que hacer?" Se volvió hacia Wendel. "¿O ya no soy bienvenido aquí?"

Wendel resopló. "Eres mi amigo, Garrick. Lo eras antes de conocer a mi hermana y lo sigues siendo ahora. De hecho, lo pasaremos mejor ahora que ya no tienes que atenderla."

La señorita Hayhurst se puso de pie con un movimiento fluido y se quitó el polvo de la falda con la mano libre. “Pero, lo hará si quiere recuperarla.”

“Sí, bueno, no tendrás que hacerlo en este momento,” dijo Wendel con firmeza. “Por lo tanto, propongo que salgamos de este salón sofocante y vayamos a dar un paseo.”

“Acordado.” Arthur se puso de pie. La habitación se balanceó ligeramente, aunque no sabía si era por el brandy o el shock.

La señorita Hayhurst retrocedió medio paso y miró a Wendel y a él con una pregunta clara en sus ojos.

“¿Te gustaría acompañarnos, prima Daphne?”

Una sonrisa vacilante curvó sus labios arqueados. “Si estás seguro, no seré un estorbo en el camino.”

“¿Tenemos que dejarte ganar si corremos?” Preguntó Wendel.

Sacudió la cabeza vigorosamente, el brillo en sus ojos le dio a Arthur la impresión de que no solo no tendrían que dejarla ganar, sino que tendrían suerte si pudieran vencerla.

“¿Irás despacio e insistirás en hablar sin interrupción?” Insistió Wendel.

Otra sacudida de esos rizos de caramelo.

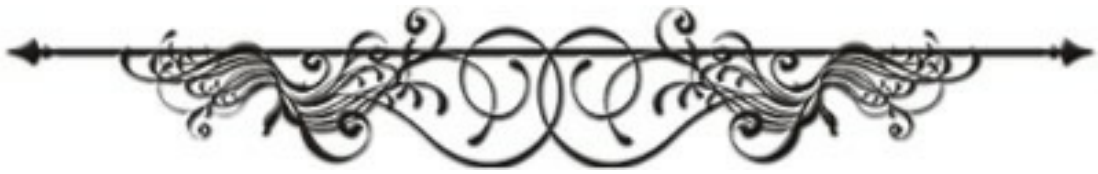
“¿Qué pasa si hay barro?” Preguntó Arthur en un tono casi normal, intentando unirse al espíritu del juego. “¿Nos habrás rodeado o podemos seguir adelante?”

“Puedes seguir adelante. Me esforzaré por saltar.”

Sí, estaba seguro. Ese brillo en su mirada hablaba de un desafío. Esto no sería como la mañana que su tía sugirió que dieran un paseo, cuando la señorita Hayhurst se negó a hacerle compañía para atender a la señora Barlow. Una locura acechante se arremolinaba en Arthur. Eso era lo que él necesitaba. Correr. Saltar. Un reto. Algo para quemar la confusión y la vergüenza que le oprimían las entrañas.

Refrescado, regresaría y confrontaría a Wendy. Le recordaría que primero él era un hombre, aquel del que se había enamorado, y, en segundo lugar, el heredero de la fortuna de su tío.

Capítulo Seis



Daphne echó un vistazo más al prado vacío. Protegido por un montículo a cada lado, el valle cubierto de flores silvestres se encontraba cerca de la mansión de los Barlow, pero fuera de la vista. Esa cercanía le daba suficiente seguridad como para permitirle aventurarse sola, mientras que el valle ofrecía suficiente privacidad para una de sus ocupaciones favoritas... que era bailar.

No había bailado con pareja ni una sola vez desde que llegó a casa de sus primos. Parecían no tener más amigos ni conocidos que el señor Garrick, y nunca asistieron a eventos ni hicieron visitas. Desde la llegada de la carta de su tío hace casi dos semanas, incluso los esfuerzos del señor Garrick ejercieron presión sobre el hogar. Así que, como una alegría secreta, Daphne había empezado a salir al prado todas las mañanas después del desayuno para bailar.

No solo extrañaba el baile sino que temía sufrir por falta de práctica. Ella saldría ese otoño. En menos de seis meses, todo Londres la vería bailar, por lo que debía practicar. Si su única forma de practicar fuera bailar sola, entonces lo haría. No es que a ella le importara mucho. La pradera resultó ser un lugar encantador para bailar.

Esa mañana, como llegó un poco más temprano de lo habitual, las sombras aún cubrían el suelo del valle. Muchas de las flores silvestres se habían cerrado durante la noche. El rocío y un ligero escalofrío persistieron, pero Daphne sabía que no tendría frío una vez que comenzara. Eligió un lugar en el centro de la pradera, empezó a tararear la melodía, asumió la posición adecuada y bailó.

La ligereza la llenó. El sol coronaba el valle para descender, tocando flores silvestres que creaban un patrón más intrincado que cualquier alfombra elaborada en oriente. Se levantó una fuerte brisa que le dio un toque frío al aire de finales de abril. Su cuerpo giró y saltó según ella lo ordenaba. No pudo evitar sonreír, algo que recordaría no permitirse en la pista de baile de Londres. Su madre le había advertido muchas veces que en Londres una dama guardaba sus emociones.

Daphne ejecutó la última vuelta y luego hizo una profunda reverencia, ligeramente sin aliento. En su entusiasmo, muy posiblemente había completado el baile al doble del tiempo. Otro error del que debía protegerse cuando comenzara su temporada.

El sonido de aplausos la hizo girar. El señor Garrick estaba cerca de la cima de la colina que protegía el valle de la mansión, pero cuando ella lo vio, él empezó a bajar. Las mejillas de Daphne se calentaron por algo más que el esfuerzo. Ella echó los hombros hacia atrás y cruzó para encontrarse con él. La sonrisa en su rostro era una vista bienvenida, incluso si era a costa de

ella.

“No me di cuenta de que tenía audiencia,” ella dijo, cuando se encontraron en el fondo del valle.

“Tampoco me di cuenta de que podría presenciar tal exhibición.”

Sus mejillas ardieron un poco más. “Un caballero habría anunciado su presencia o seguiría por su camino.”

La frivolidad huyó de sus rasgos. “Me atrevo a decir que tiene razón, señorita Hayhurst. Ruego permiso para disculparme.”

Daphne frunció los labios. Ella solo había querido bromear. “No… Le concedo permiso, señor. La verdad es que no tienes nada de qué arrepentirte.”

Los ojos grises examinaron su figura y Daphne luchó contra un nuevo sonrojo. El señor Garrick extendió una mano. “Baila bien, señorita Hayhurst, pero parece que le falta pareja.”

Daphne miró sorprendida su mano. ¿Se atrevería a aceptarlo? ¿A dejar que este caballero innegablemente atractivo esté cerca? Pero claro, el señor Garrick estaba tan enamorado de Wendy, ¿qué daño podría haber?

Su oferta fue una amabilidad, no un coqueteo. Debía bailar con él como lo haría con el señor Quincy. No era un pariente sino un amigo lo suficientemente antiguo como para casi serlo.

Daphne puso su mano en la del señor Garrick. El calor subió por su brazo. Su palma resultó menos suave de lo que ella habría imaginado que serían las manos de un caballero. Su agarre estaba firme, mientras cerraba sus dedos sobre los de ella. Se preguntó si debería insistir en que se detuvieran, por falta de guantes. Antes de que ella pudiera decidir, él los condujo de regreso al lugar donde ella había comenzado su baile.

Se volvió hacia ella sin soltarle la mano. “¿Y qué desea practicar, señorita Hayhurst?”

El calor irradió por su brazo y la llenó. “No estoy segura.”

Como siempre, él la analizó con expresión pensativa. “Ya pareces bastante hábil en el ámbito del country reel. ¿Quizás algo más oscuro para prepararte en caso de que sea necesario?”

“¿Cómo?”

“¿Qué tal un minueto?”

Un minueto parecía bastante seguro. Un baile de la época de sus padres. Ella temía que él sugiriera algo escandaloso, como ese nuevo vals del que había oído rumores. “Hace mucho que no bailo un minueto.”

“Bueno, entonces practicaremos. Nunca se sabe cuándo te pueden pedir que intentes uno.”

Desconcertada, Daphne asintió. El señor Garrick se inclinó sobre su mano y luego empezó a contar. Con movimientos fuertes y seguros los condujo al baile.

Había realizado los pasos cientos de veces. Cuando era niña, le encantaba ver a sus padres bailar así, como lo habían hecho aquella fatídica noche navideña, la primera vez que se escabulló de la cama para mirar a través de la barandilla uno de sus bailes. Su madre con un dulce vestido de color amarillo pálido. Su padre, alto y delgado, vestido de azul pálido. Sus padres se habían deslizado por la pista de baile en perfecta armonía.

Por mucho que ella y el señor Garrick se movieran ahora, la luz del sol los envolvía cálidamente y el cielo era de un azul profundo. Sus manos fuertes transmitían total seguridad en los pasos, envolviendo los más pequeños cada vez que se entrelazaban. A su alrededor, las flores silvestres comenzaron a abrirse a la luz de la mañana. Pronto, el suelo y las paredes del valle quedaron inundados de un mar de colores. El aire se llenó de un dulce aroma.

Y luego los llevó a un giro final. Su voz profunda, casi como música con su cuenta constante, se silenció. Se inclinó sobre su mano otra vez, esta vez rozando sus nudillos con sus labios.

Un rayo pareció acelerar su brazo. Dafne jadeó.

Levantó unos ojos grises preocupados, mientras se enderezaba. “¿Se encuentra mal, señorita Hayhurst?”

“Yo... no.”

Presionó sus dedos por última vez y los soltó. “Gracias por un hermoso baile. Un momento de alegría en lo que últimamente parece una existencia sombría.”

Daphne parpadeó rápidamente, tratando de encontrar pensamientos y frenar los latidos de su corazón. *“¿Estaba desolada?”*

Su mirada se centró en sus labios. Se sentían tan suaves, pero firmes contra su piel. Con el corazón latiendo aún más fuerte, ella volvió a poner su atención en sus ojos. Afortunadamente, él miró más allá de ella, en dirección a la casa solariega.

“El cumpleaños de la señorita Barlow es dentro de dos días. Durante años pensé…” Se detuvo con una mueca. “No estoy seguro de poder conquistarla.”

“Realmente, ¿renunciarías a todo por ella?”

Se encontró directamente con la mirada de Daphne. “Me gustaría.”

“¿Por qué?” Se corrió la voz antes de que pudiera responder. Sus mejillas ardieron. “Es decir, ¿qué tiene la prima Wendy?”

¿A Daphne le faltaba algo? ¿Algún rasgo necesario para inspirar el tipo de devoción que su prima inspiraba en el señor Garrick? De otro modo, claro, no tenía ningún deseo de volver a separar a sus familias.

Él frunció el ceño, pensativo, pero por una vez su mirada evitó la de ella. “No estoy completamente seguro. Cuando nos conocimos, ella no me importaba. Parecía mimada, adorada por su padre y protegida por su hermano. Esto era voluntario.” Sacudió la cabeza. “Entonces ella parecía estar siempre presente. Ofreciendo siempre una sonrisa. Apareciendo dondequiera que estuviera. Empecé a notar sus… encantos.” Una sonrisa irónica curvó sus labios.

“Me doy cuenta de que no me corresponde a mí decirlo, pero ella no parece encantadora.” Daphne estudió su reacción con los ojos muy abiertos, preocupada que él se ofendiera.

El señor Garrick asintió. “Últimamente se ha vuelto más estridente. No se tomó bien el declive y la muerte de su padre. No se lleva bien con la señora Barlow.” Pasó una mano por sus mechones ondulados de color carbón, despeinándolos. “Ella se ha vuelto más exigente. Quizás porque su padre siempre la colmó de atenciones y regalos.”

“Tal vez.” A Daphne, la prima Wendy le parecía bastante terrible y nada digna de la devoción del señor Garrick. “¿Quizás simplemente está siendo dramática para poner a prueba tu amor?”

“Tal vez.”

“¿O podría tu tío simplemente estar poniendo a prueba su amor y el tuyo?”

El señor Garrick puso mala cara. La esperanza brilló en su mirada y luego murió. “No. Mi tío no es de esa clase de gente. Hablaba en serio cada palabra de su carta.” El señor Garrick cuadró sus anchos hombros y se enderezó. “De todos modos, haré un intento más, en su cumpleaños. Si ella realmente no me quiere, entonces debo acatar su decisión.”

Dafne asintió. Para su vergüenza, ella no podía evitar esperar que su prima lo rechazara nuevamente. No por sus seductores ojos grises, o por la forma en que su toque envió calor subiendo por su brazo y a través de su cuerpo, o por cómo sus labios en su mano habían provocado un relámpago brillante dentro de ella. Por su bien. Incluso si Daphne nunca volviera a ver al señor Garrick, él merecía algo mejor que la prima Wendy.

“Debería volver a la casa.” Él frunció el ceño. “No quiero decir que haya ocurrido algo

inapropiado, pero no puedo evitar pensar que sería mejor si no llegamos juntos."

Daphne reprimió otro sonrojo. No había ocurrido nada inapropiado. Simplemente, ellos habían bailado. Un minueto. Un baile anticuado e inofensivo que habrían practicado sus abuelos. Es cierto que lo habían hecho sin guantes, pero las manos eran solo manos. Su mirada se desvió hacia la de él, suelta a sus costados. De dedos largos y fuertes.

El señor Garrick hizo una reverencia. "La veré adentro, señorita Hayhurst."

Daphne asintió, sin estar segura de su voz. Siguió su progreso, mientras sus largas piernas la llevaban desde el valle. Una vez que él desapareció sobre la cima, ella dejó escapar un gemido y se presionó los ojos con las palmas de las manos. Ella nunca se había enamorado de un caballero. ¿Por qué su tonto corazón debe elegir a este en quien fijarse? Existían todas las posibilidades de que su prima aceptara la oferta final de matrimonio.

Bajando las manos, giró lentamente en círculos, contemplando el valle bañado por el sol. Las abejas zumbaban ahora entre las flores, adormeciendo su suave zumbido. Un suspiro melancólico salió de sus labios. Si nunca volvía a ver al señor Garrick, al menos conservaría para siempre el hermoso recuerdo de esa mañana.

Ella dio la vuelta y subió la colina, siguiendo el camino que él había recorrido entre las flores. Tendría que cambiarse antes de unirse a los demás en el salón. Su dobladillo estaba húmedo y cubierto de polen. Con suerte, su doncella podría limpiar el vestido. Daphne no había traído mucho con ella.

Al llegar a la cima de la colina apareció la casa, junto con un conflicto de sentimientos. Cuando abandonara la finca de los Barlow, probablemente nunca volvería a ver al señor Garrick, salvo que él viniera de visita. Sin embargo, deseaba partir. Por más amable que había resultado ser su tía, por más cordiales que pudieran ser el señor Garrick y el primo Wendel, si así lo deseaban, el disgusto de Wendy coloreaba casi todas las interacciones, cada momento. Desde que se peleó con el señor Garrick, la prima de Daphne se había vuelto casi insoportable. Además de eso, Daphne extrañaba a sus padres, a sus hermanos, hermanas y a su hogar.

Daphne casi había llegado a la puerta de la cocina, planeando subir desde allí las escaleras traseras hasta su habitación, cuando esta se abrió de golpe para revelar al señor Garrick. Se apresuró en su dirección, con la expresión marcada por la preocupación. Al captar su estado de ánimo, aceleró el paso.

"¿Qué pasa?" Exclamó, mientras se acercaba. ¿Le había pasado algo a su tía o a alguno de sus primos?

"El carruaje de tu padre ya se fue, buscándote. Todo el mundo te está buscando."

"¿El carruaje de mi padre? ¿Por qué?" El miedo se apoderó de Daphne. Su partida estaba prevista en menos de una semana. No podía imaginar por qué su padre la enviaría a buscar tan temprano.

El señor Garrick negó con la cabeza. "No esperé a escuchar la noticia. Vine a buscarte. Ven." Volvió a la casa.

Daphne lo siguió al interior y a través de la cocina. Casi tuvo que correr para seguirle el paso, mientras atravesaban los pasillos anchos y oscuros. Finalmente, irrumpieron en el salón delantero, donde su tía paseaba, mientras la prima Wendy, sentada en un sillón, leía.

"Dafne." La tía Barlow corrió hacia adelante. "¿Dónde has estado? Olvida eso. Hay novedades. Siéntate conmigo." Agarró a Daphne del brazo y la llevó hacia el sofá.

"Tía, ¿cuál es el problema? ¿El señor Garrick dijo que el carruaje de mi padre iba y venía?"

"¿Dónde estabas?" Preguntó Wendy. Miró a Daphne con los ojos entrecerrados. "Tu dobladillo está empapado." Su mirada se centró en el señor Garrick. "Como las botas del señor

Garrick.”

“¿Qué ha pasado?” Presionó Daphne, ignorando a Wendy.

Tirando de Daphne para que se sentara en el sofá, la tía Barlow capturó sus manos. “Irving se ha caído de un árbol. Se rompió varios huesos, pero lo peor es que permanece inconsciente. No saben si algún día volverá a despertar.”

Dafne la miró fijamente. “¿Mi hermano Irving?”

“Difícilmente podría referirse a un Irving diferente, o no habríamos rastreado la casa en busca de ti.”

“Wendy,” espetó la tía Barlow, con voz carente de calidez, antes de volverse hacia Daphne. “Tu padre envió el carruaje, pero no pudieron quedarse. También tienen la tarea de traer a Edward a casa. El cochero dijo que regresará a buscarte después de que entreguen a Edward.”

“Pero, eso llevará días. ¿Y si...?” Se detuvo, incapaz de pronunciar las palabras. Tragó contra el duro nudo que tenía en la garganta. ¿Qué pasaría si nunca volviera a ver vivo a su hermano menor? “Solo tiene trece años.”

“¿Por qué están mojadas tus botas?” Wendy dirigió la pregunta al señor Garrick, que se encontraba inmediatamente en la puerta del salón.

“Este no es el momento,” él respondió en voz baja.

“¿Quizás tu cochero podría llevarme?” Daphne le preguntó a su tía, en tono suplicante.

“Por supuesto que no,” espetó Wendy. “Necesito el carruaje para mi cumpleaños.”

La tía Barlow liberó sus manos de las de Daphne para mirar duramente a su hija. “Esa no es tu decisión.”

“No, pero en dos días será decisión de Wendel.”

“Entonces deja que lo haga,” dijo la tía Barlow.

“Él no está aquí. Está paseando por el terreno buscándola.”

Daphne se rodeó con sus brazos. Su tía y los disparos de Wendy se agitaron hasta convertirse en un zumbido sordo en sus oídos. El dolor que le hinchaba el estómago amenazaba con hacerle llorar. Los cerró, pero en el momento en que lo hicieron, una imagen de Irving en un árbol, colgando una muñeca para burlarse de sus hermanas pequeñas, llenó su visión.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

“Llevaré a la señorita Hayhurst en mi carruaje,” dijo el señor Garrick.

Los ojos de Daphne se abrieron de golpe.

“¿Qué vas a…?” Espetó Wendy.

“Llevaré a la señorita Hayhurst y a su doncella de regreso con su familia.”

“Gracias.” Las palabras de Daphne salieron en un susurro, pero el señor Garrick le ofreció un gesto de asentimiento.

“¿Lo harás ahora?” Preguntó Wendy, con los ojos azules brillando.

“Es muy amable de su parte, señor Garrick,” dijo la tía Barlow.

Daphne parpadeó rápidamente y las lágrimas brotaron de sus ojos. Pasó una mano por cada mejilla. “Pero, te perderás el cumpleaños de la prima Wendy.”

“Aparentemente, a él no le importa,” expuso Wendy secamente, sentándose muy erguida en su sillón.

El señor Garrick se volvió hacia ella. “Me importa, pero puedo aprovechar este momento de manera similar.” Cruzó la habitación y, como había hecho casi dos semanas antes, se arrodilló ante ella. “Señorita Barlow, estoy dispuesto a renunciar a la fortuna de mi tío para estar con usted, si usted está dispuesta a renunciar a ella para estar conmigo. He planeado esta propuesta durante años, pero tu padre estaba enfermo y entonces lo lloraste. A través de todo eso, mi sueño

ha sido hacerte mía. ¿Serás mi esposa?”

Daphne apenas podía respirar. No alrededor del dolor en su garganta ni más allá del martilleo de su corazón. La tía Barlow observaba con la boca y los ojos muy abiertos, y las manos apretadas contra el pecho.

Wendy le frunció el ceño al señor Garrick, cuyo rostro tan alto como el de ella, mientras se arrodillaba. “Es posible que pueda vivir sin la fortuna de tu tío, señor Garrick, pero me niego a hacerlo.”

La tía Barlow jadeó.

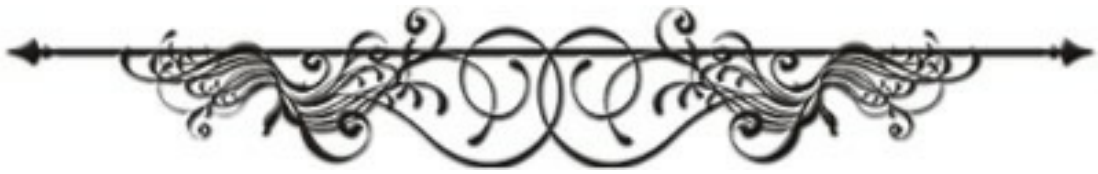
La boca del señor Garrick se amargó.

Wendy emitió un suspiro. “Eres muy guapo, Arthur, y amable, aunque demasiado aburrido. Habría disfrutado de la envidia que evidencian otras mujeres si asisto a los eventos de tu brazo. Ahora, no puedes darme eso. Solo te quedan dos buenas cualidades para ofrecer, y como la amabilidad no vale nada para mí, en realidad es solo una.” Ella extendió la mano y le dio unas palmaditas en la mejilla, con los ojos fijos. “No te preocupes por mí. Ya he puesto en marcha nuevos planes para mi felicidad. Lleva la niña de mi prima a su familia. Ya no te necesito.”

La tía Barlow emitió un sonido ahogado.

El señor Garrick se puso de pie y se elevó sobre Wendy. Con expresión dura, él se volvió hacia Daphne. “Prepárese a toda prisa, señorita Hayhurst,” dijo y salió de la habitación.

Capítulo Siete



Arthur paseaba por la biblioteca de los Hayhurst, tratando de no sentirse impresionado por el espacio. Era una habitación larga y el fantástico patrón de pájaros, cielo y hojas en el techo parecía el aspecto más alegre. Ciertamente, los volúmenes que llenaban los estantes entre las ventanas altas y estrechas no lo eran. Por lo que pudo comprobar, en los estantes no había ni una sola novela gótica, ni casi ninguna literatura, ni siquiera poesía.

El propio Bardo fue relegado a un solo juego de libros, ubicado en una esquina trasera.

En cambio, abundaban volúmenes de investigaciones y conocimientos científicos. Había libros sobre ganadería, química, geografía, el arte del ajedrez, matemáticas puras, mientras que el italiano, el francés, el griego y el latín tenían cada uno sus propias secciones. Los más frívolos de todos, si es que se les podía etiquetar como tales, eran los libros relacionados con la mitología, la danza y el arte.

Grandes sofás mullidos salpicaban el espacio, junto con sillones, pero también había mesas con sillas y bancos de madera rígida. Varios de ellos estaban llenos de candelabros y volúmenes. Arthur se detuvo junto a uno y, sin perder las páginas que estaban abiertas, medio cerró cada libro para leer los títulos. *Matemáticas* y *Aplicación de teorías económicas*.

Miró las fórmulas anotadas en varias hojas de papel. Aunque tenía estudios universitarios, no podía encontrarles sentido.

Con una mano apoyada en la mesa junto a esas figuras confusas, Arthur levantó la mirada hacia la ventana más cercana. Al exterior se alzaba un jardín enorme y bien cuidado. A través de varias ventanas, él había vislumbrado setos ingeniosamente recortados, vastos prados, fuentes burbujeantes, un verdadero arcoíris de flores y senderos cubiertos de mármol blanco triturado.

¿Qué pensarían Wendel y Wendy de la habitación en la que se encontraba de esa casa? Ellos siempre habían sostenido que sus primos eran parientes pobres que serían molestos parásitos en Londres. Afirmaron que los Hayhurst no visitaron la ciudad por el gasto y porque necesitaban demasiados ingresos para alquilar su casa en Londres, que estaba ubicada en una calle muy elegante, para residir allí ellos mismos.

Arthur lo negó con la cabeza. Desde el momento en que su carruaje tomó el camino bordeado de árboles, quedó claro que los Hayhurst eran muy ricos. La librea de los lacayos y mozos de cuadra que habían invadido su carruaje era casi tan elegante como la vestimenta de Arthur. Cuando salió de su medio de transporte, la casa solariega parecía enorme y estaba impecablemente mantenida, desde las plantas perfectamente cuidadas hasta las gárgolas de granito encaramadas en lo alto.

Y la señora Hayhurst, una versión más joven y encantadora de la señora Barlow, lo recibió con toda cortesía, educada incluso en su estado de angustia. La señorita Hayhurst también había mantenido una perfecta educación durante el viaje y cuando llegaron, a pesar de la evidente tensión, se había apresurado a ver a su hermano, llevándose a su madre con ella, no sin antes preguntarle qué necesitaba, ofreciéndole que le enviaran víveres y pidiendo a un sirviente que le indicara si podía elegir entre un salón o la biblioteca. No podía imaginarse a Wendy ni a la señora Barlow comportándose con el mismo decoro.

Pensando en Wendy, Arthur se deslizó en una de las sillas junto a la mesa. En su viaje, había sido peor compañero que la señorita Hayhurst. Arthur había pasado la totalidad del viaje de dos días intentando ordenar sus sentimientos.

Enojo. Traición. Choque. Una cierta cantidad de vergüenza.

Esto era primordial, pero también para su vergüenza era un toque de alivio. Le había hecho una promesa a Wendy Barlow y, en esencia, también a Wendel y a la señora Barlow. Aunque nunca se había hecho nada oficial, las expectativas eran claras y de larga data. El honor había dictado que Arthur pidiera la mano de Wendy, al igual que su corazón.

O eso él había pensado.

Sin embargo, si su corazón estuviera completamente comprometido, ¿por qué sentiría alivio? ¿Era tan superficial que realmente prefería el dinero de su tío a la mano de la mujer que amaba? ¿O algo más lo conmovió?

Su mirada se posó en un gran retrato familiar colocado sobre una de las chimeneas de la habitación. El retrato mostraba al señor Hayhurst, a quien Arthur aún no había conocido, y a la señora Hayhurst. Ambos sonreían y estaban rodeados por siete niños, el más pequeño era un bebé en brazos. Arthur supuso que la pintura no tendría ni una década de antigüedad. Hizo una mueca, pensando en su propia familia, tal como era. Lillian cumpliría dieciocho años la próxima primavera. Él le había prometido una temporada. Ahora no tenía acompañante. Nadie para presentarla ni ir de visita. Con los codos apoyados en la mesa se frotó la frente. Cuando regresara a Londres, comenzaría a entrevistar a mujeres para ese rol.

“¿Tratando de robar los secretos de mi padre?” Preguntó una voz masculina detrás de él.

Arthur giró en la silla para encontrar a un joven con expresión enojada, cruzando las puertas dobles abiertas de la biblioteca. Se puso de pie y dio la vuelta completamente, ofreciendo una reverencia.

“¿Le pido perdón, señor…?” Arthur hizo una pausa, aunque los rizos medio castaños le recordaban los mechones color caramelo de Daphne, y los ojos color avellana reflejaban los ojos azules de la señora Hayhurst, marcando al hombre como Edward Hayhurst.

“Señor Edward Hayhurst.” Él no se inclinó.

Arthur sí lo hizo y se enderezó para decir: “Arthur Garrick.”

En todo caso, el ceño de Hayhurst se hizo más profundo. “Sé quién eres. Acabo de venir de visitar a un amigo en Londres. La alta sociedad habla mucho de ti, Garrick.”

Arthur imitó la expresión del joven. “¿De mí?” No había estado en Londres desde finales de febrero. ¿De qué podría haber que hablar? “¿Quizás me confunde con otro, señor Hayhurst?”

“Yo creo que no.”

“¿Puedo entonces asumir que esta supuesta conversación es el impulso de lo que solo puede llamarse una falta de civismo por su parte?”

“Puedes.” Hayhurst señaló con el dedo la puerta de la biblioteca. “También puedes abandonar esta mansión directamente...”

Arthur se puso rígido. “No creo que sea usted quien decida. Soy huésped de tu hermana.”

¿Por qué el joven insistía con tanta hostilidad? “¿Sabes que la traje aquí?”

“Lo sé… Sé por qué y no puedes tenerla, Garrick.”

Las cejas de Arthur se alzaron. “¿Le ruego que me disculpe?”

“Mira, estoy seguro de que eres un tipo bastante decente, pero no permitiré que resuelvas tus problemas financieros a través de mi hermana. Daphne merece alguien que se preocupe por ella, no por su dote.”

Garrick sacudió la cabeza como si eso pudiera aclararle los oídos de semejantes tonterías confusas. “¿Qué problemas financieros?”

“No prevariques, Garrick. No soy un tonto.”

“Finge que lo soy e ilumíname.”

Edward Hayhurst lo escudriñó con el ceño fruncido. Finalmente, dijo: “se ha sabido que estabas detrás de Wendy Barlow para pedir su dote, ella se enteró, y te abandonó.” Él se encogió de hombros. “Entiendo que un hombre necesita cierto incentivo para casarse y que tiene una hermana a quien considerar. Debe haber sido una sorpresa darte cuenta de que tu tío tiene mucho dinero. Todos lo creíamos rico, aunque nada sociable, con esa casita miserable al borde de lo que está de moda, despidiendo a la compañera de tu hermana y enviándola a una escuela de segunda categoría. Ninguno de nosotros se dio cuenta de lo mal que están las cosas. Pero, eso no te da ningún derecho a reclamar la dote de Daphne.” Hayhurst sacudió la cabeza con expresión perpleja. “Cómo te enteraste, nunca lo sabré. Ni siquiera sabes lo que su padre ha decidido para ella.”

“¿Todo eso ha salido a la luz?” Dijo Arthur lentamente. “¿En las últimas semanas, supongo?”

Edward Hayhurst asintió. “Me alegro de haber estado en la ciudad para enterarme de ello. Aquí las noticias nunca nos llegan.”

“Correcto,” dijo Arthur, estupefacto por las acusaciones.

“¿Entiendes que es mi deber proteger a Daphne de tu poco honorable demanda?”

Arthur reprimió una risa amarga. “Oh, sí, lo entiendo.” No tenía ninguna duda de dónde habían empezado esos chismes maliciosos. Nunca sabría a quién le había escrito Wendy por primera vez, pero era evidente que sus mentiras se habían extendido como el fuego. ¿Lillian ya había oído rumores tan desagradables? ¿Afectaría eso sus perspectivas?

La expresión de Hayhurst se volvió un poco avergonzada. “Harías lo mismo por tu hermana.”

“En efecto.” Lo que Arthur necesitaba hacer por su hermana era detener la marea de tal locura.

“¿Entonces te irás en paz? ¿Sin resentimientos?”

“Lo haré. De hecho, los dejaré este momento. Saluda de mi parte a tu madre y a tu hermana.”

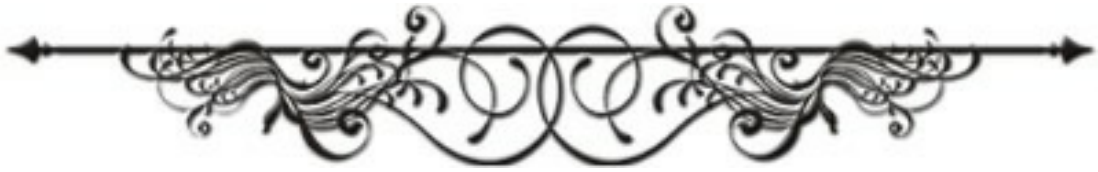
Edward Hayhurst hizo una mueca. “Preferiría que no.”

Arthur apretó los dientes. “Como desees. Por favor, discúlpame.”

“Bien.”

El joven se hizo a un lado, mientras Arthur salía de la habitación.

Capítulo Ocho



Daphne revisó el salón formal pero lo encontró vacío. Tratando de reprimir su inquietud por Irving en el fondo de su mente, buscó la biblioteca. En esa habitación tampoco había señales del señor Garrick. Regresó al vestíbulo de entrada y saludó a un lacayo.

"¿Le dieron una habitación al señor Garrick?" Tenía la intención de ofrecerle una, ya que era bastante tarde para comenzar el largo viaje a Londres, pero no recordaba si, en su prisa por ver a Irving, lo había hecho.

"¿Un cuarto? No, señorita. El caballero se fue hace algún tiempo."

Daphne parpadeó, confundida. "¿Se fue?" ¿Sin despedirse de ella?

"Sí, señorita."

"¿Dio alguna razón?" ¿Había caído otra calamidad?

"No, señorita."

¡Qué extraño! "Gracias"'

El sirviente asintió.

Daphne dio la vuelta lentamente, sin saber adónde ir.

Había dejado a su madre y a su padre junto a la cama de Irving. No sabía si podría soportar seguir mirándolo fijamente, ya que sus palabras susurradas parecían no tener ningún efecto en esa forma extrañamente pequeña envuelta en mantas, con un brazo y una pierna entablillados.

¿Por qué el señor Garrick se había marchado sin mostrar el debido civismo? Eso no parecía propio de él. Es cierto que había estado tranquilo durante su viaje y apenas se dirigía a ella con más frecuencia que a su doncella. Ella había asumido que él tenía muchas cosas en la cabeza, y ser callado o grosero no eran lo mismo.

Estaba deseando mostrarle la mansión y los terrenos. Le hubiera gustado especialmente ver su reacción ante el gran salón de baile. Posiblemente, la idea de bailar con él allí algún día había sido un punto brillante en dos días que de otro modo hubieran sido sombríos.

Se oyeron pasos en la escalera. Levantó la vista para ver a Edward descendiendo.

"¿Tienes alguna idea de por qué se fue el señor Garrick, Edward?"

Edward hinchó su pecho. Llegó al último escalón y dijo: "me deshice de él por ti."

Dafne frunció el ceño. "¿Qué quieres decir?"

"Lo ahuyenté. No puede andar por ahí con los ojos puestos en tu dote."

A sus costados, las manos de Daphne se cerraron en puños. "¿Qué quieres decir? El señor Garrick no tiene intenciones con respecto a mi dote."

Edward puso los ojos en blanco, la condescendencia coloreaba su expresión. "Tú eres tan

ingenua. Es bueno que me tengas para cuidar de ti."

"Edward, ¿qué le dijiste?"

Él parpadeó, probablemente desconcertado por el tono duro de sus palabras. "Le dije que sabía que estaba en apuros y husmeando por tu dote."

Daphne entrecerró los ojos. "No tienes idea de lo que hablas."

Edward cruzó para pararse frente a ella, todavía solo una pulgada más alto a pesar de sus diecinueve años. "Sí, Daph. Se ha difundido por todo Londres cómo nuestra prima descubrió que su tío está en dificultades financieras y que el señor Garrick buscaba su dote, y por eso, ella tuvo que abandonarlo."

"¿Eso es lo que hay por todo Londres?" *Pobre señor Garrick. ¿Cómo podrían difundirse historias tan terribles...?* "Wendy," murmuró Daphne en respuesta a su propia pregunta silenciosa.

"Sí, nuestra prima, Wendy. Tú estabas ahí. Ya debes saber lo que pasó."

Daphne estiró una mano para golpear a Edward en el pecho. "Sí. Yo estaba allí." Ella lo empujó de nuevo, haciéndolo retroceder medio paso. "Y como tal, creo que deberías darme crédito por tener suficiente inteligencia para saber si el caballero busca mi dote o no." Ella coronó eso con otro golpe.

"Ay." Edward se frotó el pecho. "Ni siquiera sabes cuál es tu dote, entonces, ¿cómo puedes saber si alguien la busca o no?"

"No necesito saberlo." Sus ojos se entrecerraron. "¿Cómo es que lo haces? Mi padre no te lo habría dicho."

Edward se sonrojó. "Yo, ah, la vi por casualidad en algunos papeles que su abogado le envió para que los firmara."

"Veo." Dafne negó con la cabeza. Los sirvientes que estaban parados en el vestíbulo de entrada llamaron su atención. Bueno, el daño ya estaba hecho, así que era mejor que él escuchara todo… incluyendo la verdad. "Debes saber que el tío del señor Garrick no está en apuros de ninguna manera."

Edward continuó frotándose el pecho. "¿No lo está?"

Ella lo negó con la cabeza. "Simplemente le escribió al señor Garrick, prohibiéndole casarse con nuestra prima, bajo pena de perder su fortuna."

"¿El tío de Garrick iba a desheredarlo si se casaba con ella?" Edward negó con la cabeza. "¿Entonces él la abandonó? … Ella inició esos rumores para salvar su reputación." Edward hizo una mueca. "No es noble, pero ¿qué podría hacer nuestra prima cuando el hombre no tiene honor?"

"¿Alguna vez te detienes a aprender la verdad antes de expresar tus pensamientos?" Preguntó Daphne. "El señor Garrick declaró que se casaría con ella de todos modos y que vivirían con las doscientas libras al año que generarían la dote y sus ahorros."

"¿Doscientas libras al año?" Edward hizo una mueca. "¿Habría hecho eso?"

"No solo lo habría hecho, sino que hizo la oferta varias veces." Daphne tragó cuando un repentino nudo amenazó con teñir su voz de lágrimas. "Por alguna razón, él está enamorado de ella."

"Entonces, ¿ella lo abandonó porque no quería ser pobre?"

"Exactamente, y luego empezó un rumor para no parecer la caza fortunas que es."

"Oh." Edward miró hacia abajo, avergonzado. "Entonces, ah, le debo una disculpa a Garrick."

"Indudablemente." Si alguna vez él volviera a ver al caballero. *Pobre señor Garrick. Ya*

difamado por Wendy, había tenido que enfrentar las acusaciones ridículas y sin fundamento de Edward. “Es un milagro que no te haya desafiado.”

Edward hizo una mueca. “Lo siento, Daph. Solo estaba tratando de cuidar de ti, ya que mi padre está demasiado ocupado con Irving para hacerlo.” Unos ojos color avellana preocupados se encontraron con su mirada. Edward tragó audiblemente. “Ah… ¿Crees que Irving se va a despertar?”

La ira de Daphne se congeló y disipó como los copos de nieve en el viento. “Sí. Ciertamente lo hará. Debería volver con él. Madre tomó un descanso antes. Quizás pueda persuadir a mi padre también.”

Edward asintió. “Avíseme si puedo ayudar.”

Ella renunció a hacer ningún comentario sobre eso y pasó junto a él para subir las escaleras, luego corrió por el pasillo hacia la habitación de su hermano menor. Haciendo una pausa para recuperar el silencio y la calma a su alrededor, Daphne abrió la puerta de la habitación.

“¿Cómo está él?” Susurró, entrando.

Sus padres levantaron la vista con ojos borrosos y cansados.

“No hay cambios,” dijo la madre.

Daphne se acercó a su padre. “Me quedaré con mamá e Irving. Puedo decir que apenas has dormido desde que se cayó.”

Su padre miró más allá de ella, hacia su madre, con expresión interrogante.

“Vete, Paul... Daphne y yo nos quedaremos.”

Cansado, se puso de pie y luego le dio un beso en la frente a Daphne. “Gracias. Avísenme si hay algún cambio.”

Dafne asintió. Ella tomó su silla cuando él salió de la habitación. La puerta se cerró silenciosamente detrás de él. Inclinándose hacia adelante, tomó la mano de Irving, sentada como estaba junto a su brazo ileso, y pronunció una oración en voz baja. Cuando abrió los ojos, encontró a su madre mirándola.

“Fue muy amable por parte del señor Garrick traerte aquí. ¿Se quedará a pasar la noche?”

Daphne negó con la cabeza, con enfado chispeando. “Él no... Edward lo echó debido a algún ridículo rumor que escuchó en Londres.”

La madre dejó escapar un profundo suspiro, lo que hizo que Daphne deseara haber sido menos directa. “¿Qué pasó?”

Daphne se mordió el labio inferior, sin querer aumentar la tensión que recubría los rasgos de su madre.

“Será una buena distracción,” dijo la madre.

Como si no lo fuera, pero eso era cierto.

Daphne asintió y contó la historia de las propuestas fallidas del señor Garrick y el rumor que seguramente había comenzado la prima Wendy. Su madre no interrumpió, pero sacudió la cabeza con tristeza e incluso hizo una mueca varias veces.

Cuando Daphne terminó, se encontró directamente con la mirada de su madre. “Ahora dime, ¿qué pasó realmente entre padre y el tío Barlow?”

Su madre suspiró. Extendió una mano para acariciar el cabello de Irving, pero su mirada desenfocada se posó en algún lugar al otro lado de la habitación. “Tu tía y yo éramos muy unidas. No somos gemelas, pero solo hay un año de diferencia, como tú y Edward, y ambas siendo niñas, hicimos todo juntas, incluso salir del armario. Ambas conocimos a caballeros. Tuvimos una boda conjunta. Todo parecía perfecto.”

Se hizo el silencio.

“¿Pero no fue así?” Daphne la incitó después de un momento.

La madre negó con la cabeza. “Tu tío tenía reputación. Tu padre, en cambio, siempre fue educado y callado. A tu tío se le metió en la cabeza enseñarle a su nuevo hermano casado cómo vivir. Llevó a tu padre a numerosos lugares desagradables y les presentó a las personas que uno encuentra en ellos. Le enseñó a tu padre a apostar, a beber y a... ¡Bueno! Le presentó a tu padre un determinado estilo de vida y un tipo de mujeres, diferentes a las que se encuentran entre la alta sociedad.”

“La actriz,” adivinó Daphne.

“Sí, la actriz.” El tono de madre tenía el mismo desdén que cuando mencionó por primera vez a la mujer, antes de que Daphne fuera a visitar a sus primas. “Tu padre se enamoró perdidamente de ella.”

Dafne jadeó. “Pero, ya estaba casado.”

“Estábamos.”

“Pero…” Daphne se calló. Nunca habría pensado algo así de su serio y devoto padre. “¿Qué pasó?”

“Al principio, *ella* disfrutó de su devoción, especialmente de los regalos.” La madre dijo la palabra ‘ella’ con el mayor desdén. “Más tarde, *ella* se cansó de él. *Ella* y tu tío pensaron que sería divertido mantener una aventura a sus espaldas. Él los descubrió y desafió a tu tío. Fue entonces cuando la mujer admitió que nunca se había preocupado por tu padre y que ya se había cansado de él, pero, tu padre pensó que manteniendo su desafío ganaría su amor. Tu tío dijo que no era tan tonto como para arriesgar su vida por una... bueno, una mujer que carecía de carácter moral. Toda la discusión tuvo lugar en su club. Hubo numerosos testigos. Todo este sórdido asunto fue tema de conversación en Londres, y la mayoría de la gente se puso del lado de tu padre.”

“¡Cielos!” Respiró Daphne.

La madre asintió.

“Sin embargo, ¿lo perdonaste?”

Para sorpresa de Daphne, las mejillas de su madre se sonrojaron.

“Verás, querida, tu padre y yo, a pesar de estar casados, no… es decir, no habíamos tenido relaciones matrimoniales. Para ser honesta, me sentí tan aliviada al descubrir la razón que lo perdoné. Lo único que le pedí fue su devoción de ahora en adelante y que abandonáramos Londres. En ese momento, le hice prometer que nunca regresaríamos, pero esa parte de su promesa ahora parece una tontería.”

“¿Entonces llegó a amarte?” Daphne contuvo la respiración, esperando la respuesta.

“Él lo hizo. Lo hace. Mucho y lo amo.”

“¿Y la tía Barlow?” ¿Cómo una pareja se había fortalecido a partir del incidente y la otra se había visto obligada a separarse?

“Por rechazar el desafío de tu padre, tu tío fue tildado de cobarde por la masa, por lo que nunca perdonó a tu padre. Mary ya tenía niños, es decir, ya que son gemelos. Estoy bastante segura de que estaba embarazada incluso antes de que se casaran.” Su madre sacudió tristemente la cabeza. “El incidente sacó a la luz no solo un asunto sino muchos otros en los que se involucró tu tío. Solo que, a diferencia de tu padre, él se negó a enmendar su conducta. Como castigo, no creo que mi hermana volvió a cumplir ni un solo deber como esposa. Finalmente, ellos también se retiraron al campo. Tanto para ahorrar dinero como para la salud de tu tío.” La madre suspiró. “No conozco todos los detalles de esos años, ya que tu tío le prohibió a mi hermana mantener correspondencia conmigo.”

“Y el tío del señor Garrick es uno de los que criticaron al tío Barlow y apoyaron a mi padre,” concluyó Daphne. “Qué triste es castigar a Wendy por las acciones de su padre, pero, dijeron que la manzana no cayó muy lejos del árbol. El tío del señor Garrick debe tener la intención de protegerlo.”

“Sí. Todavía mantienen la correspondencia con regularidad. Él y tu padre intercambian consejos de inversión.”

“¿Quién es el señor Garrick?” Preguntó una voz infantil y somnolienta.

Daphne dejó escapar un grito ahogado y su agarre en la mano de su hermano menor tuvo espasmos.

“Irving,” gritó la madre en voz baja. Ella se inclinó para besarle las mejillas.

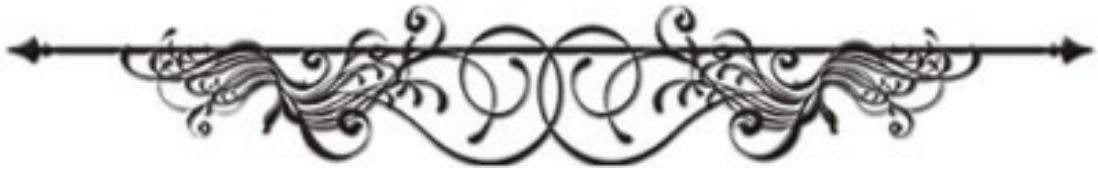
“Eeew, mamá, basta,” gritó, tratando de apartar la mano de Daphne. Sus ojos se abrieron como platos. “Oye, ¿por qué no se mueve mi brazo?”

“Te caíste de un árbol, amor,” dijo mi madre. “¿Cómo te sientes?”

“Estoy bien, supongo, pero, me duele la pierna.”

Daphne no pudo contener la risa, aunque el sonido salió como un sollozo. Abrazó la mano de su hermano contra su pecho, con una sonrisa en su rostro que parecía como si fuera a partirle la cabeza en dos.

Capítulo Nueve



Arthur se quedó frente a la casa de su tío en Londres, luego miró a un lado y a otro de la calle, contemplando las casas ordenadas, aunque un poco pequeñas. De hecho, esta era una pequeña y miserable casa adosada. Arthur cruzó el camino hacia los anchos escalones de granito. ¿Un borde así era lo que estaba de moda? Él trotó. Eso era ridículo. Quizás esto necesitaba reparaciones, aunque era encantador de todos modos y estaba en un vecindario perfectamente respetable. ¿Edward Hayhurst había visto siquiera el lugar antes de difamarlo?

La puerta se abrió y reveló al anciano mayordomo de su tío, Charles, enmarcado por un vestíbulo moderno y bien iluminado. Arthur entró, asintió y comenzó a quitarse los guantes. La única razón por la que su tío vivía en una casa un poco más pequeña que una elegante era su soltería. Aún así, el espacio había resultado más que adecuado para la crianza de Arthur y Lillian después de su inesperada llegada. Aunque Arthur nunca había encontrado la casa pequeña o pasada de moda.

"Gracias, Charles," dijo, entregándole su ropa de abrigo al mayordomo.

"Su tío me pidió que lo enviara con él cuando llegara, señor."

Arthur sacó un reloj de su chaleco. "¿No preferiría que me preparara para la cena y hablara con él durante la comida?"

Charles negó con la cabeza. "Lo dijo con seguridad, señor."

"Muy bien, entonces. ¿En el salón morado?"

"Sí, señor."

Arthur asintió y fue a la parte trasera de la casa. Encontró a su tío acomodado en su sillón favorito, con una bata muy bordada ceñida sobre unos pantalones, una camisa y un chaleco con las costuras tensas. Sostenía un cigarro en una mano y una copa de brandy sobre una mesita al lado de la otra. Como de costumbre, las gruesas cortinas de color ciruela estaban cerradas. Una mezcla de humo de velas y cigarros nadaba pesadamente en el aire, mientras que el humo flotaba en estelas sobre la cabeza del tío Garrick.

Arthur entró con una reverencia. "Tío."

"Arthur. Toma asiento." El tío Garrick hizo un gesto con su cigarro y luego tomó un sorbo de brandy, mientras Arthur obedecía. "Tengo noticias para ti, muchacho. No quise decir lo que escribí en esa carta. Fue una prueba. La chica fracasó, me imagino, pero al menos ahora sabes la verdad. Entonces, ahora que vas a volver a ser rico, ¿todavía la quieres?"

Arthur lo miró boquiabierto, contento de estar ya sentado. "¿Una prueba?"

¿La señorita Hayhurst había acertado en esa suposición? Arthur evocó los rasgos decididos

de Wendy. No iba a estar contenta de haber sido manipulada de esa manera.

"Sí." El tío Garrick asintió y se apretó la barbilla.

Arthur se recostó y parpadeó. Podría darse la vuelta. Volver a la finca de los Barlow. Se había perdido el cumpleaños de Wendel y Wendy, pero lo perdonarían.

¿Debería él? ¿Lo deseaba? El rechazo de Wendy había sido tajante, especialmente la última vez que le propuso matrimonio.

Sin embargo, la forma más rápida de refutar los rumores que ella había iniciado sería casarse con ella y luego podría continuar con sus planes para la temporada de Lillian. Su hermana tendría un tutor y un abogado. Sí, Wendy lo había rechazado con toda vehemencia, pero él le había pedido que renunciara a muchas cosas. Además, una vez que se casaran, su impulso y pasión se centrarían en ayudarlos a él y a Lillian. Nadie sería una defensora tan formidable como Wendy Barlow.

Además por encima de todo eso era posible que todavía él la amara. Ciertamente, donde solían residir sus visiones para el futuro, ahora acechaba un dolor sordo. No tan agudo como en esos primeros momentos de traición, pero al fin y al cabo era un dolor debido a la muerte de una vida, a la que había aspirado.

"¿Y bien, muchacho? ¿Vas a volver corriendo con ella?"

El trasfondo de desdén en el tono de su tío alertó a Arthur. Él entrecerró la mirada. "No estoy seguro, señor. ¿Qué crees que debería hacer?"

El tío Garrick se rió entre dientes pero sacudió la cabeza. "No vayas lo suficientemente rápido, muchacho. Te crié y puedo leer tus pensamientos antes de que los tengas. Que siquiera hayas considerado recuperar a esa desvergonzada de Barlow es toda la respuesta que necesito." Tomó otro sorbo de brandy. "Me temo que ha llegado el momento de que aprendas una dura lección."

Arthur hizo una mueca. Cuando se trataba del tío Garrick, Arthur nunca demostró ser lo suficientemente rápido. La carta no había sido una prueba sino la verdad. Y la verdadera prueba había comenzado en el momento en que entró en la habitación.

"¿Qué lección?" Preguntó con resignación.

"Cuando llegue septiembre, te irás de esta casa."

Arthur negó con la cabeza. "¿Y a dónde?"

El tío Garrick se encogió de hombros. "¿Cómo debería saberlo? Dondequiera que te lleven tus cien libras al año."

"¿Me estás echando?"

"Y cortándote la asignación."

"Pero, ¿por qué?"

El tío Garrick dio un sorbo a su cigarro. "No puedo confiarte mi fortuna."

"¿Quieres decir que realmente dejarás todo en manos de la Iglesia?" Arthur miró a su tío con horror.

"Lo haré. Es la única manera de garantizar que ni un centavo mío llegue a esa chica. Ella es su padre de principio a fin."

Arthur negó con la cabeza. "El punto es discutible. Ella no me aceptará."

"Ella lo hará si muero, muchacho. No voy a vivir para siempre. Ni siquiera puedo levantarme de esta silla sin llamar a un sirviente para que me ayude."

"¿Qué pasa si juro no casarme con ella?" ¿Quería el tío Garrick verlo suplicar?

Su tío lo analizó durante un largo momento. "No. Yo creo que no. La pequeña zorra es demasiado astuta."

“¿Y si se casa?” Preguntó Arthur, desesperado. “Entonces no tendrás que temer que me case con ella.”

“Lo más seguro es que, en el momento en que yo muera, su marido también lo hará, y ella volverá a perseguirte.”

“Wendy no es una asesina,” espetó Arthur, perdiendo parte de su paciencia. “Estás siendo irrazonable.”

“Es mi fortuna, muchacho. Creada con la ayuda de Paul Hayhurst. El padre de tu pequeña descarada habría visto arruinar la vida de Hayhurst, simplemente por divertirse. Mi decisión se mantiene.”

El temor se apoderó de Arthur. Nunca había conocido a su tío cambiar de opinión. Alguna vez. “¿Qué pasa con Lillian? Ella tendrá una temporada.”

El tío Garrick se encogió de hombros. “Ella es tu pupila ahora. Sus estudios están pagados hasta el final del verano. Entonces, tendrás que tomar algunas decisiones difíciles. ¿Ajustarás tu capital para darle a tu hermana un hogar adecuado y una temporada, con la esperanza de que capte la atención de un hombre rico, o mantienes tu dinero invertido, e intentas vivir de los intereses? Probablemente tendrás que dejar ir al ayudante de cámara y a su doncella. Quizás vendas algunas de tus posesiones.”

Arthur sacudió la cabeza y estaba entumecido. “Pero... No me voy a casar con la señorita Barlow.”

“No correré ese riesgo, muchacho.” El tío Garrick dio otro sorbo a su cigarro. “Anímate. Estamos en mayo. Tienes cuatro meses para planificar.”

Arthur solo pudo mirar a su tío, incapaz de encontrar palabras.

“Siempre puedes encontrar una heredera con quien casarte, muchacho. Voltea las mesas. Una mujer te habría hecho lo mismo.”

“¿Al menos contratarías a una acompañante para Lillian?” Preguntó Arthur. “Ella difícilmente puede tener una temporada sin una acompañante.”

El tío Garrick negó con la cabeza. “Lo que le pase a tu hermana depende de ti. Eres su guardián. Ahora ve y cámbiate para la cena. Pensé que comeríamos aquí esta noche. Ya no quepo en ninguna de las sillas del comedor. Hay que hacer una nueva y eso no está listo.”

¿Cena? ¿Eso es todo en lo que su tío podía pensar? Sin fondos, ¿adónde irían Arthur y Lillian? ¿Cómo podría siquiera mantenerla después de terminar la escuela?

“¿El carruaje?”

“Mío,” dijo el tío Garrick. “Pero, puedes usarlo hasta septiembre.”

“¿Mi equipo? ¿Mi semental?”

“Me temo que descubrirás que mi dinero los pagó todos, pero te regalaré el semental. No necesito una montura para montar. Especialmente uno juguetón.”

Arthur hizo una mueca. “¿Qué pasa con mi ropa?”

El tío Garrick resopló. “Tampoco me sirve tu ropa. Eres una cabeza más alta y unas seis piedras más ligero.”

Arthur se pasó las manos por la cara. “¿Es esta otra prueba?”

Finalmente, una pizca de compasión apareció en la expresión del tío Garrick. “No lo es. Como te dije, estas son lecciones difíciles, muchacho. Apréndelas.”

“¿Todo a la Iglesia?” Arthur presionó de nuevo, incapaz de creer que su tío haría tal cosa.

“Si quedo satisfecho de que has aprendido tus lecciones, de que ves a esa chica como el engendro del diablo que es, serás bienvenido de nuevo y te restituiré tu asignación y herencia.”

“¿Y cómo puedo convencerte de que nunca me casaré con la señorita Barlow?”

El tío Garrick se encogió de hombros. El movimiento fue una pesada ondulación de su túnica bordada. “Cásate con otra persona.”

Su tío estaba enojado. Arthur había pasado años planeando casarse con Wendy. No había nadie más.

“Te sugiero que cultives algunas nuevas amistades, muchacho. No solo para conocer mujeres elegibles sino también para imponérteles. Es el truco de todos los bolsillos dejar que un caballero…” Su tío frunció el ceño. “O supongo que podrías pedir prestado.”

Maravilloso. Terminaría en la prisión por los deudores o se convertiría en un parásito. Una sanguijuela. A eso lo reduciría el tío Garrick. Arthur preferiría irse. Tomar su interés cada año y pagar una comisión. Esto era como muerte en el continente con honor. Excepto, ¿qué pasaría con su hermana?

“Si yo... me voy, entonces, acogerías a Lillian, ¿no?”

La expresión del tío Garrick se endureció. “Como haces esa pregunta, la respuesta es no.”

Arthur entrecerró la mirada hacia su tío. No podía decir eso. “Ella es tu sobrina. La criaste desde que tenía tres años.”

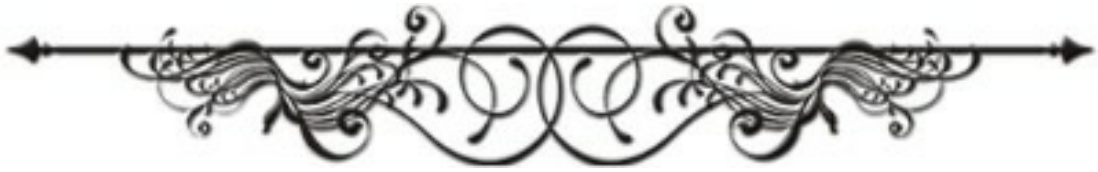
“Soy un hombre intransigente, Arthur. Por eso nunca me casé.” El tío Garrick apuró el resto de su brandy. “Ahora ve y prepárate para la cena. Deseo saber de tus viajes.”

Arthur se puso de pie. “He perdido el apetito, señor. Creo que me retiraré anticipadamente.”

“Como tú desees.”

Con las manos apretadas a los costados, Arthur ofreció una reverencia. Sus piernas no podían moverse lo suficientemente rápido, mientras lo sacaban de la habitación. Su único pensamiento convincente fue preguntarse, una y otra vez: *¿qué puedo hacer?*

Capítulo Diez



Daphne descubrió que un mes de mayo bochornoso en el campo significaba un mayo insoportable en Londres, pero como la próxima temporada comenzaría temprano, debido a la votación, también debían hacer sus preparativos. Daphne lo sabía, pero saberlo no hacía que Londres fuera más soportable. Incluso a principios de mes, las calles y edificios de la ciudad estaban empapados de calor. Lo soportaban y amplificaban ese calor hacia afuera con mucha mayor fuerza. El río corría lentamente. El cielo era de un azul grisáceo polvoriento y poco atractivo. Por lo que Daphne sabía, el único lugar soportable en todo Londres era el parque. Sin embargo, su madre había insistido en que vinieran aquí, deseando evitar la avalancha otoñal de mujeres jóvenes y sus acompañantes, todas clamando por vestidos nuevos.

"Porque eres la primera," había dicho la modista alrededor de la boca llena de alfileres apretados entre sus labios, mientras ajustaba el dobladillo de Christine, "tú marcarás la moda para la temporada." Ella miró hacia arriba con ojos avariciosos. "¿Dijiste tres guardarropas completamente nuevos?"

La madre de Daphne había dicho eso. Nuevos vestidos de día. Nuevos vestidos de noche. Vestidos de tarde, vestidos de paseo, trajes de montar, vestidos de viaje y vestidos de cena. Gorros y guantes. Capas, pantuflas y botas. Camisola y estancias. Spencer, pelisse y todo lo demás.

Daphne sabía que sus padres eran ricos, pero nunca había sido testigo de semejante exceso. Su madre parecía entretenida y acosada a partes iguales. Christine brillaba cada día con alegría. Y así fue, día tras día, desde su llegada, hasta que Daphne simplemente no pudo soportar más.

Esa tarde, al negarse a acompañar a su madre y a su hermana en una excursión para seleccionar nuevas cintas que combinaran con los nuevos vestidos que se estaban confeccionando, Daphne prefirió pasear por el parque, seguida por su doncella y un lacayo. En el campo, a Daphne se le habría permitido caminar sola o acompañada, únicamente de una criada. En ese caso, ella y la muchacha podían conversar. En Londres, Daphne caminaba por delante, en silencio, mientras su doncella susurraba con el lacayo, emitiendo ocasionalmente una risita.

Empezó a rodear un montículo, alejándose de los caminos más anchos donde se podían encontrar jinetes y carruajes. Durante la temporada, según su madre, el parque estaba a rebosar todas las tardes. Caballeros y damas caminaban y cabalgaban, luciendo sus mejores galas y escrutándose unos a otros. Daphne supuso que sería todo un espectáculo, pero no pudo evitar preferir el parque casi vacío. La naturaleza debería ser un lugar para escapar de las presiones de la sociedad.

Se acercó a un segundo montículo, sabiendo por paseos anteriores que, al otro lado, un puente se arqueaba sobre un ancho arroyo. Daphne encontró allí cierta paz, ya que el agua todavía burbujeaba en mayo. Le gustaba verla revolverse sin cesar. A veces, dejaba caer hojas para acelerar estos movimientos. Hoy había traído un trozo de pan para atraer a los patos.

Dio la vuelta por la colina y se encontró con la desagradable visión de alguien en el puente al que pretendía ir. Era un caballero que se asomaba hacia el agua, como ella había planeado, con los brazos cruzados apoyados en la barandilla. Ella comenzó a darse la vuelta cuando el caballero echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo azul fangoso. Ondulados mechones negros sobresalían de debajo de su sombrero, y su perfil le resultaba familiar.

"Señor Garrick," lo llamó, comenzando a avanzar de nuevo. Nunca había tenido la oportunidad de agradecerle que la hubiera devuelto a su casa a finales de abril.

El volteó, sus ojos grises revelaron sorpresa y luego ejecutó una profunda reverencia. "Señorita Hayhurst. Es un placer verla."

"Y a usted, señor."

"¿Y puedo decirle que está preciosa esta tarde?"

Las mejillas de Daphne se calentaron. "Supongo que puedes, siempre y cuando no lo malinterpretes."

Sus labios se curvaron en una mueca. "Nunca temas. Me han advertido que no te persiga."

Dafne negó con la cabeza. "Eso no es lo que quise decir. Solo quise mostrar deferencia hacia tu devoción hacia mi prima."

Su expresión de disgusto se profundizó. "Ya no tengo tanta devoción."

"Oh," dijo, muy consciente de que la conversación no progresó bien. Miró a su alrededor, buscando más palabras. Su doncella y su lacayo se habían detenido a unos pasos de distancia, fuera del alcance del oído, bajo la sombra de un arce.

El señor Garrick negó con la cabeza. "Pido disculpas. Mi mal humor no es culpa suya."

¿Estado de ánimo sombrío? ¿Aún añoraba a Wendy, a pesar de su declaración de falta de devoción? "¿Puedo preguntar qué le preocupa?"

"¿No has oído hablar de mis problemas?"

Dafne negó con la cabeza. "Nosotras hemos pasado casi todo nuestro tiempo ordenando nuestros guardarropas y preparándonos. Ese es el propósito de este viaje. Nos vamos a finales de mes y no volveremos hasta finales de octubre."

"¿Nosotras?"

"Mi madre, Christine y yo."

"Ya veo."

Se acercó a la barandilla para descansar sus brazos cruzados. Daphne se puso a su lado y se inclinó para mirar el agua. El silencio se instaló entre ellos. Se preguntó si debería volver a preguntar para escuchar sus aflicciones.

"No tuve la oportunidad de conocer a la señorita Christine cuando visité la casa de campo de tu familia," dijo.

"La reconocerás de un vistazo. Ella es la imagen de mi madre, a quien conociste." Daphne le lanzó una mirada rápida. Él analizaba el agua que se movía lentamente. "Y no tuve la oportunidad de agradecerte apropiadamente por traerme a casa, lo cual sí te agradezco."

"¡De nada! Tu hermano menor está bien, espero. No estás vestida de negro y tu madre y tu hermana están en la ciudad contigo, así que tengo esperanzas de que se recupere."

Daphne sonrió, como siempre hacía cuando pensaba en la recuperación de Irving. "Él está bien. Su brazo y pierna todavía están entablillados y se queja a diario, pero se despertó del golpe

en la cabeza y no parece haber sufrido efectos nocivos."

La sonrisa que el señor Garrick le dedicó brilló con genuino alivio. "Me alegra oírlo. Por su bien y el de todos ustedes."

Su amabilidad la animó y aventuró: "yo… Pido disculpas por Edward. Habló fuera de lugar."

La sonrisa del señor Garrick desapareció. "Ah, entonces has escuchado rumores."

"De Edward, sí, pero sé que no son ciertos. A tu tío no le falta fortuna y no buscabas la dote de la prima Wendy. No olvides, señor Garrick, que estuve presente."

Los ojos grises la midieron. "Nunca olvidaré que estuviste presente."

Inexplicablemente, sus mejillas volvieron a calentarse. "Lamento que Edward creyera historias sobre ti."

El señor Garrick se encogió de hombros. "Los rumores perpetuados por tu hermano fueron una molestia pero no me causaron gran preocupación. Cualquiera que desee preguntar puede saber de mí la verdad sobre ese asunto. La mayoría razonará que no abandoné a la señorita Barlow, porque Wendel no ha presentado ningún desafío en nombre de su hermana."

"Sin embargo, todavía pareces preocupado." ¿Le habrían sucedido más males al señor Garrick?

Él la observó de nuevo, sin ningún indicio de que tuviera intención de hablar.

"No es mi intención entrometerme, pero me gustaría saberlo," presionó Daphne. "¿Quizás haya alguna manera en la que pueda ayudarte, para pagarte por haberme traído a casa?"

Presionó sus labios en una línea dura.

"¿Por favor, señor Garrick? ¿A menos que sea algo inapropiado para mis oídos? Me gustaría ayudarte."

"No es por mí," dijo finalmente, "sino es Lillian por quien me preocupo."

"¿Tu hermana?"

El asintió. "Verás, por miedo a que todavía me case con la señorita Barlow, o a que ella intente recuperarme y yo sucumba a sus artimañas, mi tío ha decidido excluirme de su testamento. Luego, en septiembre, piensa suspender mi asignación y no permitirnos a Lillian y a mí vivir con él."

Daphne se llevó una mano al pecho. Eso fue peor de lo que había imaginado. "Pero tu hermana saldrá esta temporada, ¿no es así? ¿Se lo has dicho?"

Sacudió la cabeza. "Sigo intentando redactar la carta, pero no puedo hacerlo."

"¿Dónde vas a ir? ¿Cómo vivirás?"

Apartó la mirada de ella y miró hacia el arroyo. "Desde que me lo dijo, he ahorrado hasta el último centavo. He vendido algunas reliquias. Yo… no quiero tener que dejar ir a nuestros sirvientes. Esto no es su culpa. Si vienen con nosotros, tenemos una pequeña cabaña en el campo que me dejaron mis padres. Tendré que desalojar a los inquilinos. Necesito la casa más que el alquiler, porque no puedo pagar las habitaciones en la ciudad. Es adecuada para mí, pero, tal vez no para Lillian. No tengo idea de cómo conseguirle una compañera para las visitas. Puedo acompañarla a algunos eventos, pero otros requerirán una mujer."

"¿No tienes conocidos a quienes recurrir? ¿Ninguna otra relación?"

Sacudió la cabeza. "La mayoría de mis compañeros son jóvenes solteros, como yo. Además de eso, sin fondos ni herencia, una verdad que la señorita Barlow difundió inútilmente cuando pensó que era mentira, de repente descubro que la mayoría de mis amigos no lo son."

"¿Incluso mis primos?"

"A Wendel, a él, supongo, de nuevo, pero no ahora. No con todo lo que pasó entre la señorita Barlow y yo."

Daphne se mordió el labio inferior mientras pensaba. Realmente debería preguntarles a sus padres primero, pero… “La señorita Garrick podría quedarse con nosotros y podríamos ser sus compañeros. Mi madre, Christine y yo. Entonces podrías alquilar habitaciones y no tener que desalojar a tus pobres inquilinos ni sacar a tus sirvientes y a tu hermana de Londres.”

Él volteó para mirarla. “¿Tú… acogerías a Lillian?”

“Ciertamente.” Al menos eso esperaba. La alegría en sus ojos hizo que su corazón latiera con fuerza. “Me ayudaste cuando necesitaba regresar a casa.”

“Este es un favor mayor. Especialmente...” Se interrumpió con el ceño fruncido. “Te das cuenta de que ahora hay una mancha negra al lado de mi nombre, que también afectará al de mi hermana. Considera esto antes que usted y la señorita Christine se relacionen con nosotros. Sé que ambas deben encontrar maridos.”

“De todos modos, no conocemos a nadie en Londres. Además de eso,” continuó cuando él abrió la boca para hablar, “no deseo conocer a nadie que crea las mentiras de mi prima o que te rechace por tu cambio de circunstancias.”

“Es usted muy amable, señorita Hayhurst.”

De alguna manera, Daphne había extrañado tener esos ojos grises sobre ella. “Tampoco es un favor tan grande.”

“Aún así, creo que debes discutirlo con tu familia antes de que la obligue a aceptar tu oferta.”

“Eso es considerado, pero creo que estarán de acuerdo.”

“Gracias.” Él capturó su mano. “Ha sido una suerte para mí encontrarla hoy en su paseo, señorita Hayhurst.”

Daphne solo pudo asentir, incapaz de hablar, mientras él se inclinaba sobre su mano. Él, como ella esperaba, le rozó los nudillos con los labios. Por supuesto, ella usaba guantes, al igual que él, por lo que la experiencia no habría sido la misma. Pero, el calor se apoderó de sus mejillas.

“Mañana saldré a inspeccionar la cabaña,” él dijo. “¿Quizás cuando regrese a Londres pueda visitarla?”

“¿Visitarme?” ¿Quiso decir... cortejarla? “Como señalé, permaneceremos hasta finales de mayo.”

El asintió. “Es un viaje de casi una semana en cada sentido, con al menos un día dedicado a la inspección de la propiedad, pero regresaré antes de que termine el mes. Cuando regrese, si puedo, llamaré para preguntarle a su familia sobre su amable oferta para la temporada de Lillian.”

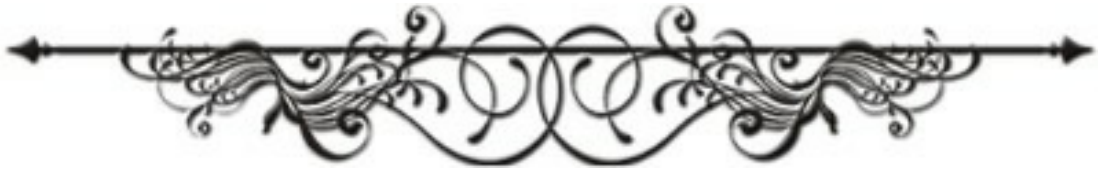
Entonces no era para cortejarla. No pudo contener una pizca de decepción. Ella asintió con la cabeza. “Ciertamente. Esperamos su visita.”

“Gracias.” Él hizo una nueva reverencia. “Disfrute su estadía, señorita Hayhurst.”

“Que tenga un buen viaje, señor Garrick.”

Él asintió y luego se volvió en la dirección opuesta a la que ella había venido. Daphne reprimió un suspiro, mientras lo veía alejarse.

Capítulo Once



Arthur bajó las escaleras de la posada y movió los hombros para aliviar la rigidez. Había dejado a Stenson en Londres, en casa de su tío, y estaba viajando solo. Esta era su segunda noche durmiendo en camas estrechas e inadecuadas. Si Arthur tuviera un poco menos de orgullo, podría haber considerado la sugerencia de su tío de buscar una heredera para casarse. La escasez de fondos ya estaba resultando aún más miserable de lo que había imaginado.

La posada contaba con salones privados, pero Arthur se dirigió a la sala común para compartir cualquier comida con la que los clientes generalmente rompían el ayuno. Al entrar, vio un jarrón de flores silvestres colocado en una ventana profunda, y las flores luminosas destacaban con la luz de la mañana. De repente, una visión de la señorita Daphne Hayhurst dando vueltas por el fondo del valle le hizo sonreír. Esa mañana había estado luminosa incluso más que las flores. Ella era casi irresistible, a pesar de su estima por Wendy.

Su sonrisa se amplió ligeramente al recordar el beso que le había dado en el dorso de la mano a la señorita Hayhurst. Ella jadeó, claramente sorprendida, pero no se apartó. Arthur no tenía idea de qué lo había llevado a cometer semejante indiscreción. Con Wendy, él siempre había sido dueño de sí mismo, sin importar cuán extremos fueran sus flirteos. Un baile fingido con la señorita Hayhurst y su control se habían desperdigado como si fueran pétalos que caen. Sacudiendo la cabeza ante pensamientos tan errantes y sin sentido, se sentó en la mesa más cercana a las flores, disfrutando del recordatorio de ese momento robado y despreocupado en el valle.

Había descubierto que la señorita Hayhurst a menudo lo deleitaba. Como con su conmovedora preocupación por Lillian. Ni siquiera había conocido a su hermana, pero le había ofrecido ayuda. No tenía muchas esperanzas de que sus padres pasaran por alto su actual etiqueta de persona non grata para permitir que Lillian viviera con ellos, pero, aún así, la sincera oferta de la señorita Hayhurst demostró una gran amabilidad.

"¿Señor Garrick?"

Arthur volteó y vio al posadero acercándose a paso rápido. "¿Sí?"

"Señor, esto le llegó en medio de la noche. El ciclista dijo que es urgente."

Arthur tenía mala cara, la preocupación lo atravesó. Solo tenía dos relaciones, y únicamente los problemas con sus relaciones podían requerir tanta prisa. Aceptó la misiva y notó el sello de su abogado. Estando inquieto, Arthur abrió el mensaje. Pasó por alto el saludo para llegar al meollo del asunto.

Tu tío nos dejó temprano esta mañana. Debes saber que ordenó cambiar su testamento solo

si te casabas con la señorita Wendy Barlow. Sigues siendo su único heredero.

Arthur se quedó mirando la página. Parpadeó varias veces. Con cuidado, con las manos ligeramente temblorosas, la cerró y luego se hundió en su silla.

"¿Malas noticias, señor?" Preguntó el posadero.

Arthur se dio cuenta de que el hombre todavía rondaba cerca. "Mi tío está muerto."

"Lamento oír eso, señor."

El tío Garrick siempre había estado enfermo. Arthur sabía que algún día se iría, al igual que sus padres. Esto era inevitable, de verdad. Simplemente no esperaba que eso sucediera pronto. Tampoco lo esperaba... Abrió la misiva de nuevo.

Sigues siendo su único heredero.

¿Cómo es posible que tres líneas sean simultáneamente tan dolorosas y al mismo tiempo ofrezcan tanto alivio? Arthur fijó su mirada en una sección vacía de la pared, incapaz de comprender cómo debería sentirse.

Una cosa sí sabía: cómo se sentiría Lillian. Ella quedaría devastada. ¿Recibiría ella también una carta? Arthur no podía permitir que ella se enterara por una misiva, mientras estaba en la escuela. Incluso si el abogado no escribiera, los rumores difundirían la noticia casi con la misma rapidez. Arthur se puso de pie y miró a su alrededor, solo para descubrir que el posadero todavía se encontraba cerca de su hombro.

Arthur extrajo varios billetes de gran denominación de su alijo de fondos disponibles y se los entregó al posadero. "Esto debe cubrir mi estadía. Además, necesito un carruaje, así como alguien de confianza que lleve mi montura de regreso a Londres."

El posadero asintió. "Mi muchacho puede llevarse tu caballo, señor. Es muy confiable y mandaré a buscar un carruaje."

"Gracias. Volveré a bajar en un momento con mi bolso."

"Puedo enviar a alguien para que se lo empaque, señor, si quiere romper el ayuno."

Arthur negó con la cabeza. "No llegué con mucho."

Regresó a zancadas a la sala común y subió la estrecha escalera. En poco tiempo, entregó su semental al hijo del posadero y se subió a un carruaje. Después de haber dado instrucciones antes de entrar, Arthur llegó al techo para ponerse en movimiento.

Mientras el carruaje, útil pero de ningún modo tan elegante como el más humilde de aquellos del tío de Arthur, avanzaba retumbando por el camino polvoriento que se alejaba de la posada. Arthur se recostó en su asiento. El carruaje sería el primero de varios, pues el viaje duraría algunos días. Arthur hizo una mueca. Eso le daría un tiempo considerable para pensar. Un nudo duro le llenó la garganta. Varios tragos no lograron tranquilizarlo. Arthur no se había despedido del tío Garrick cuando salió de Londres para ir a inspeccionar la cabaña. Ni siquiera había esperado a que el hombre mayor despertara ese día. Había considerado que la falta de cortesía hacia su tío se debía al tormento que había desatado tanto en Arthur como en Lillian, aunque él había esperado proteger a Lillian para que no sufriera por esto.

Ahora parecía más bien como si se hubiera marchado furioso, como un niño. Como aquella vez en que la enojada nube de amargura de cabello negro que había cernido cuando el tío Garrick los acogió por primera vez, hace tantos años. Arthur cerró los ojos. Con solo siete años y su hermana pequeña de tres años en brazos de su niñera, ellos habían llegado a la puerta del tío Garrick. Incluso entonces, hace unos catorce años, el tío Garrick caminaba con un bastón. Los examinó, dejó escapar un suspiro atronador y se dio la vuelta para alejarse. Como si se le hubiera ocurrido algo después, miró por encima del hombro y le dijo a Charles que les permitiera entrar.

El carruaje golpeó con un ruido sordo sobre un surco en el camino. Los resortes

definitivamente no estaban a la altura de la calidad del tío Garrick. Arthur se obligó a abrir los ojos. Se pasó una mano por cada mejilla, sin estar seguro de cuándo habían caído las lágrimas.

Se aclaró la garganta y se enderezó. Era mejor mirar hacia el futuro. No había nada que pudiera hacer para arreglar el pasado.

Necesitarían ropa de luto. Lillian necesitaría una acompañante. Los dos no podían simplemente vivir solos en... en la casa del tío Garrick. No era correcto no recibir correctamente a las personas que vinieran, y a las que serian llamadas. Todos los que recientemente habían ignorado a Arthur, en su momento de insolvencia, reaparecerían llenos de condolencias.

Y Arthur los recibiría. Sería educado. Cortés. Como si no estuviera disgustado, ni siquiera le contaría a Lillian sobre su interludio como pobre. La sociedad seguiría dando vueltas, y él y su hermana debían moverse con ella. Al menos, y sobre todo hasta que ella encontrara marido. Arthur haría todo lo posible para mitigar cualquier daño que los acontecimientos recientes hubieran causado a sus posibilidades.

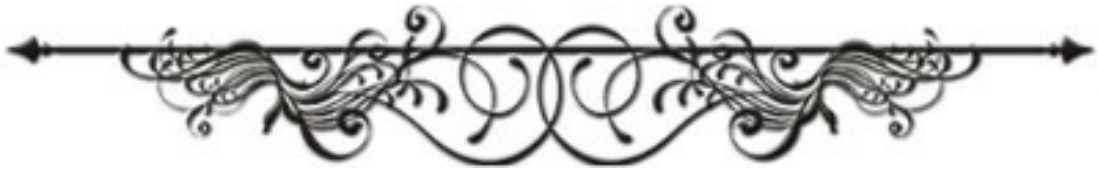
Definitivamente, era necesario agradecer la oferta de Daphne, incluso si Arthur ya no necesitaba la ayuda. Desafortunadamente, según los cálculos de Arthur, con el tiempo que ya había viajado y el cambio de dirección para recoger a Lillian, era poco probable que regresara a Londres antes de que los Hayhurst partieran. Estaría demasiado ocupado haciendo arreglos y demasiado sumido en luto para llamar, de todos modos. Simplemente tendría que escribir. Dirigiría la carta al señor Hayhurst, ya que escribirla a cualquier otro miembro de su familia sería impropio. ¿Debería dirigirla a la finca del caballero o a su residencia en Londres?

Era mejor al asiento del campo.

Arthur parpadeó varias veces. Ahora tenía una propiedad. Una que nunca había visitado, ya que el tío Garrick nunca salió de Londres. Arthur necesitaría aprender sobre eso. Su abogado tendría libros de contabilidad, ¿no? ¿Consejos? Arthur se frotó la frente. No importa lo que tuviera el abogado, Arthur tendría que ir allí para entender el funcionamiento del lugar. Él también se llevaría a Lillian. Su mansión de campo sería un buen lugar para cumplir con el duelo.

Una vez decidido esto, su mente volvió a vagar hacia su tío, evocando los recuerdos. Con pensamientos tumultuosos, Arthur pasó de la tristeza a la culpa, luego a la ira y finalmente de nuevo a la tristeza. Por mucho que lo intentó, no pudo poner en orden sus pensamientos y emociones. Continuó luchando mientras su carruaje alquilado retumbaba por la carretera.

Capítulo Doce



Daphne corrió la cortina del carruaje para observar su lento avance por la calle de Londres. El clima de la ciudad le pareció mucho más soportable en noviembre, pero sintió que el frescor se compensaba con la multitud de gente. Dondequiera que fueran, la élite de Londres bullía, ellos charlaban y miraban boquiabiertos. Ignoraran y buscaban no ser ignorados. La sociedad londinense no se parecía en nada al círculo de su familia en el campo.

Al menos dentro del carruaje no estaban abarrotados. La última adquisición del padre, comprada para Daphne y la temporada de Christine, fácilmente tendría capacidad para seis. En cambio, solo Daphne, su madre, Christine y Edward entraron. El padre se negó a asistir a las festividades de esa noche, diciendo que prefería bailar en su propio salón, y los cuatro Hayhurst más jóvenes se quedaron en el campo, a pesar de las súplicas de las muchachas y las protestas de Irving de que casi podía volver a caminar con normalidad.

Christine, Edward y su madre conversaban amigablemente, mientras cabalgaban, pero la ansiedad se arremolinaba en Daphne. Este era su primer baile en Londres. Solo llevaban unas semanas en la ciudad. Para gran deleite de su madre se había producido un reencuentro con la tía Barlow, en el que Wendel y Wendy estaban notoriamente ausentes. También habían tomado unos cuantos tragos de té, soportado varios viajes de regreso a la modista y recibido a un puñado de invitados, pero nada había sido de la escala del baile de esa noche. Esta noche, ella y Christine estarían en exhibición para la mayor parte de la gente. Todo lo que hicieran y dijeran sería evaluado.

Christine no parecía sentir tensión, pero la mayor esperanza de Daphne era pasar desapercibida para que sus compañeros la pasaran por alto.

Para ello, usó un vestido modesto. De color verde pálido, salpicado de flores blancas y amarillas, y adornado con un discreto encaje color crema. Así no debería llamar la atención de nadie. A diferencia de los conjuntos de Edward y Christine.

Christine llevaba un vestido escotado y de corte entallado. El material azul cielo, varios tonos más oscuros de lo que supuestamente debería vestir una mujer joven, combinaba con sus ojos a la perfección. El vestido también estaba adornado con un encaje blanco que de alguna manera logró hacer que sus rizos parecieran aún más dorados de lo habitual.

Daphne levantó una mano para tocar sus rizos cuidadosamente arreglados. Si hubiera combinado su ropa con su cabello y ojos, estaría usando una combinación de barro y hojas moribundas. Ese pensamiento atrajo su atención hacia su hermano, quien también había heredado el cabello castaño medio de su padre.

A diferencia de Daphne, a quien se le había exigido que usara un sombrero durante todo el verano para evitar las pecas, Edward se las había arreglado para pasar suficiente tiempo al aire libre como para que mechones dorados atravesaran su cabello. Sus ojos, que no eran del todo azules como los de su madre o sus hermanas, eran al menos de un atractivo color avellana. No era amarillo felino como el de Daphne. Para sacar provecho de eso, vestía una mezcla de azul brillante y verde, con bordados anaranjados y amarillos en su abrigo y chaleco. Daphne lo pensó mucho pero, antes de subirse al carruaje, Edward se había acicalado incesantemente ante los elogios de los demás.

Dieron una vuelta y Daphne volvió a mirar por la ventana, pero el ángulo del camino solo permitía vislumbrar el edificio, apartado de la calle. Un vehículo familiar pasó rodando, vacío y alejándose de su destino. La ansiedad de Daphne se desvaneció en un torbellino de anticipación. El carruaje que los adelantó, el cual parecía vacío, pertenecía al señor Garrick.

Trabajó para calmar el creciente entusiasmo. El señor Garrick nunca había dado ninguna señal de que prefería su compañía. Todo lo contrario, en realidad. Como la forma en que se había ido de la casa de campo de su familia sin despedirse, o la nota que le había enviado a su padre. No es que Daphne hubiera leído la misiva, pero su padre le había transmitido el contenido. Justo después de que él le preguntara si había prometido que una joven, que nunca antes había conocido, podría residir con ellos.

Daphne aún no había ideado la manera exacta de preguntarles a sus padres si la señorita Garrick podría pasar la temporada con ellos cuando llegó la nota, lo que hizo que la pregunta fuera discutible. Ella le había explicado eso a su padre y cualquier molestia de su parte estaría mitigada por la necesidad. Según él, en lugar de visitarla como había dicho que haría, el señor Garrick le había escrito para decirle que había heredado la fortuna de su tío y que ahora podía conseguirle una compañera a su hermana. En resumen, ya no necesitaba la ayuda de Daphne. Así, la conexión que había construido con él se había roto y, con su familia regresando al campo, y él de luto por su tío, ella no tenía nada que hacer al respecto.

El vehículo se detuvo y se abrió la puerta. Daphne y su familia salieron. La mirada de Daphne recorrió la multitud de personas que entraban a esa casa de Londres. Alto y rematado con mechones ondulados de color medianoche, no debería ser difícil encontrar al señor Garrick.

Sin embargo, ella no lo vio. Continuó su búsqueda mientras subían las escaleras, atravesaban el vestíbulo de entrada y esperaban en la fila de recepción. Empezó a dudar de haber identificado correctamente aquel vehículo. Saludaron a sus anfitriones y luego entraron al salón de baile. Su madre, aparentemente demasiado emocionada para mantener el decoro, se apresuró a ver a un viejo conocido, dejando a Daphne, Christine y Edward parados en la entrada.

La multitud se movió y Daphne vio al señor Garrick al otro lado de la habitación, impecablemente vestido de verde cazador. No era el mismo abrigo que había usado en casa de los Barlow, porque este parecía nuevo y mucho más fino, aunque era igualmente austero. Como entonces, llevaba un chaleco color crema, que también parecía nuevo, sobre una impecable camisa blanca. Su único adorno era una esmeralda que brillaba contra el blanco de su corbata.

“¿Quién es esa belleza al lado de Garrick?” Edward dijo en su oído.

Dafne parpadeó. No se había fijado en la joven que estaba junto al señor Garrick. Alta y de espalda recta, su constitución esbelta era casi etérea, una impresión enfatizada por sus mechones que reflejaban el negro del señor Garrick y resaltaban la palidez de su piel. Ella solo podría ser su hermana.

“Ella debe ser la señorita Lillian Garrick,” respondió Daphne en voz baja.

“¿Por qué no hay nadie cerca de ellos?” Preguntó Christine.

“Los nuevos rumores,” respondió Edward.

Dafne se volvió hacia él. “¿Qué rumores? ¿Los que la prima Wendy difundió acerca de que era un cazador de fortunas?” Lo cual era irrelevante ahora que, después de todo, había heredado la fortuna de su tío.

Edwards negó con la cabeza. “Ahora hay peores.”

Daphne volvió a mirar al señor Garrick y a su hermana. Christine tenía razón. Un espacio vacío los rodeaba, visible en el abarrotado salón de baile. “Dime…”

Edward lanzó una rápida mirada en la dirección en la que se había ido su madre y luego se acercó. Christine se movía entre ellos, con expresión curiosa, mientras Edward hablaba en voz baja. “Ahora se rumorea que Garrick asesinó a su tío antes de que el anciano pudiera cambiar su testamento.”

Christine jadeó.

“Eso es ridículo.” Dafne negó con la cabeza. “¿Seguramente nadie cree tal historia?” ¿Su prima también había iniciado ese rumor? No, Wendy no sería tan vengativa.

“Por supuesto, nadie lo cree. Ni siquiera estaba en Londres cuando ocurrió... Aunque muchos de los rumores dicen que fue veneno y Garrick podría habérselo administrado antes de partir.”

“Cualquiera que crea una historia así es un tonto,” afirmó Daphne.

Edwards se encogió de hombros. “Como dije, nadie realmente lo hace.”

“Entonces, ¿por qué nadie habla con ellos?” Preguntó Christine.

“Bueno, primero lo etiquetaron como un cazador de fortunas, luego comenzó a actuar como un pobre, vendiendo cosas y vistiendo ropa vieja. Ahora todo el mundo susurra que es un asesino. Tienes que admitir que se ve bastante sombrío con ese ceño fruncido y su cabello negro. Parece un poco malvado.”

“Edward, ¿de verdad?” Daphne infundió condena en sus palabras.

Edward dio medio paso atrás y levantó las manos como para protegerse de su ira. “No dije que creo nada de eso. Simplemente lo estoy explicando.”

Daphne cuadró los hombros. “Bueno, yo digo que pongamos fin a esto ahora mismo.”

Agarró a Christine del brazo. “¿Qué vas a hacer?”

“Vamos a ir allí para poder presentarte.”

“A mamá no le gustaría que hiciéramos una escena,” siseó Christine, apretando con más fuerza el brazo de Daphne.

“Es lo correcto,” dijo Daphne con firmeza. “Edward, Christine y yo comenzaremos. Tú recoges a mamá.”

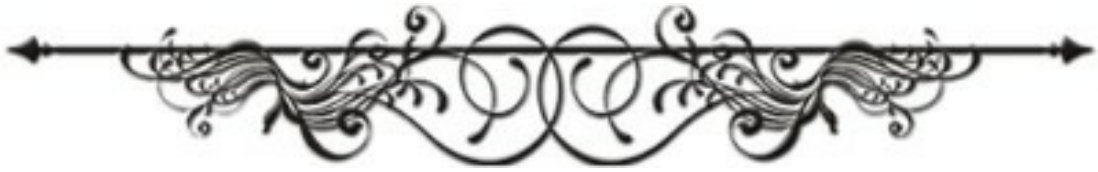
“Como mi señora ordene.” El tono de Edward contenía una burla afable. Ejecutó una reverencia y luego se apresuró a salir.

“¿Nosotros debemos?” Christine susurró, mientras Daphne cruzaba el salón de baile.

“Sí. Creo que debemos hacerlo.”

Si esto no era lo correcto, entonces lo hacía porque su prima había causado gran parte del dolor del señor Garrick. Como Wendy seguramente no haría las paces, Daphne se sintió obligada a hacerlo.

Capítulo Trece



Una visión. Eso es lo que ella era. El recuerdo de quien, gracias a su sencilla amabilidad, había hecho compañía a Arthur durante sus meses de luto. Y una visión que, vestida de verde pálido y rematada con rizos color caramelo sobre seductores ojos color ámbar, resultó incluso más hermosa en persona que como recuerdo. Junto con su madre, ella trajo consigo a su hermana menor, vestida ostentosamente. Ella era una rubia deslumbrante, una versión más joven de esa matriarca. Arthur hizo una reverencia, mientras se acercaban. A su lado, Lillian hizo otra reverencia.

Arthur no necesitó forzar calidez en su tono, mientras los saludaba. “Señora Hayhurst, señor Hayhurst, señorita Hayhurst. Un placer verlos a todos de nuevo. ¿Puedo presentarles a mi hermana, la señorita Lillian Garrick?”

Edward Hayhurst dio un paso adelante para inclinarse sobre la mano de Lillian. “Señorita Garrick, nos sentimos honrados.”

“Gracias, señor,” murmuró Lillian.

Arthur escuchó el alivio en su tono. Lillian se había puesto cada vez más nerviosa por su aislamiento. Le había dolido ver a su hermana pequeña en su primer baile y la esperanza era reemplazada por la confusión cuando nadie se acercaba.

“Señorita Garrick,” saludó la señora Hayhurst. “Qué lindo conocerte. ¿No creo que ninguno de ustedes conozca a mi segunda hija mayor, Christine?” La señora Hayhurst le sonrió a Lillian. “Creo que ustedes dos tienen la misma edad.”

Arthur y Lillian saludaron a la hermana menor de Daphne, la respuesta de la señorita Christine fue correcta, pero su tono era tibio. De todos los Hayhurst, ella era la única que parecía menos contenta de verlos. A juzgar por su vestido brillante y su escote, la señorita Christine era una mujer joven que tenía la intención de dar una especie de espectáculo esa temporada. Por el bien de Daphne, solo podía esperar que este no fuera demasiado grande.

“¿Alguien ha reclamado ya el siguiente juego, señorita Garrick?” Preguntó Edward Hayhurst.

Las mejillas de Lillian se tiñeron de rosa. “No, señor Hayhurst. Todavía no.”

“Bueno, entonces sería un honor para mí que me apoyaras.”

Lillian le lanzó a Arthur una mirada rápida e inquisitiva, a lo que él asintió con la cabeza. Se volvió hacia Hayhurst. “Eso sería agradable. Gracias.”

Hayhurst sonrió como un colegial.

Arthur se preguntó si debería destacarse para poder cuidar mejor a su hermana. Sin embargo, a menudo se había preguntado cómo sería bailar un baile real con Daphne, no uno robado en un

prado. Decidiendo que Lillian estaba lo suficientemente segura con Hayhurst, Arthur le ofreció a Daphne una media reverencia. “Y sería un honor para mí que bailara conmigo, señorita Hayhurst, y luego usted, señorita Christine.”

“Gracias,” dijo Daphne.

¿Había felicidad genuina en su voz? A Arthur le agradó pensar eso. Se pusieron a hablar del tiempo, mientras esperaban el inicio del siguiente baile. El círculo de espacio vacío que los rodeaba se cerró. Los Hayhurst, con su riqueza y lo que Arthur había llegado a entender como una excelente reputación, tenían peso entre la alta sociedad. Más de lo que Arthur podría, con sus pocas conexiones.

Observó a Daphne conversar con su familia y su hermana enamorada de su tranquilidad y la franqueza de sus expresiones. Ella no bromeaba ni se burlaba, ni coqueteaba, ni se esforzaba por seducir. Qué diferente era ella de su prima. Le disgustaba haberse aliado tan fuertemente con los Barlow. Haber creído sus mentiras sobre Daphne y su familia. Por una vez, Arthur debió haber buscado los chismes para escucharlos.

Él reprimió una mueca. Los chismes. Esa era su pesadilla últimamente. Wendy no paraba de difundir mentiras, cada cual más absurda que la anterior. Al parecer, los miembros de la sociedad londinense creerían cualquier cosa si la oían repetidamente con suficiente frecuencia.

“¿Y qué tenemos aquí?” Dijo una voz masculina familiar y ligeramente tensa.

Arthur se volvió y encontró a Wendel a su lado. “Barlow,” saludó, sin poder contener la sorpresa.

“Garrick, prima Daphne, no creo conocer a tus amigos.” Wendel miró a Arthur a los ojos y sus propios ojos le recordaron a un cachorro preocupado porque estaba a punto de recibir una patada.

La señora Hayhurst le tendió una mano a Wendel con expresión amable. “Pero, debes conocerlos, sobrino. Soy tu tía Hayhurst y estos son tus primos, Edward y Christine.”

La pareja asintió a su vez.

Su madre negó con la cabeza. “¿Hace cuántos años que anhelo conocerte? Y ahora, por fin, estás aquí.”

Wendel lanzó una mirada evaluadora a Arthur, quien mantuvo su expresión neutral, antes de dar un paso adelante para hacer una reverencia. “Debo creer que habéis esperado veintiún años, al igual que yo. Tía, primos, me hace muy feliz conocerlos, por fin. Tía Hayhurst, eres la viva imagen de mi madre.”

“Tu madre dijo que tú y tu hermana llegarían a la ciudad hoy,” dijo la señora Hayhurst. “¿Supongo que están aquí contigo?”

Aunque Arthur lo conocía, podía ver la tensión en Wendel. Lo leía en su rostro, en su voz, y en la forma en que Wendel seguía lanzando miradas en su dirección como si Arthur fuera a morderlo.

“Sí, Wendy y yo llegamos hoy. Lamentablemente, mi madre está indispuesta esta noche y Wendy no sintió que tuviera tiempo suficiente para prepararse para el baile.” Wendel intentó sonreír. “Yo no necesito tanto arreglo.”

Edward Hayhurst resopló. “Sí, deberías haber visto el alboroto donde residimos. Christine estuvo nerviosa casi todo el día.”

“Al igual que tú, Edward,” replicó Christine. “Cualquiera puede ver que eres un dandy.”

Edward Hayhurst entrecerró los ojos.

Arthur percibió la mirada resignada que cruzó por el rostro de Daphne. Entonces, ¿sus hermanos a menudo no estaban de acuerdo?

Como si también presintiera una discusión inminente, Wendel volteó para mirar a Lillian. “Tampoco creo conocer a esta joven.”

“Es cierto, señor Barlow,” dijo Lillian. “Nos hemos visto en más de una ocasión.”

Los ojos de Wendel se abrieron de par en par por la sorpresa. “¿Señorita Garrick?” Le lanzó a Arthur una mirada de sorpresa. “¿Cuándo te convertiste en una mujer? La última vez que te vi, eras... es decir...”

Arthur frunció el ceño. No le importaba la forma en que Wendel miraba a Lillian de arriba abajo. Ni siquiera estaba seguro de que le importara la compañía de Wendel de ninguna forma. No con Wendy difundiendo chismes maliciosos sobre él. “La verías más a menudo si tu hermana y yo no estuviéramos en desacuerdo.”

Wendel hizo una mueca. “Mira, Garrick, lo siento. Te lo juro, digo la verdad tan a menudo como puedo.” Él se encogió de hombros. “Mucha gente simplemente prefiere la mentira. Hacen mejores historias.”

“¿Que mentiras?” Lillian preguntó, con los ojos muy abiertos.

El silencio descendió sobre su pequeño grupo. A su alrededor, la sala bullía de conversaciones y música.

“¿Arthur?” Lillian le dirigió una expresión confusa.

A su lado, Wendel parecía tenso.

“¿Quizás eso sea algo para una discusión posterior?” Sugirió la señora Hayhurst. “Ahora es el momento de disfrutar del balón.”

Lillian la miró y luego asintió. Daphne y su hermana observaron el intercambio con los ojos muy abiertos, resaltando la preocupación de Daphne y el ávido interés de la señorita Christine.

“Creo que el próximo baile está a punto de comenzar,” dijo Edward Hayhurst con alegría forzada. Dio un paso al lado de Lillian. “Nuestro baile prometido.”

Lillian le dedicó una sonrisa vacilante. “Sí. Creo que es correcto.”

“¿Y podría darme el siguiente baile, señorita Garrick?” Preguntó Wendel.

Ella se volvió hacia él con los labios fruncidos. “Una vez intenté practicar baile con usted, señor. Te reíste y me dijiste que volviera a jugar con mis muñecas.”

Arthur contuvo una risa. Wendel merecía el comentario irónico de su hermana.

“No lo hizo,” jadeó la señorita Christine. “Primo, qué terrible.”

Wendel hizo una mueca, con expresión avergonzada. “También me gustaría reclamar un baile para ti, prima Christine, y otro para ti, Daphne.”

La señorita Christine alzó la nariz en el aire. “Veré cómo bailas con la señorita Garrick. Si conoces los pasos lo suficientemente bien, bailaré contigo.”

Las cejas de Wendel se arquearon.

Arthur ahogó otra risa.

Edward Hayhurst le ofreció el brazo a Lillian. “¿Nuestro baile?”

Le tendió una mano enguantada de blanco. Hayhurst se lo puso en la manga y la llevó hacia donde se reunían otras parejas.

“¿Señorita Hayhurst?” Preguntó Arthur. “Si nos disculpa, señora Hayhurst.”

“Eso te deja conmigo, prima,” dijo Wendel detrás de ellos, mientras Arthur se llevaba a Daphne. “Por mi honor, conozco los pasos al menos tan bien como Garrick.”

La señorita Christine dejó escapar un suspiro lúgubre. “Supongo que podemos intentarlo.”

Arthur acompañó a Daphne a su lugar de baile.

Los músicos entablaron un animado baile country, que Arthur conocía bien. Este era bastante similar al que había pillado practicando a Daphne, y ella demostró ser tan vivaz y hábil en un

salón de baile como en un prado. Fue una suerte, ya que el segundo baile del set fue igualmente enérgico.

Para el tercer baile, los músicos tocaron un minueto, que probablemente permitiría a los bailarines recuperar el aliento. Arthur capturó la mano de Daphne en la suya. Él observó sus mejillas teñidas de rosa. ¿Esfuerzo o efecto de su presencia? Espontáneamente, una visión de ella bañada por la luz del sol y rodeada de flores silvestres llenó sus sentidos.

"¿Tú y mi primo mantienen la amistad?" Preguntó en voz baja, mientras caminaban lentamente por una curva.

Se cambiaron de manos y regresaron en dirección contraria, ofreciéndole a Arthur la vista que Daphne debió haber tenido: Wendel bailando con la señorita Christine, mientras que su conversación parecía bastante animada.

"Esta es la primera vez que lo veo desde que lo acompañé a casa en abril."

"Medio año."

"Durante esos seis meses estuvimos de luto. Al menos mi tío tuvo la amabilidad de estipular en su testamento que el luto duraría solo seis meses, no un año. Eso le ha permitido a Lillian seguir teniendo su temporada."

No es que Arthur hubiera hecho ningún esfuerzo por buscar a Wendel si no estuviera de luto. En su opinión, Wendel debía renovar su amistad. Arthur y Daphne volvieron a cambiar de manos, se inclinaron y dieron otra vuelta. Él casi podía oler el aroma de las flores flotando a su alrededor.

"Mi padre me informó del fallecimiento de tu tío. Mis condolencias por tu perdida."

Sus tranquilas palabras, impregnadas de un sentimiento genuino, reavivaron el dolor por la muerte de su tío. Arthur se aclaró la garganta. "Gracias."

"También lamento la forma en que nuestra prima te atormenta."

"Creo que ahora no te refieres al señor Barlow."

Dafne negó con la cabeza. "Me refiero a Wendy."

Arthur se encogió de hombros. "Es su manera. Es una criatura de pasiones."

La expresión de Daphne se nubló. "¿Incluso ahora la defiendes?"

¡Quería saber si él todavía sentía afecto por su prima! "La comprendo. Eso no significa que apruebo sus acciones." Él ensayó una sonrisa. "Pero no debemos permitir que ella manche nuestro baile."

Dafne asintió. "Tu hermana es bastante encantadora," indicó, cambiando de tema. "Creo que mi madre tiene razón al decir que ella y Christine tienen la misma edad."

Arthur lanzó una mirada hacia donde Lillian bailaba con Edward Hayhurst. Su hermana tenía una expresión agradable. Parecían conversar amigablemente. "Ella tiene casi dieciocho años."

"Christine cumplió diecisiete años en este mes de marzo."

"Quizás pueden ser amigas. Lillian y su compañera, la señora Smith, podrían visitarte a ti y a tu hermana."

Dafne asintió. "Me gustaría eso."

Arthur le dio un suave apretón en la mano para transmitirle su gratitud. Siguieron bailando, mirándose fijamente. No podía determinar si respiraba más libremente en presencia de Daphne o si su pecho se contraía por el anhelo. Ambas cosas parecían igualmente ciertas. Estudió esos seductores ojos color ámbar, preguntándose si ella también sentía alegría y anhelo en su presencia. ¿Se atrevió a intentar averiguarlo? Su corazón latía con fuerza en su pecho, que era su órgano bastante golpeado últimamente.

Entraron en la curva final, que culminó con una reverencia. Arthur deseaba quitarle el guante

a Daphne, acariciar la piel que sabía que era suave como la seda, y expresar su creciente admiración a través del roce de sus labios.

En cambio, él se inclinó por segunda vez. “Gracias, señorita Hayhurst, por venir a rescatarnos esta noche. Esperaba descubrir que los rumores sobre mí no obstaculizarían las posibilidades de mi hermana.”

“Ojalá esto compense, de alguna manera, los problemas que te causan mis relaciones.”

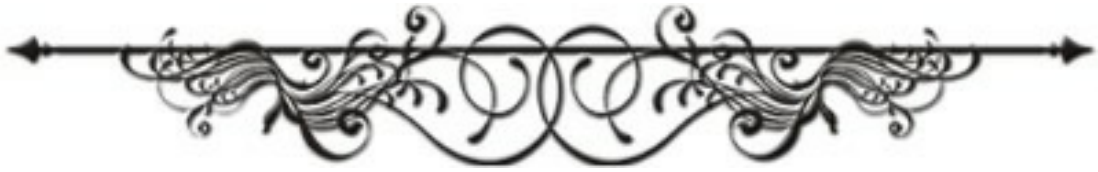
“No la hago responsable de las acciones de la señorita Barlow.”

“Tampoco me hago responsable. Aún así, es correcto hacer las paces donde podamos.”

“Gracias,” él repitió, incapaz de leer nada más que amabilidad en su respuesta, y la llevó de regreso con su madre.

Arthur cumplió con su deber bailando con la señorita Christine, que coqueteaba casi tan bien como Wendy, y luego se puso de pie junto a su hermana. Para entonces, el círculo de incertidumbre que los había rodeado se había disipado por completo y más caballeros se acercaron en busca de presentaciones. Pronto, Daphne, Christine y Lillian se vieron rodeadas por un mar de pretendientes potenciales. Sin ninguna razón para impedir que su hermana bailara, e incapaz de disfrutar de pie, con otras mujeres, cuando sabía que Daphne bailaba con otros hombres, Arthur se dio cuenta de que pasaría mucho tiempo antes de que realmente disfrutara de un juego de pelota.

Capítulo Catorce



Habiendo terminado su turno en el fortepiano, Daphne cruzó la habitación hasta donde su hermana y la señorita Garrick estaban junto a una columna griega de gran tamaño. Mientras jugaban, Daphne las vio charlando y riéndose, y sintió una punzada de envidia. Aunque ya habían entrado en noviembre, asistiendo a fiestas, reuniones para tomar té, bailes y varias otras salidas, ella todavía no había entablado verdaderas amistades, como parecía que Christine y la señorita Garrick lo habían hecho.

"¿Sobre qué están susurrando ustedes dos?" Daphne preguntó alegremente.

La señorita Garrick volvió hacia ella unos ojos grises increíblemente abiertos. "Hombres."

"Shh, no se lo digas. Es pesada," dijo Christine con otra risita.

"No soy pesada. ¿Qué estabas diciendo?" Daphne bajó la voz. "¿Se trata de uno de los hombres de aquí?"

Los rizos rubios y negros rebotaban, mientras ellas negaban con la cabeza.

"Ambas estamos enamoradas," aconsejó la señorita Garrick.

Las cejas de Daphne se arquearon. Creía lo mismo de Christine, quien, aunque parecía estar disfrutando de su temporada, seguía obstinadamente adherida a su deseo de casarse con el señor Quincy, pero, ¿podría ser cierto también lo mismo de la señorita Garrick? Había estado ausente en la escuela durante los últimos años. En las pocas semanas que estuvo en Londres, no pudo haber pasado mucho tiempo con ningún caballero en específico. Hasta donde Daphne sabía, los únicos caballeros que habían bailado con la señorita Garrick en más de un evento eran el señor Garrick y Edward.

"¿Quién ha capturado sus corazones?" Preguntó Dafne.

Ellas intercambiaron miradas.

Christine se volvió encogiéndose de hombros. "Aún no hemos decidido si debemos admitir nombres."

Daphne entrecerró la mirada. No era frecuente que tuviera la oportunidad de burlarse de su hermana. "Sé a quién estima Christine."

"¿Quién es?" Preguntó la señorita Garrick.

"Te prohíbo que lo digas," interrumpió Christine. "No hasta que la señorita Garrick admita el nombre de su amor."

Daphne arqueó una ceja. "¿Prohibirme? ¿Olvidas que soy tu hermana mayor?"

Los grandes ojos grises le suplicaron a Daphne. "Solo una pista."

"Daph, no lo hagas."

“Dime sus iniciales, al menos.”

Por mucho que deseara ganarse la estima de la señorita Garrick, Daphne cedió y sacudió la cabeza. “Lo lamento. Si Christine no quiere que lo haga, no puedo.”

Christine dejó escapar un suspiro de alivio.

“Puedo.”

Las tres voltearon.

Wendy se acercó a la columna.

“Wendy,” gritó la señorita Garrick, con una amplia sonrisa en su rostro. Corrió hacia la prima y le tendió las manos.

Wendy las apretó. Mantuvo alejada a la señorita Garrick. “En qué mujer tan encantadora te has convertido, querida.”

“No te he visto en mucho tiempo y ahora Arthur dice que no se casará contigo, pero no me dirá por qué. Lo que sea… ¿Qué pasó?”

Wendy miró a Daphne con ojos ingeniosamente sorprendidos. “¿Quieres decir que la prima Daphne aún no te lo ha dicho?”

“Cotillear es un pasatiempo desagradable y nefasto,” dijo Daphne, aunque tuvo la repentina sospecha de que estaba a punto de desear haberlo hecho.

“No podría estar más de acuerdo,” respondió Wendy. “Por eso me alegro tanto de poder decirle la verdad yo misma, señorita Garrick, pero primero, ¿quién es tu encantadora amiga?”

Christine, que había estado mirando a la prima Wendy con recelo, se enderezó un poco ante el cumplido. “Soy tu prima, Christine Hayhurst.”

“Vaya, no tenía idea de que tengo una prima tan bonita. Debo decir que tú y tu hermana no se parecen en nada.”

Daphne entrecerró la mirada, segura de que Wendy quería insultarla.

Christine pareció complacida por los elogios, pero inclinó la cabeza hacia un lado. “¿Por qué dijiste que podías decirle a la señorita Garrick el nombre de mi novio?”

“Porque he oído todo acerca de tu enamoramiento con el señor Quincy. Durante su visita a nosotros, tu hermana habló de ello como de conocimiento público.”

Christine se giró para mirar a Daphne. “Daph, ¿cómo pudiste? ¿No acabas de decir que los chismes son desagradables y nefastos?”

“Pues sí, lo hizo,” Wendy dio la vuelta y miró pensativa a Daphne. “De hecho, me da vergüenza haber hablado, prima Christine. Nunca habría pronunciado el nombre del señor Quincy si me hubiera dado cuenta de que se trataba de un chisme.”

“Si no chismorreas, ¿cómo lo sabes?” Preguntó Dafne. “Nunca te lo dije. Solo tu madre…”

“Creo, en realidad, que se lo contaste a mi madre y al señor Garrick, mientras varios miembros del personal escuchaban. Se habla de ello como de conocimiento común en nuestro hogar. No recuerdo que nadie haya mencionado que sea un secreto.”

“Daphne,” gimió Christine, lo que hizo que varias matronas cercanas miraran en su dirección, entre ellas la acompañante de la señorita Garrick, la señora Smith.

“La calma, querida prima, es esencial,” dijo Wendy. “No deseas causar una escena. No importa lo traicionada que te sientas.”

Christine dirigió una mirada furiosa a Daphne, con los labios apretados.

Daphne abrió la boca y luego la volvió a cerrar. Ella no había etiquetado la información como secreta. No se le había ocurrido que tal vez lo necesitaría. El enamoramiento de Christine parecía un tema bastante inofensivo. Finalmente, bajo el peso de la mirada de su hermana, se aventuró: “yo... yo no sabía que era un secreto para nuestra tía.”

“¿Y el hermano de la señorita Garrick?” Wendy dijo dulcemente.

“No puedo creer que le hayas contado a todo el mundo,” le siseó Christine a Daphne.

Los encantadores ojos grises de la señorita Garrick se movieron rápidamente, observándolos a todos. “Estoy segura de que tu hermana no tenía ninguna intención de hacer daño, y no se lo diré a nadie.” Le dio una sonrisa forzada a Wendy. “Ibas a explicar cuál es el problema entre tú y Arthur.”

La expresión de Wendy se arrugó. Dejó escapar un largo y triste suspiro. “Me temo que todo es culpa mía. Caí en uno de mis enojos.” Ella se acercó. “Verás, le supliqué a tu hermano que me besara. Un solo beso para sellar nuestro amor. Él no lo hizo. Admito que me enojé. Lo negué para castigarlo.” Ella cerró los ojos con fuerza. Una lágrima se escapó de cada uno. Los abrió y se secó las lágrimas. “Ahora me temo que esto ha ido demasiado lejos. Me temo que lo he perdido para siempre.”

Dafne frunció el ceño. Había visto a la prima Wendy en un ataque de pasión. En comparación, su pena sonaba vacía.

Wendy puso una mano sobre el brazo de la señorita Garrick. “Por favor, Lillian, ¿me ayudarás a recuperarlo? ¿Puedo visitarte, al menos, con la esperanza de encontrarlo?”

Christine le lanzó a Daphne otra mirada enojada y se volvió hacia Wendy. “Oh, pobre cosa. Señorita Garrick, debes dejar que ella te visite.”

“Sí, ciertamente. Me ha entristecido mucho perderte como hermana.”

Un destello de triunfo brilló en los ojos azules de Wendy, rápidamente suplantado por una expresión exagerada de esperanza. Se llevó las manos al pecho, como si rezara. “Oh, muchas gracias. Contigo como mi aliada, no puedo evitar prevalecer sobre su corazón.”

Daphne frunció los labios. Sintió que debía advertirle al señor Garrick o a la señorita Garrick.

“¿Cuándo puedo llamar?” Preguntó Wendy.

La señorita Garrick abrió la boca, pero Christine la detuvo colocándole una mano en el brazo.

“No respondas con Daphne aquí,” dijo, lanzando una mirada furiosa a Daphne. “Ella advertirá a tu hermano para que pueda evitar a la prima Wendy.”

Tres pares de ojos se volvieron hacia ella.

La señorita Garrick parpadeó rápidamente, con expresión dolida. “¿Hará eso, señorita Hayhurst?”

Dafne vaciló.

“¿Lo ven?” La expresión de Christine reveló desdén. “Ella lo hará. Se pondrá muy mojigata al advertirle, pero en realidad estará chismorreando.”

Daphne tragó adolorida.

La expresión de la señorita Garrick seguía siendo incierta, pero la de Wendy era engreída. ¿No podían ver que ella las manipulaba?

“¿Qué pasa con los rumores?” Preguntó Daphne, viendo una manera de probar la falsedad de Wendy.

“¿Qué rumores?” Preguntó la señorita Garrick.

Ansiosa por revelar la maldad de Wendy, Daphne dejó que las palabras salieran corriendo. “La prima Wendy inició terribles rumores sobre tu hermano. Por eso nadie quiso hablar contigo cuando comenzó la temporada.”

El conflicto se reflejó en el rostro de su hermana, porque seguramente Christine también consideraba malvados los rumores.

El semblante de la señorita Garrick irradiaba confusión cuando se volvió hacia Wendy. “¿Acaso tú?”

Wendy negó con la cabeza. “Te aseguro que no lo hice.” Ella hizo una mueca. “Les escribí a algunos amigos de la escuela explicándoles lo que había sucedido. Me temo que se encargaron de vengarme. Me temo que fueron ellos los que iniciaron los rumores, pero, ahora les he rogado que paren.”

“Y… ¿refutarás los rumores?” Preguntó la señorita Garrick. “¿Todos?”

Wendy asintió con expresión ansiosa. “Ciertamente. ¿Por qué no lo haría? Deseo casarme con Arthur y ser tu hermana.”

Christine volvió a tocar el brazo de la señorita Garrick. Ella asintió con la cabeza lejos de Daphne y Wendy. Las dos mujeres más jóvenes voltearon, con las cabezas rubias y de pelo negro azabache juntas, mientras susurraban, dejando a Daphne parada junto a su prima.

“No puedes esperar ganarme en este juego,” dijo Wendy en voz muy baja. “He pasado años aprendiendo a jugar.”

“Esto no es un juego. Estas son las vidas de las personas.”

Wendy puso los ojos en blanco. “Tan virtuoso.” Bajó la voz aún más y sus palabras fueron agudas y duras. “No solo es un juego, es el juego más importante que jugaremos y no perderé, Daphne. Mantén tu persona y tu asquerosamente dulce bondad lejos de Arthur y Lillian, o te prometo que pagarás.”

Daphne la miró fijamente, atónita por el odio puro en la voz de su prima. La expresión de Wendy se transformó en una mirada de dulce e inocente entusiasmo. Daphne miró y encontró a Christine y a la señorita Garrick dando media vuelta.

Christine dio un paso adelante. “Nos gustaría que te fueras, Daphne.”

“¿Me disculpas?”

“Consideramos llevar a la prima Wendy e ir a otro lugar a hablar, pero somos tres y tú eres solo una. Te agradeceríamos que te fueras y te quedaras en otro lugar.”

Daphne miró fijamente a su hermana, el dolor brotaba tan rápido que tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

“No hagas una escena, prima,” dijo Wendy. “Nos dolería verte aún más avergonzada.”

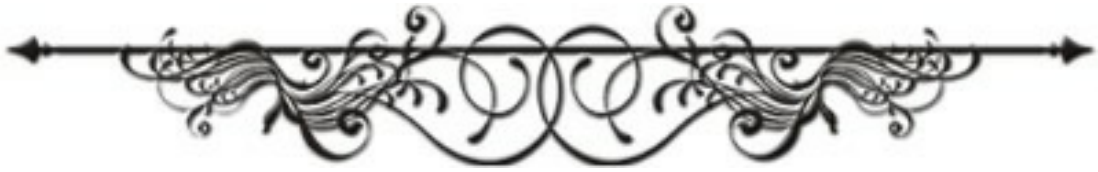
La señorita Garrick hizo una mueca de disculpa.

“¿En serio?” Soltó Daphne.

Las tres mujeres asintieron.

Parpadeando rápidamente, Daphne dio la vuelta y cruzó la habitación. El nudo en su garganta solo crecía mientras se alejaba.

Capítulo Quince



"No veo por qué la señora Smith no puede recibir las visitas contigo esta tarde," dijo Arthur, y esa no era la primera vez. "Es precisamente el propósito para el cual la contraté."

"Te lo dije, la envié a las tiendas por mí," respondió Lillian serenamente.

Arthur tamborileó con los dedos sobre el brazo de su silla. Se sentaron en el salón del frente, no en el de atrás que había usado su tío. Arthur nunca entró en esa habitación, que poseía paredes de color púrpura oscuro y estaba impregnada de humo de cigarro. Aunque habían llorado los seis meses apropiados que el mundo esperaba para un tío, Arthur aún no podía deshacerse de su dolor por el fallecimiento del tío Garrick o su culpa por los malos términos en los que ellos se habían separado. Parecía incorrecto cambiar la habitación favorita de su tío, aunque Arthur no tenía ningún interés en estar allí.

Charles entró y ofreció una reverencia. "Señor. La señorita Barlow pregunta si está en casa."

"Estamos," dijo Lillian rápidamente antes de que Arthur pudiera responder.

Charles dirigió una expresión interrogativa a Arthur.

"¿Por favor, Arthur?" Preguntó Lillian.

Evaluó a su hermana con los ojos entrecerrados. Entonces, ella conspiró, ¿verdad? ¿Para este final? Quizás debería ser más franco con ella acerca de por qué él y Wendy ya no se llevaban bien. Había tratado de proteger a Lillian de las duras verdades sobre una mujer que alguna vez pensó que sería su hermana, pero sería más directo si esa amabilidad lo obligaba a soportar las maquinaciones de Wendy.

"Son nuestros amigos," dijo Lillian en voz baja.

"Que pasen, Charles."

Charles frunció levemente el ceño y salió del salón con una reverencia.

"No puedes confiar en la señorita Barlow," le dijo Arthur a su hermana en voz baja.

"No lo entiendes. Ella no tiene la culpa. No puedes creer todo lo que la señorita Hayhurst dice sobre ella."

Las cejas de Arthur se alzaron. ¿Qué tuvo que ver Daphne con eso? Antes de que pudiera formular la pregunta, entraron Wendel y Wendy. Arthur se levantó para saludarlos.

Wendel irradiaba felicidad y su saludo de regreso era demasiado entusiasta. Arthur sintió un toque de culpa por no hablar con su amigo desde su encuentro en el baile. Por mucho que Arthur estuviera seguro de la culpabilidad de Wendy, en los rumores que circulaban sobre él, estaba igualmente consciente de la inocencia de Wendel.

Wendy hizo una profunda reverencia y se inclinó hacia adelante para mostrar sus activos con

todo su efecto. Mientras se levantaba, encontró su mirada a través de largas pestañas. “Gracias por aceptar vernos, señor Garrick. He anhelado una oportunidad para hacer las paces.”

Arthur se lo imaginaba, ahora que había asegurado la fortuna de su tío.

“¿Deberíamos… sentamos?” Lillian preguntó tentativamente. “¿Podría mandar a buscar té?”

Wendy le dedicó una sonrisa encantadora a la hermana de Arthur. Una punzada lo asaltó por lo excelente aliada y defensora que habría sido para él y para Lillian. Al menos, hasta que lo disgustó de alguna manera.

“En realidad,” dijo Wendy, “me parece recordar que tu biblioteca cuenta con un atlas asombroso.” Ella agitó sus pestañas hacia Arthur. “Tenía muchas ganas de volver a consultarlo.”

“¿Planeando un viaje?” Preguntó Wendel.

Wendy soltó una risita. “Ciertamente no. Simplemente disfruto aprendiendo sobre el mundo. Esperaba que el señor Garrick pudiera ayudarme a encontrar el atlas para poder ampliar mis conocimientos.”

Wendel resopló. “Si así es como quieres llamarlo.”

Arthur miró a Wendy con desdén. “Me temo que no tengo idea de dónde encontrarlo.”

“¿No?” Wendy alzó una ceja. “¿Estás seguro? Podríamos buscar juntos.”

“Estoy seguro.”

Wendy miró a Lillian con el corazón roto.

Arthur apretó los dientes.

“Puedo encontrarlo,” espetó Lillian. Miró a Wendel. “Sin embargo, no puedo llevarlo. Es, um, un libro muy grande. Será mejor que venga conmigo, señor Barlow.”

“Bien.”

Wendel le lanzó a Arthur una mirada de disculpa y le tendió el brazo a Lillian. Los dos huyeron hacia el pasillo.

Arthur cruzó la habitación y tiró del timbre para llamar a un sirviente.

“¿Qué estás haciendo?” Preguntó Wendy.

“Llamar a una criada. No es apropiado que estemos solos.” Incluso con la puerta del salón abierta, él no confiaba en Wendy.

Ella dejó escapar un suspiro. “No seas obstinado, Arthur.”

“¿Obstinado? Lo que cuido es tu reputación. Así como tu libertad. Y deberías dirigirte a mí como señor Garrick, señorita Barlow.”

Wendy se acercó a él. Ella apoyó una mano delgada sobre su pecho. “Arthur, lo siento. Fui tonta y estaba enojada. Por supuesto que deseo casarme contigo.” Unos ojos increíblemente azules lo miraron. “Te amo. Te amo desde el momento en que te vi.”

Un escalofrío lo recorrió, mitad miedo y mitad deseo. Llevaba años soñando con tener a Wendy Barlow en sus brazos. De poseer esas exuberantes curvas. Ser el foco de ese espíritu indomable.

Excepto que el único verdadero enfoque que tenía Wendy era ella misma.

“Según recuerdo, no te agrado en el momento en que me viste. Solo llegaste a admirarme cuando descubriste que heredaría la fortuna de mi tío.”

“¿Está mal que una mujer retenga su corazón hasta que descubra si un caballero puede mantenerla? ¿No me considerarías tonta si entregara mi admiración a un hombre que no puede retenerme?” La mano sobre su pecho acarició hacia abajo. “Tú, con tu cabello color cuervo, tus rasgos perfectos y tus hombros anchos, eres un peligro para cualquier mujer.” Su mano volvió a acariciar. “El tipo de hombre que puede capturar un corazón tan profundamente que no queda lugar para consideraciones prácticas.”

Arthur capturó su mano. Manteniéndose en su lugar, dio un paso atrás. “Excepto que, con usted, señorita Barlow, solo quedan consideraciones prácticas.”

Wendy frunció el ceño. “¿Qué estás diciendo, Arthur?”

“Es señor Garrick,” él dijo con firmeza y le soltó la mano.

Una criada entró en la habitación. “¿Señor?”

“Por favor, tome una silla y siéntese,” le aconsejó Arthur. “La señorita Barlow y yo necesitamos a una acompañante.”

Los ojos de la muchacha se abrieron como platos. “S-sí, señor,” tartamudeó y se deslizó en una silla junto a la pared del fondo.

“Sé razonable,” dijo Wendy en voz baja.

“Creo que, al no echarte de mi casa, lo soy.”

Por un breve momento, un ceño fruncido estropeó el rostro de Wendy antes de que sus rasgos adoptaran una expresión agradable. “Considera lo bien que estaremos juntos. Eres guapo y rico. Soy hermosa, ambiciosa, socialmente experta. Juntos seremos la pareja más buscada de Londres.” Sus ojos adquirieron un brillo avaricioso. “¿Quién sabe? Podríamos convertirnos en compañeros de miembros de la nobleza. Quizás incluso la realeza.”

Arthur se dio cuenta de que, alguna vez, había pensado que esas cosas importaban. “Sí, pero, ¿podríamos ser felices?”

“El éxito social nos hará felices.”

“Te hará feliz a ti.”

Los ojos de Wendy se entrecerraron. Ella respiró hondo. “Has encontrado a alguien más.”

Sacudió la cabeza. “No. Simplemente, he visto tu verdad.”

Wendy dio la vuelta, se alejó y volvió. “Es esa chica de Hayhurst, ¿no?”

“¿Disculpa?”

“¿Cómo te atreves a reemplazarme con esa insípida y patética…?”

“Cuida tu lengua, señorita Barlow.”

Sus ojos brillaron. “Por lo que es cierto…”

“No tengo ninguna relación con la señorita Hayhurst, pero tu opinión sobre ella solo puede servir para recomendarla…”

Wendy se acercó furiosa a él. Un dedo se clavó en su pecho. “Mi padre sabía lo viles que son los Hayhurst. Por eso los echó de Londres, a pesar del poco agradecimiento que recibió. Recuerda mis palabras, si no reanudas tu cortejo hacia mí, yo haré lo mismo.”

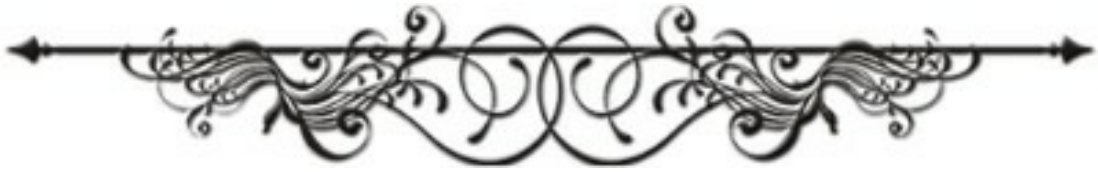
Arthur negó con la cabeza. “No seas absurda.” Volvió a coger el timbre. “Creo, señorita Barlow, que ha llegado el momento de que su hermano la acompañe a casa.”

“Se arrepentirá de esto, señor Garrick.”

Arthur no se molestó en ocultar su desdén. “Estás familiarizada con la ubicación del vestíbulo de entrada. Le indicaré a tu hermano que se reúna contigo allí.” Pasó junto a ella, pero se detuvo antes de salir de la habitación. “¿Y señorita Barlow? Mantén tu distancia de mi hermana.”

Ignorando el estallido de ira de Wendy, Arthur salió de la habitación, aunque un dedo de miedo lo atravesó. No sabía cómo, pero sí sabía que Wendy encontraría una manera de castigar a Daphne si encontraba justificadas sus sospechas sobre su afecto. Como en realidad no existía nada entre ellos, por el bien de la señorita Hayhurst, ¿no debería mantenerse alejado de ella?

Capítulo Dieciséis



Con un envoltorio en mano, Daphne llamó a la puerta de Christine y entró.

Su hermana levantó la vista de su escritorio con el ceño fruncido. Sopló la página que tenía delante y luego la dobló. “¿Sabes que la mayoría de la gente espera después de llamar?”

Daphne detuvo su paso. Parpadeó dos veces, digiriendo el tono tenso de Christine, y luego le ofreció el chal. “Lo lamento. Pediste esto para tu paseo. Como la prima Wendy llegará pronto, pensé que era necesario darse prisa.”

Christine se puso de pie y se metió la página doblada en el bolsillo de la falda. “Oh, sí lo hice. Gracias,” dijo, mientras caminaba por la habitación. “Tenías razón. El color combina a la perfección con el bordado de este vestido.”

Le quitó el chal de la mano a Daphne y se volvió hacia el gran espejo que había junto a su tocador.

Al ver a su hermana pavonearse, Daphne adoptó el tono más casual que pudo. “¿A quién le escribías?”

“¿Hmm?” Christine acomodó sus rizos por encima del chal.

“Cuando entré, estabas terminando una carta. ¿No les escribiste ayer a nuestras hermanas? Justina y Katherine esperaban cartas. Franklin e Irving no lo hicieron, pero tal vez Christine, tu sí...”

“Oh, eso.” El tono de Christine tenía una sospechosa ligereza. Continuó arreglándose el cabello, sin mirar a Daphne a los ojos. “Es solo una nota para la señorita Garrick. La prima Wendy la verá más tarde. Ahórrate la molestia de publicarlo.”

Aún desconfiada, pero poco dispuesta a alienar a su cada vez más quisquillosa hermana menor, todo lo que a Daphne se le ocurrió decir fue: “oh.”

En las dos semanas transcurridas desde que Christine conoció a su prima, ella, Wendy y la señorita Garrick se habían hecho muy cercanas. Daphne deseaba estar contenta, pero no confiaba en Wendy en lo absoluto. Su interés por la señorita Garrick parecía evidente. Wendy deseaba congraciarse y recuperar al señor Garrick. Lo que Daphne no pudo deducir fue qué ventaja le ofrecía Christine a Wendy.

Christine finalmente se apartó del espejo. Aunque era encantadora, con sus rizos dorados, su vestido azul claro y el chal azul más oscuro de Daphne sobre sus hombros, sus ojos reflejaban un toque de resignación. “Mira, sé que tú y la prima Wendy no se llevan bien, cuando la visitaste, y sé que todavía no te agrada para el señor Garrick, pero ella es nuestra prima y él, bueno, no es nada para nosotros.”

Un extraño vacío llenó el estómago de Daphne ante la verdad de eso. Solo había conocido al señor Garrick en abril de ese año. Conocía a sus primos desde hacía años. Quizás si su tío no hubiera fallecido y la señorita Garrick realmente hubiera venido a vivir con ellos durante la temporada, podrían haber formado un vínculo. Tal como estaban las cosas, ella lo veía solo en raras ocasiones.

Daphne intentó forzar un tono natural cuando preguntó: "¿crees que perdonará a Wendy?"

Christine se encogió de hombros. "Ella hizo lo que hizo por pasión, y la pasión es amor. Lillian ya la perdonó."

Con qué naturalidad su hermana mencionó a la señorita Garrick. Daphne sabía que el señor Garrick amaba a su hermana. Si tan solo Daphne hubiera podido forjar esa conexión con ella.

Una doncella entró por la puerta abierta. "Señorita Christine, la señorita Barlow ha llegado."

"Gracias," dijo Christine, quien luego se volvió hacia Daphne. "¿Quieres bajar a saludar a nuestra prima?"

Dafne negó con la cabeza. Parte de su prisa por llevarle el envoltorio a Christine fue para evitar entregarle el artículo en presencia de Wendy. "Estoy de camino a la biblioteca para practicar mi italiano."

El alivio brilló en los ojos de Christine. "Entonces le daré tus saludos."

Dafne asintió. Salieron de la habitación, Christine cerró la puerta tras ella y se dirigieron en direcciones opuestas. Mientras caminaba hacia la biblioteca, Daphne intentó controlar su preocupación. Quizás la explicación de Wendy sobre su trato hacia el señor Garrick fuera cierta. Tal vez ella sí lo amaba a él, no a su fortuna, y realmente se preocupaba por Christine.

"E forse il sole non sorgeràdomani," murmuró al entrar en la biblioteca.

"¿Por qué no saldría el sol en la mañana?" Preguntó Edward, levantando la vista de un libro.

"Estoy practicando mi italiano." Daphne cruzó para sentarse frente a él.

Él la señaló con el dedo. "Pareces perturbada, querida hermana."

Daphne se mordió el labio inferior. Finalmente, ella asintió. "Lo estoy. La prima Wendy pasa mucho tiempo con Christine."

Edward asintió. "Y no confías en ella."

"¿Tú?"

Él sacudió la cabeza. "No… Confío en tu juicio."

Daphne arqueó las cejas, sorprendida. "¿En serio?"

"Ciertamente. Eres mi hermana mayor y pasaste casi cuatro semanas con nuestros primos. Tuviste tiempo suficiente para formarte una opinión." Cerró su libro. "Además, he estado pasando tiempo con Wendel, en nuestro club. Las historias que cuenta… Las hace alegres, pero puedo ver una tendencia de egoísmo a fondo en su hermana. Además, y esto no es de conocimiento común, Wendel descubrió que su padre dejó la propiedad en una situación bastante desesperada. Dijo que se lo contó a la prima Wendy, pero ella no hace ningún intento por reducir sus gastos y emplea su crédito en todas partes."

"¿Pasas tiempo con el primo Wendel?" Daphne se inclinó hacia adelante. "¿Y el señor Garrick?"

La mirada de Edward se desvió. "¿Por qué lo preguntas?"

¿Por qué su pregunta debería inspirar tanta tensión? Daphne escudriñó a su hermano. "¿Es ese un libro de sonetos? ¿El de Shakespeare?"

Edward se sonrojó. "Tal vez."

"No lees poesía."

"Bueno, es muy difícil por aquí. Todo lo que padre guarda son libros sobre matemáticas,

ciencias y el mundo natural. El hombre nunca alimentaba su alma."

A Daphne se le ocurrió una idea. La señorita Garrick había admitido estar enamorada. "¿Por qué pasas tiempo con el señor Garrick, Edward?"

Se aclaró la garganta y volvió a apartar la mirada. "No dije que lo pasaba."

"No dijiste que no lo pasabas."

Él suspiró. "Si quieres saberlo, estoy enamorado de la señorita Garrick."

Daphne asintió, satisfecha de haberlo adivinado.

Edward soltó un suspiro más largo. "¿Habías visto alguna vez unas melenas de medianoche tan brillantes? ¿Ojos como estanques gemelos de plata? Esa piel. La gracia de cada uno de sus movimientos."

De hecho, Daphne había notado seductores ojos plateados y cabello negro azabache, pero no en la señorita Garrick. "Realmente, has estado leyendo poesía."

"Tú también lo harías si estuvieras enamorado. Nunca lo entendí antes, pero, ahora me habla."

Daphne frunció los labios. Si su hermano y la señorita Garrick cortejaban, habría una conexión. Una razón para ver al señor Garrick con más frecuencia. "¿Ella te devuelve tu afecto?"

Edward sacudió la cabeza, su expresión se transformó en líneas de preocupación. "No tengo idea. Ella siempre parece encantada de bailar conmigo y luce entretenida con mi conversación. No como cuando se asocia con Wendel. Casi no se hablan y ambos parecen incómodos."

Dafne asintió. ¿Debería decirle a su hermano que la señorita Garrick había admitido su apego? Sus palabras podrían impulsar a Edward a actuar, pero, ¿y si la señorita Garrick no se hubiera referido a él?

Aunque ¿y si lo hubiera hecho? "Ella admitió estar enamorada, pero no se le pudo convencer para que diera el nombre del caballero."

"¿Realmente? ¿Cuándo?"

"Hace algunas semanas."

"Pero… ¿después de conocernos?"

Dafne asintió. "Ciertamente. Recuerdo haber pensado en ese momento que ustedes dos ya habían bailado en varias ocasiones."

Edward se reclinó, con expresión casi tonta de alegría. "Ella podría referirse a mí. Es muy posible que se refiera a mí." Se levantó.

"¿Adónde vas?"

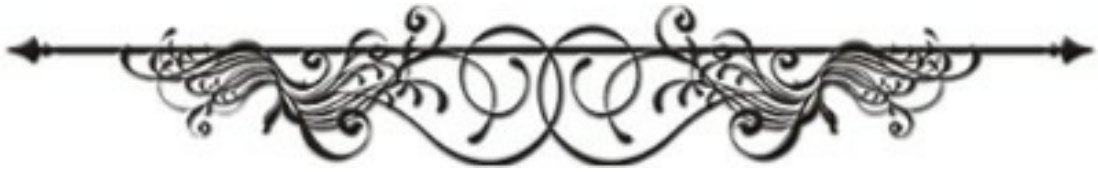
"Es la hora de la visita. Iré y descubriré la verdad."

"¿Ahora mismo?" Daphne lo miró fijamente en estado de shock.

Edward asintió. "Ahora mismo." Hizo una profunda reverencia. "Esta noche, o seré el más feliz de los hombres o me hundiré en la miseria, y todo es gracias a ti, querida hermana." Dio la vuelta y salió de la habitación.

Daphne lo vio alejarse, atónita y llena de temor de que su estado de ánimo esa noche fuera el último.

Capítulo Diecisiete



Arthur cerró el último libro de contabilidad y se frotó la frente. Había pasado días en la oficina de su tío... mejor dicho, en su propia oficina, repasando los libros que ese hombre le había proporcionado. Este fue su tercer paso. Todavía no podía conciliar lo que había aprendido.

Se reclinó en la rígida silla de cuero y recorrió con la mirada la pequeña oficina. Apretado, de verdad. ¿Cómo había llegado Edward Hayhurst a la casa? ¿Al borde de lo que está de moda? Los muebles no habían sido reemplazados, reacabados ni tapizados durante la vida de Arthur. Por mucho que amaba el lugar que llamaba hogar, ahora que era suyo, podía admitir que todo era un poco de mala calidad. Mostraba un toque pequeño y se encontraba un poco deteriorado.

La mansión de campo había sido la misma. Los inquilinos, transmitiendo esperanzas, habían presentado numerosas quejas. Sus caminos estaban llenos de hoyos. Varios puentes estaban podridos y se había vuelto peligroso cruzarlos. Querían construir un nuevo molino, pero su tío no había asignado los fondos. Muchos de los campos estaban en barbecho porque habitualmente solo tenían suficientes semillas para cultivar alimentos para vivir, no sobrantes para venderlos.

¿Y con qué fin? El tío Garrick había sido rico. A pesar de la tendencia de su tío a ahorrar, como cuando despidió a la niñera de Lillian o decidió no enviarla a ella a la mejor escuela, o la asignación casi vergonzosamente pequeña que le había dado a Arthur para vivir, Arthur siempre lo había sabido. Aún así, no se había dado cuenta de lo rico que era.

Ahora todo le pertenecía a Arthur. Una mezcla de júbilo y shock lo recorrió. Era uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Podía comprar cualquier cosa. Hacer de la nada.

Respiró hondo. Pero no debería hacerlo. Debía intentar asignar su riqueza de manera responsable. Primero los puentes y las carreteras. Luego el molino. Una sonrisa cruzó su rostro. Cuando llegara la primavera, sus inquilinos tendrían semillas en abundancia. La hermosa y antigua mansión de campo donde él y Lillian habían residido, mientras lloraban al tío Garrick, sería reparada y la casa adosada sería renovada.

¿O debería comprar una nueva casa en Londres? ¿Una en un lugar más moderno?

Arthur negó con la cabeza. No… No deseaba residir en Londres. Si algo había aprendido al conocer a los Hayhurst era que había que evitar Londres y el tipo de gente que acudía allí.

Los Hayhurst habían encontrado un firme apoyo en sus pensamientos, mientras él trabajaba. Más bien, uno de ellos en particular. Seguramente, con su nueva fortuna y su nuevo desdén por la sociedad londinense, podría asegurarse de que todos resistieran cualquier pequeño rencor vengativo que Wendy pudiera lanzarles si él perseguía a la señorita Hayhurst.

Seguramente, además, Wendy ya habría encontrado a alguien más que la mantuviera

ocupada. Además ella no tenía forma de saber cuán rico era. Ciertamente no lo había hecho.

Tampoco informaría de eso a nadie.

Entrecerró los ojos, con la mirada fija en la puerta abierta de la oficina. Además, no renovaría la casa hasta que él y Lillian se casaran. Arthur había aprendido la lección y cualquier hombre que capturara el afecto de su hermana sería mejor que lo hiciera por amor. Ni siquiera le habló de los fondos. Aún no. Él aumentaría su dote, pero ella tampoco necesitaba saberlo.

Sacó una hoja de papel. ¿Debería aumentar la dote de Lillian a diez mil libras? ¿Más? Le gustaba la idea de que quien se casara con ella se sorprendiera cuando descubriera cuánto valía su hermana.

Unos pasos en el pasillo detuvieron a Arthur antes de que pudiera tomar la tinta y la pluma.

Un momento después, Charles estaba enmarcado en la puerta abierta, con una bandeja de plata en la mano y una tarjeta de visita encima. “Señor… El señor Edward Hayhurst quiere verlo.”

“¿Dijo por qué?”

“Solo que debe hablar con usted urgentemente. Si se me permite mencionarlo, parece bastante agitado.”

Una visión de Daphne surgió en la mente de Arthur. “Hazlo pasar.”

“Muy bien, señor.” Charles desapareció por el pasillo.

Arthur tamborileó con los dedos en el brazo de su silla. ¿Qué podría tener a un agitado Edward Hayhurst en su puerta? Había visto al hombre hacía apenas dos noches, en su club. Hayhurst parecía tan afable como siempre, jugando a las cartas, bebiendo y bromeando con Wendel. Después de un tiempo interminable, dos pares de pasos sonaron en el pasillo.

Charles regresó a la puerta para hacer una reverencia. “Señor… El señor Hayhurst,” dijo, mientras se enderezaba y se hacía a un lado. “¿Usted necesitará algo?”

Arthur hizo un gesto a Edward Hayhurst cuando entró. “¿Necesitas algo más que brandy, Hayhurst?”

“No, gracias, pero preferiría una copa, ya que lo mencionas. Ahora que estoy aquí, me atacan los nervios.”

“Puedo encargarme de ello, Charles.” Arthur se levantó y rodeó el escritorio hasta llegar al aparador.

Nuevamente, Charles desapareció por el pasillo.

Edward Hayhurst se adentró en la habitación y miró a su alrededor. “Oficina, ¿veo? Buen lugar para ello.”

Arthur frunció el ceño, mientras servía. Se giró, le pasó un vaso a Hayhurst y preguntó: “¿un buen lugar en la casa para tener una oficina, o la oficina es un buen lugar para discutir el motivo por el que has venido?”

“Gracias.” Hayhurst saludó con su copa y luego tomó un largo trago. “Ambos, supongo.”

Arthur se sirvió un dedo de licor. “¿Y por qué has venido?”

“Entonces, ¿verdad?”

Arthur se encogió de hombros. “No veo por qué no. ¿Quieres un asiento?”

Hayhurst negó con la cabeza. “Será mejor que te quedes de pie, en caso de que me expulses de aquí. Tienes media cabeza más que yo.” Tomó otro trago.

“¿Expulsarte?”

“Estoy enamorado, ya ves. Al menos eso creo.”

Arthur levantó su copa. “Felicitaciones, entonces. ¿Quién es la joven afortunada?”

Hayhurst apuró el resto de su bebida. “Eso es todo, ya ves. Es tu hermana. Estoy enamorado

de la señorita Garrick."

Con cuidado, Arthur dejó su vaso en el aparador. Había soñado despierto con hablar de matrimonio con un Hayhurst, pero no con este Hayhurst, para estar seguro. "¿Disculpa?"

"Ya sabes, todos los mechones de medianoche y ojos grises tormentosos y todo eso."

"Soy consciente del color de cabello y ojos de Lillian. Se parece a nuestro padre."

"Al igual que tú. Tu tío también, según recuerdo."

La mirada de Arthur se dirigió a los libros de contabilidad cerrados. "¿Tiene esto algo que ver con la fortuna de mi tío?"

Los ojos de Hayhurst se abrieron como platos. "¿Qué? Ciertamente no. Voy a heredar bastante, ¿lo sabes?"

"Sé que tu padre es rico. También sé que tienes seis hermanos, cuatro de ellos hermanas con grandes dotes."

"¿Quién te dijo que tienen grandes dotes?" Hayhurst también dejó caer su vaso vacío sobre el aparador.

"Lo hiciste, ¡patán! Cuando me echaste de tu casa solariega el pasado mes de abril. ¿Lo recuerdas?"

Hayhurst retrocedió medio paso. "Oh, sí, es cierto." Él hizo una mueca. "Lo siento muchísimo." Se aclaró la garganta. "Pero no, no tengo ni idea de la dote de la señorita Garrick. Se trata más de… el cabello y los ojos."

Arthur miró fijamente al hombre un poco más joven. No es que Hayhurst fuera de mala clase. El primo de Wendel. El hermano menor de Dafne. Lillian podría tener a uno peor. "¿Entonces estás aquí para…?"

"Para… eh… pedirte permiso para cortejar a la señorita Garrick."

"Lo veo." La respuesta anterior era mejor de la que Arthur había esperado. Había pensado que Edward Hayhurst era más del tipo que se escaparía con ella a Escocia. "¿Mi hermana te corresponde?"

"Realmente no lo sé. Ella es bastante cordial."

"¿Cordial?" Arthur supuso que 'cordial' podría ser un buen comienzo para una relación. "¿Qué tal si mando a buscarla y le preguntamos?" Arthur se acercó al timbre.

"¿Si ella quiere casarse conmigo? ¿No es ese el tipo de cosas que yo debería preguntarle, Garrick?"

"¿Qué tal si le preguntamos si está interesada en ser cortejada por ti primero?" Arthur fue a lo que aprendió en la escuela, todo divertido por su voz y su rostro. "Puedes prepararte para la parte del matrimonio."

"Sí. Bien. Buena idea."

Arthur tiró del timbre y luego regresó al aparador, donde estaba Hayhurst, con expresión nerviosa. Se hizo un silencio incómodo, que no se rompió hasta que se oyeron pasos en el pasillo.

Un lacayo entró por la puerta abierta. "¿Señor?"

"Por favor, pídele a mi hermana que nos acompañe."

"Sí, señor." El sirviente hizo una reverencia y desapareció.

Volvió el silencio.

Hayhurst tiró de su corbata.

Arthur señaló la licorera. "¿Otro?"

Hayhurst negó con la cabeza. "Mejor no."

Al menos tenía el suficiente sentido común como para no perder el equilibrio en medio de

una conversación importante. Arthur lanzó una mirada crítica al otro hombre. Diecinueve años. Un poco joven para casarse, incluso si fuera legal hacerlo sin el permiso de sus padres. Alrededor de media cabeza más bajo que Arthur, como Hayhurst había notado anteriormente, pero parecía bastante erguido y capaz. "¿Has hablado de esto con tu padre?"

Hayhurst negó con la cabeza. "No pensé en hacerlo. Tomé una decisión y vine directamente."

"Lo veo," aunque realmente Arthur no vio esto. Hayhurst no podía casarse sin el permiso de su padre. ¿Estaba tan seguro de que se lo concederían o era demasiado impulsivo para preocuparse? "No te apresuras, ¿verdad? No es una decisión en la que quieras equivocarte."

Como casi lo había hecho Arthur, quien estuvo a punto de encadenarse a una mujer codiciosa, estridente, ambiciosa y vengativa.

"¿No crees que tu hermana sería una buena esposa para mí?" Hayhurst parecía sorprendido.

"Ella sería una buena esposa para cualquier hombre."

Hayhurst asintió.

Volvió el silencio.

Finalmente, unas ligeras pisadas anunciaron a Lillian. Ella entró sonriendo y su expresión se volvió burlona cuando vio a su invitado. "¿Pediste verme, Arthur? … Buenas tardes, señor Hayhurst."

"El señor Hayhurst ha acudido a mí con un dilema para el cual necesito tu opinión," expresó Arthur.

"¿Mi opinión?"

El asintió. "Él te estima y desea saber si puede cortejarte."

Lillian miró a Hayhurst con los ojos muy abiertos. "Oh."

Una vez más, el silencio llenó la habitación. Esto era opresivo. Lillian miró al suelo. Hayhurst tragó audiblemente, mirándola fijamente.

Arthur se esforzó por adoptar un tono ligero y dijo: "tu respuesta carece de cierto entusiasmo, Lillian."

Levantó la vista, se encontró con la mirada de Hayhurst e hizo una mueca. "Lo lamento. Yo... usted es muy agradable, señor Hayhurst. Simplemente no siento lo mismo por usted. Todavía me gustaría mucho que fuéramos amigos."

Arthur hizo una mueca en nombre de Hayhurst. El intercambio ilustró perfectamente el tipo de conversación que deseaba evitar con su hermana. Ningún hombre deseaba ser etiquetado como perfectamente agradable.

Hayhurst se frotó la nuca. "Ah, sí, bueno entonces. Gracias, señorita Garrick, por su tiempo. Tú también, Garrick. Disculpa por ser una molestia. Conozco el camino de regreso al vestíbulo de entrada. Solo... continúen… etcétera." Cruzó hacia la puerta de la oficina.

Lillian se apresuró a hacerse a un lado porque estaba bloqueando el camino de salida de la habitación. Le lanzó a Arthur una mirada miserable y de disculpa.

Hayhurst la rodeó, pero ella giró hacia atrás cuando él llegó a la puerta. "¿Es algo que hice? ¿O dije?"

Lillian negó con la cabeza. "No. Siempre eres amable y es agradable conversar contigo."

Empezó a dar la vuelta de nuevo. "Hay alguien más, ¿no? Solo que Daphne dijo que habías admitido estar enamorada."

Los ojos de Lillian se abrieron como platos. Ella lanzó una rápida mirada a Arthur.

Hayhurst siguió su mirada. Él hizo una mueca. "Bien, lo siento. No debería haber mencionado eso. Yo... ah, solo..." Él salió de la habitación.

“Será mejor que te acompañe,” dijo Lillian apresuradamente.

“Lil.” Arthur se aseguró de que su tono fuera firme pero no agravado.

Se detuvo a medio camino de la puerta, de espaldas a él. “¿Sí?”

“¿Estas enamorada?”

“Esa señorita Hayhurst es una chismosa terrible. Primero, le contó a Wendy sobre el señor Quincy de Christine y ahora le dijo a su hermano que me gusta alguien. Ella no tiene ningún derecho a difundir esas historias.”

“Eso no responde a mi pregunta.”

Lillian se alisó la falda. “Sí… Si quieres saberlo, hay alguien a quien estimo.”

“¿Me dirás quién?”

Ella miró por encima del hombro con expresión terca. “Aún no.”

Arthur la observó durante un largo momento. Reconoció la forma de su mandíbula como la de su tío y, si era honesto, por el espejo. La terquedad debía transmitirse junto con los ojos grises y el cabello negro que marcaron la línea Garrick. “¿Me darás tu palabra de no hacer nada precipitado?”

Ella se giró para mirarlo completamente. “Sí. Por supuesto. No haría nada problemático, Arthur.”

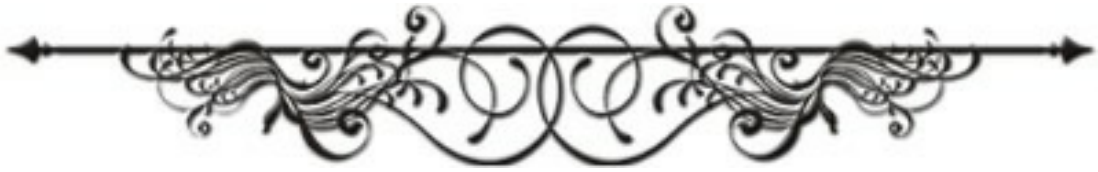
“Muy bien, entonces.”

Lillian le dedicó una sonrisa llorosa y salió de la habitación.

A Arthur no le importaba no saber en quién había puesto su corazón su hermana. Sería mejor que entrevistara a la señora Smith. Quizás ella tendría una idea. También necesitaría asistir a más eventos con Lillian, en lugar de dejarla al cuidado de su acompañante. Hasta que Lillian deseara compartir el nombre del caballero, sería mejor que Arthur la protegiera de cerca.

Y si asistir a más eventos lo ponía en el camino de cierta señorita con peinado color caramelo, suponía que tendría que contentarse con eso.

Capítulo Dieciocho



Daphne miró alrededor del abarrotado salón de baile, algo menos asombrada que cuando llegaron por primera vez a Londres. A mediados de diciembre, gran parte del brillo de la temporada se había desvanecido. Cada evento contó con la mayoría de los mismos participantes. En cada baile, los mismos caballeros la acompañaban. Si bien varios mostraron determinación en su interés, ninguno de ellos hizo que su corazón diera un vuelco en su pecho, ni causó que la habitación poseyera una sensación maravillosa y vertiginosa. Al menos, ninguno salvo uno, y rara vez ella asistía. Aún así, su mirada recorrió la multitud, buscando a un caballero alto con cabello negro azabache.

"Uf," dijo Edward a su lado. "Garrick está aquí. Eso solo puede significar que su hermana también lo está. "Quizás vaya a mi club."

Con el corazón acelerado, Daphne miró en la dirección en la que observaba su hermano, pero como no era tan alta como Edward, no podía verlos. "No seas así, Edward. No puedes esperar evitarlos para siempre."

"Es tu culpa que desee evitarlos en absoluto. Dijiste que ella me estimaba."

Daphne se mordió el labio. Ella no debería haber dicho nada. Había chismorreado y por razones puramente egoístas. Ahora Edward pagó el precio. "Yo no dije eso. Dije que admitió afecto por alguien."

"De cualquier manera, no puedo estar cerca de ella ahora. Le expresé cariño y ella dijo que no me lo correspondía. O, mejor dicho, Garrick lo profesó por mí. Es todo terriblemente vergonzoso."

"¿Alguna vez consideraste que, tal vez, si lo hubieras manifestado tú mismo, habrías recibido una respuesta diferente?"

Edward hizo una mueca. "Sí, bueno, pensé que estaba enamorado cuando fui allí, pero cuanto más se acercaba el momento de decirlo, más difícil se volvía pronunciar las palabras."

"¿Realmente la culpas entonces?"

Él se encogió de hombros. "No es una cuestión de culpa, excepto de tu participación en ella. Es una cuestión de orgullo."

Daphne puso los ojos en blanco. "Sí. Delicado orgullo masculino."

"Daphne, Edward, ¿han visto a su hermana?" Expuso la voz de la madre, en voz baja, detrás de ellos.

Daphne se volvió con el ceño fruncido. "Ella estaba contigo."

"Ustedes dos fueron a recibir un puñetazo," añadió Edward.

La madre se encogió de hombros. “Sí, pero vi a tu tía y comenzamos a conversar, y parece que he extraviado a tu hermana.”

“Ella no puede haber llegado muy lejos.” Edward miró a su alrededor. “Te ayudaremos a buscarla.”

“Gracias,” dijo la madre. “Volveré por los refrigerios.”

“Buscaremos en el salón de baile,” expresó Daphne.

Edward le ofreció el brazo y comenzaron un lento recorrido por la habitación.

Daphne notó que esto los condujo lejos de donde había visto al señor Garrick. “Puede que esté con el señor Garrick, ¿sabes? Es muy cercana a la señorita Garrick.”

“Puedo ver que no lo es. Sin embargo, la señorita Garrick y su acompañante se están alejando de él. Supongo que hablar con Garrick no sería tan malo si ella todavía está ausente cuando lleguemos a ese lado de la habitación.”

Por mucho que deseara ver al señor Garrick, Daphne aceptó la estipulación de Edward, consciente de que en cierto modo ella tenía la culpa de su situación. Circunnavegaron la habitación a paso lento. No vio a Christine por ninguna parte.

Edward se detuvo frente a la serie de habitaciones reservadas para que las mujeres se refrescaran y asintió hacia la puerta. “Regístrate allí. Esperaré.”

“No tardaré.”

La primera sala, diseñada especialmente con paredes revestidas de seda rosa, abundantes espejos y sillas con cojines decorativos bordados, albergaba una multitud casi tan densa como el salón de baile. Daphne siguió avanzando, examinando los grupos de mujeres, tanto sentadas como de pie.

Se presionó entre dos mujeres matronas y vio a Christine cerca del fondo de la sala, con Wendy y la señorita Garrick. Mientras Daphne observaba, su hermana le entregó una nota doblada a la prima Wendy, quien ofreció una dulce sonrisa de la que Daphne no confiaba en absoluto. Siguió adelante, pero no logró alcanzarlas antes de que Wendy guardara la nota.

“Prima Wendy, señorita Garrick,” saludó Daphne con afabilidad forzada. “No quiero interrumpir, pero nuestra madre está buscando a Christine.”

“¿Buscándome? Solo he estado lejos de su lado por un momento. Además, la señora Smith está aquí.” Hizo un gesto a la corpulenta acompañante de la señorita Garrick, que estaba sentada en una silla contra la pared, charlando con otra mujer.

Tratando de ignorar el ceño fruncido de la señorita Garrick, porque desde la declaración rechazada de Edward, la señorita Garrick la había mirado de esa manera, Daphne dijo: “sí, pero no debes irte sin vigilancia.”

“No… Estás acompañada,” señaló la prima Wendy.

“Edward espera afuera.” Daphne inmediatamente quiso recuperar las palabras, cuando el ceño de la señorita Garrick se hizo más profundo. Ella contuvo el aliento. “Mire, señorita Garrick, lamento mucho haberle dicho a Edward que usted estima a alguien. No debería haber dicho eso.”

Unos fríos ojos grises se fijaron en ella. “No. No deberías haber...”

Con una agonía de vergüenza y remordimiento retorciéndose en su interior, Daphne dijo: “si pudiera retractarme, realmente lo haría.”

“Pero, no puedes,” indicó Wendy remilgadamente. “Por eso no debes chismorrear.”

El calor llenó las mejillas de Daphne. Le mortificaba que Wendy tuviera razón.

La señorita Garrick dejó escapar un suspiro. “¿De verdad creíste que me gustaba Edward?”

Dafne asintió. “Al menos eso esperaba. Siempre pareces disfrutar bailando con él, y Christine

y tú se han vuelto tan queridas. Pensé que sería agradable tenerte como hermana."

"Lo sería," Christine agregó.

Gran parte de la escarcha se derritió de la expresión de la señorita Garrick. "Hubiera sido agradable, estoy de acuerdo. Tienes una familia tan grande. Arthur y yo siempre hemos estado solos, excepto por nuestro tío."

"¿Y el caballero que usted estima no tiene una familia numerosa?" Preguntó la prima Wendy, con un tono afilado.

La señorita Garrick le dedicó una sonrisa beatífica. "Yo no dije eso."

A Daphne le agradó darse cuenta de que Wendy aún no había descubierto el secreto de la señorita Garrick. No saberlo debía estar volviendo loca a Wendy. Pero por mucho que disfrutara viendo a Wendy reflexionar, tocó el brazo de Christine. "Nuestra madre está preocupada."

Christine exhaló un suspiro. "Será mejor que vaya a tranquilizarla. ¿Llamarán ambas mañana para tomar el té?"

Wendy se encogió de hombros. "Tal vez. Si encuentro tiempo. Tengo muchísimas llamadas que devolver."

A su lado, donde Wendy no podía ver, la señorita Garrick puso los ojos en blanco.

"Sí, bueno, ojalá nos veamos," dijo Daphne y pasó su brazo por el de su hermana. "Si ambas nos disculpan." Se llevó a su hermana a través de la sala llena de gente, pero tan pronto como estuvieron fuera del alcance del oído, se acercó y susurró: "te vi entregarle una nota a Wendy."

Christine le lanzó una mirada molesta. "¿Entonces?"

"Así que no puede haber sido una nota para la señorita Garrick. Ella estuvo con ustedes dos." Daphne contuvo la respiración.

"No fue nada."

"Debe haber sido algo."

Christine apartó el brazo. "No hay nada que te preocupe. No eres mi madre. Últimamente ni siquiera eres mi amiga, y supongo que lo demostrarás contándole todo a mamá." Atravesó la puerta y salió al salón de baile.

Daphne se dio cuenta de que se había detenido y reanudó sus pasos para apresurarse tras Christine. Resistió la tentación de secarse los ojos y, en cambio, parpadeó rápidamente. Ella y Christine nunca habían sido cercanas, como lo eran Justina y Katherine, pero siempre habían sido amigas.

"Ahí estás," dijo Edward. Él asintió con la cabeza hacia el interior del salón de baile, donde su madre hablaba con el señor Garrick, mientras la forma de Christine se alejaba moviéndose en su dirección. "Christine fue adonde a su madre. ¿Nos acompañarás?"

"¿No lo harás?"

Él miró más allá de ella. "¿La señorita Garrick cruzará pronto esa puerta, ahora que Christine lo ha hecho?"

Daphne lo consideró. "Es posible. Parecía un poco cansada de la pomposidad de Wendy."

Edward asintió. "Bueno, entonces no, no me reuniré con Garrick."

"Le pedí disculpas a la señorita Garrick. Ella parece aceptar lo que ocurrió."

Edward levantó una ceja. "¿Acaso tú? Nunca me pediste disculpas."

Daphne dejó escapar un suspiro. "Lamento mucho todo el incidente. Nunca debería haberme involucrado ni involucrarte a ti."

Edward asintió. "Suficientemente bueno. De hecho, ya había planeado ir a la casa de Garrick. Simplemente no elegí el día adecuado."

Daphne resistió el impulso de darle un puñetazo en el hombro. Después de todo, estaban en

un salón de baile abarrotado. “Entonces, no es culpa mía.”

Él se encogió de hombros. “Podría ser. Puede que haya cambiado de opinión sin que tú me animaras. Volví a mis sentidos y todo eso… ¡Ve! Te acompañaré desde aquí hasta que llegues a Christine y a mamá, luego seguiré mi camino.”

Como en efecto, ella deseaba hablar con el señor Garrick, Daphne decidió dejar que Edward se saliera con la suya. Salió tras Christine, quien, incluso entonces, le hizo una reverencia al señor Garrick. Él la saludó pero, cuando se enderezó, vio la mirada de Daphne. Una sonrisa apareció en sus labios, mientras una sensación ligera y burbujeante la recorría.

Llegó hasta ellos e imitó la reverencia de su hermana.

“Señorita Hayhurst, señorita Christine, sería un honor para mí que cada una de ustedes aceptara un juego.” Mientras hablaba, su mirada sostuvo la de Daphne.

“Me temo que he prometido el mío,” dijo Christine, dando medio paso atrás. “Deberías estar contento con Daphne.” Una mirada rápida mostró que su hermana y su madre intercambiaron una mirada inescrutable. “Tal vez, como no estoy disponible, incluso tendrás que bailar dos sets con ella.”

El señor Garrick ni siquiera miró a Christine, su atención se centró en Daphne. “Tal vez. Empecemos con un juego, ¿de acuerdo, señorita Hayhurst?” Le ofreció el brazo.

Daphne lo tomó, sintiendo como si todo su ser temblara imperceptiblemente. El señor Garrick no había estado en desacuerdo con la idea. Tampoco había dicho que sí.

“¿Si nos disculpan, señora Hayhurst, señorita Christine?” Expuso el señor Garrick.

Los parientes de Daphne murmuraron su asentimiento, mientras él se la llevaba. Ella le lanzó una mirada nerviosa, repentinamente insegura de cómo comportarse. ¿Había querido decir... que estaba interesado? Entonces, ¿realmente había renunciado a todo amor por Wendy? Daphne hizo un conteo rápido. Habían pasado más de seis meses desde que Wendy rechazó su oferta. Aún así, si él realmente la hubiera amado, ¿debería ser tan voluble su amor?

“Está contando en voz baja, señorita Hayhurst,” dijo el señor Garrick mientras ocupaban su lugar con los otros bailarines.

Para su deleite, los músicos tocaron un minueto. Sus mejillas se calentaron, aunque no pudo determinar si por su pregunta o por los recuerdos de su primer baile, solos bajo el cielo azul primaveral. “Conté los meses desde que nos conocimos.”

“¿Eso es de tu interés?”

Ella asintió.

“Fue a principios de abril,” ella indicó. “Hace más de seis meses.”

“Pareces un hombre diferente ahora que entonces.”

Él frunció ligeramente el ceño, mientras ejecutaban un giro majestuoso. “He soportado varias… experiencias difíciles desde ese día.” Él encontró su mirada cuando cambiaron de manos. “Supongo que he aprendido mucho sobre quién soy. Eso debería hacer cambiar a un hombre, ¿no lo crees?”

Ella asintió. “Sí.”

“Pero, ¿tú no apruebas este cambio?”

“Yo…” ¿Existía alguna manera de que ella descubriera cuán profundamente él se preocupaba por su prima, pero sin insultarlo? Dada su reciente incapacidad para hablar de otra cosa que no fuera el tiempo sin molestar a sus seres queridos, Daphne no estaba segura.

“Esa fue una respuesta muy breve, señorita Hayhurst.”

El rostro de Daphne se calentó. “No deseo molestarlo, señor.”

“Entonces, no digas lo que dirías.” Sacudió la cabeza con expresión sombría. “Ya he

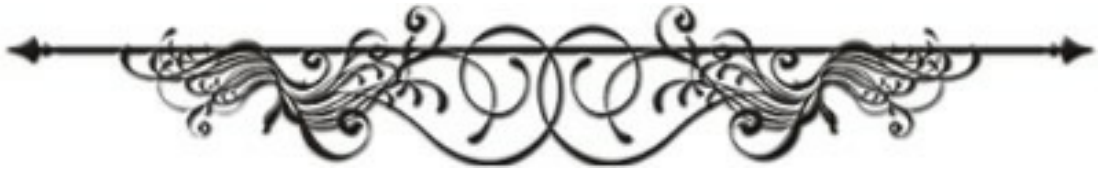
soportado suficientes decepciones por el momento."

Dafne tragó. "Ciertamente, no quisiera añadir nada más, señor Garrick."

"Te lo agradezco."

Continuaron con el baile, y el siguiente casi en silencio. El dolor se retorció en las entrañas de Daphne. Cuando él la devolvió con su madre y su hermana, ella sintió que iba a llorar. Esta vez no había chismorreado. Ella no había intentado incitar a nadie a hacer nada. Sin embargo, ella todavía había logrado arruinarlo todo. El señor Garrick dio cortésmente las buenas noches a su madre, a su hermana y a ella, luego se dio la vuelta y se alejó. Daphne solo podía mirar, preguntándose si alguna vez volvería a verlo.

Capítulo Diecinueve



Arthur entró en el salón del desayuno, a última hora de la mañana, y cruzó la habitación para dejarse caer en su silla. “Café, por favor,” dijo, sin mirar al sirviente que rondaba cerca, y tomó su periódico.

“Has estado viniendo a desayunar cada día más tarde,” expresó Lillian.

Él parpadeó. Ni siquiera se había dado cuenta de que su hermana estaba sentada al otro extremo de la mesa. “¿He estado?”

“Tú también has dejado de salir.”

“Mmm.” Abrió el diario. El café apareció a su lado.

“¿Qué pasó?”

Arthur suspiró y dejó el periódico. “Nada.”

Lillian entrecerró los ojos. “Algo pasó.”

Arthur se permitió una risa amarga. “No… No pasó nada. Ese es el problema.”

“Estás siendo deliberadamente confuso.”

Se pasó una mano por la frente. “Pensé que algo pasaría. En cambio, no pasó nada.”

“¿Esto tiene que ver con cierta señorita?”

Arthur lanzó una mirada alrededor de la habitación, repentinamente consciente no solo del lacayo sino también de las dos criadas. “Si es así, permanecerá anónima.”

Lillian asintió. “¿Puedo preguntar, entonces, si esta señorita anónima te rechazó?”

Sacudió la cabeza. “No le hice ninguna oferta para que ella se negara.”

Lillian frunció el ceño. Cogió una tostada y le dio un mordisco con expresión contemplativa.

Arthur tomó el diario.

“Si no hiciste ninguna oferta, ¿cómo podría pasar algo?”

Dejó el periódico sobre la mesa y tomó su café. “Creo que mis comentarios dejaron bastante claro que tenía interés en seguir adelante.”

Los ojos muy abiertos parpadearon hacia él. “¿Tú lo crees?”

Él se encogió de hombros. “Insinué que podría asociarme con la señorita en cuestión dos veces en una noche. Eso debería quedar bastante claro.”

“Eso sería, si hubieras hecho pareja con ella dos veces. Quizás tu insinuación fue demasiado vaga.” Esos ojos se entrecerraron de nuevo. “Normalmente no eres vago.”

Arthur hizo una mueca. “Sí, bueno, no sentí la necesidad de exponerme al tormento, así que propuse dos juegos. Ella respondió que no quería molestarme. Lo tomé como una amabilidad de su parte.”

“Oh.” Lillian dio otro mordisco a la tostada. “¿Entonces así estabas después de que Wendy te dejó? ¿Todos quedaron deprimidos y miserables por estar cerca?”

“No, yo…” ¿Cómo había estado? Sacudió la cabeza. “No. Me quedé impactado. Salí a dar una vuelta.” Se había sentido traicionado, humillado y confundido. “¿Quizás realmente no le creí?”

“Entonces, más tarde, una vez que sentiste que ella lo decía en serio, ¿te pusiste triste?”

Arthur tomó un sorbo de café. No. No había estado triste. No como era ahora. No había tenido ese sentimiento profundo y duradero de pérdida. Esta sospecha de que su vida estaría vacía para siempre. Incompleta. Nunca completa, porque se le había escapado algo. Perdió algo irreemplazable. Tragó y tomó su periódico.

“¿Arthur?”

“Déjame leer el periódico, Lillian,” murmuró y lo abrió.

“¿Qué es esto?” Preguntó su hermana.

Arthur cerró la boca con fuerza ante una respuesta. ¿No podría dejarlo con su dolor?

“¿Arthur?” La urgencia, casi el pánico, llenó la voz de su hermana.

Dejó caer el papel de una palmada. “¿Sí?”

“Dale la vuelta al papel.”

¿Había miedo en la voz de su hermana? Arthur giró el periódico para hojearlo por detrás.

Soltó una maldición, lo que hizo que los ojos de su hermana se abrieran aún más.

El periódico, que ocupaba media página, presentaba la reproducción de una carta. Los nombres estaban abreviados, pero estaba muy claro que la carta era de la señorita Christine Hayhurst a su amante, el señor Ryan Quincy, un ex teniente. La carta, en términos muy claros, rogaba al señor Quincy que huyera a Escocia con ella, lo antes posible y en desafío directo a su padre.

“¿Es por quien creo que es?” Susurró Lillian.

Arthur levantó la vista y vio el rostro de su hermana tan pálido como el mantel. “Está arruinada,” respiró.

Lillian se agarró al borde de la mesa con dedos blancos. “¿Dice de dónde sacó el periódico la carta? ¿O… o por qué imprimirían algo así?”

Arthur hojeó la página. “Expresa que un ciudadano preocupado, que no desea ver a mujeres jóvenes íntegras corrompidas, envió la carta para que la sociedad civilizada supiera que hay una víbora en medio de ella.” Levantó la vista y encontró a Lillian mordiéndose el labio inferior. “Fue Wendy, ¿no?”

Su hermana negó con la cabeza. “Es… podría ser. Ella... ella ha estado pasando cartas entre Christine y su novio.” Su voz se redujo a un susurro. “Dijo que quería ayudar. Que a ella le hubieran negado su verdadero amor no significaba que a Christine deberían negárselo.”

Arthur contuvo otra maldición. “También dijo que se vengaría de mí por negarme a casarme con ella.”

Los ojos de Lillian se abrieron como platos. “¿Ella dijo que…?”

Él asintió. “El día que intentaste hacer arreglos para que nos reconciliáramos.”

Su hermana se puso roja. “Oh.”

“¿Barlow estaba involucrado en esto?”

“¿El señor Barlow? ¿En las cartas?”

Arthur sacudió la cabeza y se quedó pensativo. “No. Sé que él no haría esto.” Golpeó el papel. “¿Aceptó ayudarte para que Wendy y yo nos reconciliáramos? No dudó en ir a la biblioteca contigo. En el pasado, no habría dejado a su hermana sola conmigo.”

“Yo... sí.”

¿Habrían visto ya los Hayhurst el periódico? Por supuesto que sí. ¿Cómo debían sentirse? Y Dafne. Esta también era su temporada. Ella nunca haría una pareja ahora. La euforia lo atravesó, seguida con fuerza por la vergüenza. Por mucho que no pudiera soportar la idea de ella con otro hombre, preferiría que encontrara a alguien que terminara sola. Ambos no deberían tener que sufrir ese destino.

Se puso de pie. “Debo acudir a ellos. Ofrecer toda la ayuda que pueda. No puedo evitar sentirme algo responsable.”

Lillian también se puso de pie, retorciéndose las manos. “¿Crees que Wendy hizo esto? Si es así, entonces yo también tengo la culpa. Le aseguré a Christine que podía confiar en Wendy.”

Arthur caminó a lo largo de la mesa. “Quédate aquí. Veré qué se puede hacer.”

“Si ves a Christine, por favor dile que lo siento,” suplicó Lillian cuando pasó.

Él asintió y le hizo un gesto al lacayo que lo esperaba para que lo siguiera fuera de la habitación. Arthur envió al hombre a buscar su caballo y se apresuró a ir a su habitación para cambiarse. De alguna manera, Stenson ya esperaba con la vestimenta adecuada. En poco tiempo, Arthur llegó a la calle más próspera de Londres.

Como las zonas elegantes de Londres generalmente estaban tranquilas en las horas de la mañana, tomó poco tiempo llegar a la casa de los Hayhurst, pero Arthur tuvo que tocar dos veces antes de que la puerta se abriera y un mayordomo de aspecto acosado se asomara.

“¿En qué puedo ayudarlo señor?”

“Estoy aquí para ver a la señorita Hayhurst,” respondió Arthur, sin saber por quién preguntar. “Dígale que es el señor Garrick.”

“Garrick, ¿eres tú?” El mayordomo dio un paso atrás cuando la puerta se abrió más para revelar a Edward Hayhurst. “Lo eres... Entra. ¿Lo has oído? Qué desastre, esto...” Hayhurst retrocedió hacia el vestíbulo de entrada, mientras hablaba.

Arthur entró y comenzó a quitarse la ropa exterior, que le entregó al descontento mayordomo. A pesar de la apariencia del mayordomo, la casa estaba extrañamente silenciosa y esto era inquietante.

“Qué bueno que has venido,” dijo Hayhurst, haciéndole un gesto a Arthur para que lo siguiera. “Qué pasa con nosotros estando afuera y afuera.” Le lanzó a Arthur una mueca. “Especialmente después de mi visita hace unas semanas.”

Arthur levantó una ceja. “¿Y la forma en que me has evitado desde entonces?”

“Sí, y eso.”

Entraron en un salón bien equipado, reformado recientemente a la última moda. Edward Hayhurst no se sentó, más bien cruzó la habitación de un lado a otro. “No sé en qué estaba pensando Christine. Y esa prima nuestra es un pedazo de trabajo, pero no hace falta que te lo diga.”

Arthur permaneció inmediatamente dentro de la puerta para darle a Hayhurst espacio para caminar. “Me preocupa tener parte de la culpa.”

Edward Hayhurst se detuvo a mitad de camino y se movió hacia atrás. “¿Tienes la culpa? ¿Cómo es que…?”

“La señorita Barlow amenazó con hacerme pagar si no me casaba con ella. Mencionó específicamente que arruinaría a tu familia en Londres como, según sus palabras, había hecho su padre.”

Hayhurst sacudió la cabeza y reanudó su paseo. “Entonces no es tu culpa. No se puede esperar que te cases con una mujer tan vil. Ciertamente, no por nuestro bien.” Sacudió la cabeza.

“Esa musaraña vengativa, nuestra prima.”

“Independientemente de la culpa, vine a ver si había algo que pudiera hacer.”

“No es probable, ¿verdad? Sin ánimo de ofender, pero, ¿qué puede hacer alguien?”

“Alguien podría ir a buscar a Quincy y obligarlo a hacer lo correcto con tu hermana.”

Edward Hayhurst volvió a negar con la cabeza. “Preferiría desafiarlo,” murmuró, y luego suspiró. “Es un viejo amigo, pero, ¿le escribe a Christine en secreto? Eso es demasiado…”

“Nadie debe ir a desafiar al señor Quincy.” La voz de Daphne hizo que Arthur se volviera hacia el pasillo. “Buenos días, señor Garrick. Es muy bueno que hayas venido.” Sus ojos color ámbar estaban enrojecidos y sus mejillas carecían de color.

Arthur ansiaba estrecharla entre sus brazos y ofrecerle consuelo. En cambio, hizo una reverencia. “Buenos días, señorita Hayhurst.”

Miró más allá de ella, hacia su hermano. “La carta era de Christine para el señor Quincy. Ni siquiera sabemos si él está involucrado.”

“Sabes lo que cree mi padre.”

“Y sabes lo que mamá y yo creemos. Lo que pareces haber olvidado es que papá te espera en el vestíbulo de entrada.”

“Bien.” Edward Hayhurst cruzó apresuradamente la habitación. “Olvidé que lo esperaba allí. Vamos a hablar con nuestro hombre sobre los cargos de difamación, no sé para qué servirá.” Le hizo un gesto a Arthur y salió de la habitación.

Arthur se volvió hacia Daphne. ¿Le pediría que se fuera?

“¿Caminarías conmigo por el jardín, señor Garrick?”

Él asintió.

Ella abrió el camino hacia la parte trasera de la casa y atravesó una puerta. Entraron en un jardín bien cuidado que, sin duda, era encantador cuando estaba verde. Ahora resultó crudo y bastante frío. Le ofreció el brazo a Daphne y notó que no llevaba capa ni siquiera chal. Ella permaneció cerca, mientras tomaban un camino de grava, probablemente en busca de calor.

Él trabajó para organizar sus pensamientos, algo difícil cuando ella estaba tan cerca que podía oler el aroma de miel y limón de su cabello. “Lo siento,” comenzó.

Dafne negó con la cabeza. A la pálida luz del sol, sus rizos brillaban con toques dorados. “No entiendo por qué esto es culpa tuya,” dijo, al igual que su hermano. “Dada la larga ruptura entre nuestras familias, deberíamos haber sido más cautelosos con nuestros primos.”

“¿Cómo está la señorita Christine? Lillian también preguntó por ella.”

“Así es tu hermana. Ojalá pudiera decir que Christine está aguantando, pero, en realidad, ha estado llorando toda la mañana.”

“Seguramente tu padre ahora se encargará de que el señor Quincy se case con ella. ¿No es eso lo que ambos desean?”

Daphne inclinó la cabeza para mirar hacia arriba a través de las ramas sin hojas. La piedra triturada que cubría el camino crujió bajo sus pies. “Mi padre cree que se trata de un complot por parte de Christine, o quizás de ella y del señor Quincy juntos, para obligarlo a permitirles casarse antes de que el señor Quincy haya pagado sus deudas. Se mantiene firme en que no se casarán hasta que el señor Quincy y su patrimonio ya no estén en riesgo. Dice que preferiría ver a su hija en desgracia antes que casarse con un hombre en prisión por los deudores.”

“¿Deudas? Pensé que tu padre simplemente deseaba que la señorita Christine conociera a más caballeros antes de tomar su decisión.”

Dafne negó con la cabeza. “Lo hizo, pero la estipulación que puso en su boda se refiere a la deuda. El hermano mayor del señor Quincy hipotecó las tierras y pidió grandes préstamos. Su

padre decretó que Christine no podía casarse con el señor Quincy, mientras su dote se destinara a pagar sus deudas, en lugar de garantizar un futuro seguro para ella y los hijos que pudiera tener. Según los rumores, la dote es casi la misma cantidad de lo que él debe." Le lanzó a Arthur una rápida mirada, sonrojándose. "No es realmente un chisme decírtelo. Quiero decir, es de conocimiento común en nuestra sede de campo."

"Entonces, comprendo por qué tu padre podría sospechar de una conspiración. ¿Tú y tu madre no están de acuerdo?"

"Estábamos todos desayunando cuando mi padre leyó la carta. Christine no es tan buena actriz como para fingir su horror."

"¿Quizás tu padre pueda convencerse?"

"No lo sé. Creo que él se pondría de su lado si no estuviera tan enojado. Nunca lo había visto tan enfurecido."

Agudo y duro, el miedo sacudió a Arthur en nombre de Daphne. "¿Él no es… volátil?"

Ella sacudió su cabeza. "No. Creo que está enojado consigo mismo. Por permitir que nuestra familia volviera a tratar a los Barlow. Ha declarado que ya no es posible que ninguno de nosotros esté en la misma habitación que ellos, pero me resulta difícil creer que Wendel o mi tía hayan tenido algo que ver con la publicidad de la carta de Christine. No es que me importe."

"Seguramente importa. Si son inocentes, no deberían conocer la censura."

"Quiero decir, más bien, que no importa qué restricciones ponga el padre. Ha habido un desfile de mensajeros toda la mañana, rescindiendo y rechazando invitaciones. No tenemos adónde ir, así que no tenemos que preocuparnos por ver a mi tía o a mis primos."

Se detuvieron ante un banco bajo de piedra y él volteó hacia ella. "¿Saldrán de Londres?"

La tristeza llenó sus ojos. "No estoy segura. Me lo imagino."

Arthur miró fijamente esos ojos color ámbar y luchó por controlarse. Si tan solo ella le diera algún indicio, alguna indicación de la atracción compartida entre ellos, él le quitaría la pena con un beso. Lentamente, casi contra su voluntad, se acercó.

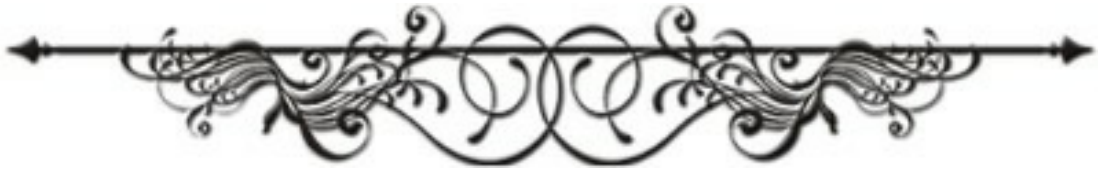
Debería mirar hacia otro lado. Él lo sabía. Sin embargo, como había descubierto antes, Daphne Hayhurst lo afectó como ninguna otra mujer lo había hecho jamás. Su presencia ahuyentó la razón con la que habitualmente gobernaba su vida.

Ahora, además de su habitual atractivo, parecía herida. Necesitaba consuelo.

"¿Y cómo llevan esto?" Preguntó, hablando en un intento de darle a sus labios otra tarea que no fuera besarla, pero sabía que las palabras no eran suficientes.

Debía pensar en algún tema que apagara su ardor. Especialmente con el escándalo de su hermana, y que se debía obedecer al decoro.

Capítulo Veinte



Daphne era incapaz de moverse y miró al señor Garrick. Él había hecho una pregunta, pero su mente no dio respuesta. Lo único en lo que ella podía pensar era en cómo se sentirían sus labios presionados contra los de él. Se inclinó aún más cerca y sus mechones oscuros cayeron sobre su frente. En cualquier momento, él iba a besarla. Su corazón latía con tanta fuerza que seguramente él debía escuchar sus frenéticos latidos. Un escalofrío de placer recorrió su cuerpo.

Él se quedó quieto. “Estás fría.”

Ella sacudió la cabeza, mientras que un gesto casi imperceptible de sus labios, tan cerca, parecieron atraerlos hacia los de él, prohibiendo otros movimientos.

“Te estremeciste.”

El calor inundó sus mejillas. Ella había temblado, pero seguramente moriría de vergüenza si le dijera por qué. “No tengo frío.”

“Déjame juzgar.” Unas manos cálidas se deslizaron por sus brazos y se posaron sobre sus hombros. Levantando una mano, le acarició la mejilla con el dorso de los dedos. “Nunca había sentido algo tan suave,” murmuró, recorriéndola con la mirada. Su otra mano alcanzó la nuca de ella, debajo de sus rizos. “No, no está frío.”

“Te lo dije.”

“Sí lo hiciste.”

El corazón de ella revoloteaba como un pájaro enjaulado. Si él no la besaba pronto, estaba segura de que se desmayaría, pero todo lo que él hizo fue quedarse allí, con los labios a un susurro de distancia, y su aliento como una cálida caricia perfumada con café recién hecho y canela.

“¿Qué era lo que me querías decir?” Él expresó.

“¿Decir?” ¿Realmente quería una respuesta a su pregunta anterior? ¿Qué había preguntado siquiera? ¿Cómo le fue a ella a la luz del escándalo?

“La última vez que bailamos, hace unas semanas, empezaste a decirme algo.”

Daphne parpadeó varias veces. “¿Eso es importante ahora?”

“En ese momento te pareció muy importante. Creo que no expresarlo arruinó nuestro baile.”

Ella miró hacia abajo y luego se dio cuenta de que tenía las palmas de las manos apoyadas en el chaleco de él. De alguna manera, ella había deslizado sus manos dentro de su chaqueta. Ella las apartó, horrorizada.

“Lo lamento. No me di cuenta de que estaba…” Sus mejillas se calentaron a un nivel de calidez seguramente congruente con el del sol. “No quise poner mis manos encima de ti.”

“Cuando puse mis manos sobre ti, me pareció justo.”

Ella dio un paso atrás y la mano que agarraba su cuello cayó a su costado. “¿Qué estoy haciendo? Mi familia ya está envuelta en un escándalo.”

Su expresión se oscureció. “Entonces, ¿piensas que esto está destinado solo al escándalo?”

“Eso no es lo que quise decir.” ¿Cómo se las ingeniaba ella para decir siempre algo equivocado?

Él tiró de su abrigo, luego se pasó una mano por el cabello y lo volvió a colocar en su lugar. “Yo… debería irme. No deberíamos estar aquí solos, sin vigilancia.”

“Se puede ver todo el jardín desde la casa.” Sus ojos se abrieron ante sus propias palabras. Ella miró más allá de él. Todas las ventanas parecían vacías.

“Pareces muy aliviada,” él dijo con voz tensa.

Daphne mantuvo los labios cerrados. Cualquier cosa que ella dijera sería algo incorrecto.

El señor Garrick dejó escapar un suspiro explosivo. “Me confundes, señorita Hayhurst.”

“¿Te confundo?” ¿Había oído bien? “Usted me confunde, señor.”

“¿De qué manera?”

“Para empezar, de la forma que casi mencioné cuando bailamos.” Aunque confusión no parecía la palabra adecuada para describir su preocupación. Aún así, él había preguntado, y ahora ella estaba molesta. “Hace seis meses, amabas a mi prima. ¿Cómo puedo saber que todo lo que sientes por mí no será tan fugaz?”

Su expresión se endureció por la ira. “¿Esa es tu preocupación? ¿Qué te besaría y no me casaría contigo?”

Dafne negó con la cabeza. “Me preocupa más que me besaras, te casaras conmigo y te cansaras de mí en medio año.”

Un ceño fruncido estropeó sus labios. “Entonces, temes que yo sea inestable.”

Ella asintió temblorosamente.

Con ojos de piedra, él dijo: “sin embargo, creo que me habrías besado.”

Daphne cuadró los hombros. “Porque yo, señor, no soy inestable.” Ella lo rodeó, con la intención de entrar a la fuerza en la casa.

Una mano la agarró del brazo pero no la giró. Se inclinó para hablarle en voz baja y rápida al oído. “Yo tampoco. Aunque durante años me creí enamorado de la señorita Barlow, ella nunca pudo conmoverme como lo hace usted. Sola en el jardín, pidió un beso. Creo que ya entonces sabía, en el fondo, que no la amaba. Por eso fue tan fácil no besarla.”

Sin volverse atrás, Daphne dijo: “a solas conmigo en el jardín, pareces encontrar la misma moderación. Creo que conoces el camino hasta la puerta principal.” Ella se soltó y corrió hacia la casa.

No se oyeron pisadas. No hubo palabras que la llamaran. Deseaba leer la expresión de su rostro, pero temía darse la vuelta. Una mirada a esos tormentosos ojos grises podría ser su perdición.

Una vez dentro, ella subió inmediatamente la escalera trasera, la de servicio, temiendo que el señor Garrick la siguiera. Casi en la oscuridad, subió al segundo piso, secándose las lágrimas de las mejillas. Salió al pasillo superior y respiró hondo para tranquilizarse, luego avanzó por el pasillo en dirección a su habitación.

Al pasar por la puerta de su hermana, Daphne escuchó el inconfundible sonido de un llanto. Apretó los dientes y siguió caminando. Christine había creado su propio tormento y últimamente había dejado bastante claros sus sentimientos por Daphne.

Dafne se detuvo.

Habría besado al señor Garrick en el jardín. En ese momento, con seguridad, habría abandonado el decoro por amor. Lo que aparentemente, según su criterio, significaba que lo que ella sentía por él era real. El afecto de Christine por el señor Quincy había durado años. Hasta donde Daphne sabía, escribirle cartas era su única falta de decoro.

Regresó a la habitación de su hermana y llamó suavemente. "¿Christine?"

Los sollozos en el interior se ahogaron, pero no llegó la respuesta. Daphne probó la manija y encontró la puerta abierta. La abrió y se asomó.

Su hermana estaba sentada encima de una colcha arrugada, con las piernas levantadas hasta el pecho y los brazos a su alrededor. Su cabeza, que descansaba sobre sus brazos cruzados, se levantó cuando se abrió la puerta, revelando un rostro enrojecido y surcado de lágrimas, enmarcado por rizos amarillos y lacios. "Vete. No necesito un sermón, Daphne."

Daphne entró en la habitación y cerró la puerta detrás de ella. "No vine a dar un discurso."

"Por supuesto que sí." Christine dejó escapar un suspiro y se secó los ojos inyectados en sangre. "Di lo que sea y vete."

"Lo lamento."

"¿Lo lamentas?"

Dafne asintió. Se acercó lentamente, como si estuviera acorralando a un gato asustado, y dijo: "lamento no haber trabajado más duro para agradarle a la prima Wendy, para que no fuera tan mala. Lamento no haberme esforzado más en mantenerte alejada de ella o en ser una mejor hermana para que pudieras haber venido a mí." Se sentó en la cama junto a su hermana, con las manos inertes en el regazo. "Sobre todo, lamento que mi padre no te permita casarte con el señor Quincy. Tú lo amas. Deberías poder ser feliz."

Christine dejó escapar un suspiro. "Lo amo. No sé por qué mi padre no me cree."

"Porque eres joven y cuando él era joven no sabía lo que quería."

"No planeé publicar esa carta," susurró Christine.

Daphne la rodeó con un brazo. "Lo sé."

Christine inclinó la cabeza para apoyarla en el hombro de Daphne. "Si mi padre realmente no deja que Ryan se case conmigo, ¿qué será de mí?"

Dafne negó con la cabeza. "Padre no puede permanecer enojado para siempre. Obviamente tu y el señor Quincy deberían casarse."

Christine asintió. Se secó los ojos nuevamente. "¿Tú y mamá me defenderán?"

"Ciertamente."

"No quise arruinar tu temporada."

Daphne se rió, el sonido fue quebradizo. "Creo que yo misma he estado haciendo un buen trabajo en eso. No me lo arruinaste."

Christine levantó la cabeza y se volvió hacia Daphne. "Pero pensé que tu y el señor Garrick... se querían."

"Le tengo cariño. No tengo idea si me tiene cariño."

"Lillian cree que sí es así."

Dafne se encogió de hombros. Parpadeó varias veces, sintiendo su propio torrente de lágrimas. "Eso me recuerda que la señorita Garrick te envía saludos."

Christine pareció alegrarse ante eso. "¿Ella? ¿Crees que seguirá siendo mi amiga?"

Después de cómo se había separado del señor Garrick hacía unos momentos, Daphne no estaba segura de que él dejaría que su hermana se relacionara con ellas, pero dijo: "¿por qué no lo haría? ¿No éramos sus amigas cuando nadie hablaba con ella?"

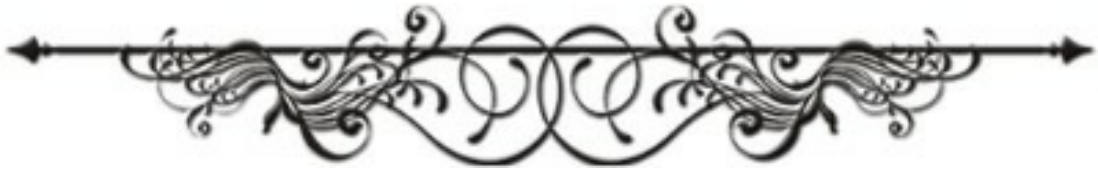
"Pero, eso no duró mucho, y esto es mucho peor que los rumores que difundió la prima

Wendy sobre el señor Garrick. También fue antes de que Edward intentara cortejar a la señorita Garrick. No la culparía si nunca más desea hablar conmigo.”

Daphne apretó los hombros de su hermana. “Bueno, lo hará. Ahora mandemos a buscar agua y una plancha caliente. Deberíamos bañarte la cara y arreglarte el pelo. Luego iremos a buscar a mamá. Padre regresará eventualmente. Cuando lo haga, le haremos entrar en razón.”

Christine se giró y la abrazó. “Gracias, Dafne.”

Capítulo Veintiuno



Arthur llegó a su casa de mal humor. Apenas reconoció al mozo de cuadra al que le entregó su montura y luego se dirigió a los escalones de la entrada.

"Señor Garrick," lo llamó una voz femenina familiar, deteniéndolo antes de que pudiera ascender a la puerta principal.

Arthur dio la vuelta lentamente, con el ceño fruncido en su boca. El carruaje de los Barlow retumbaba calle abajo y la cabeza de Wendy se asomaba por la ventanilla. Arthur miró hacia las escaleras. ¿Debería entrar y cerrar la puerta detrás de él?

"Señor Garrick," ella llamó de nuevo, saludando con la mano, con voz y expresión ligeras.

Arthur la observó detenidamente, mientras el carruaje se detenía. Ella abrió la puerta y esperó. Arthur no avanzó para ayudarla. Finalmente, un ceño fruncido apareció en el rostro de ella, quien hizo un gesto a un lacayo, que se acercó para apoyarla. Detrás de ella, en la oscuridad del carruaje, alguien se movió. Wendy se adelantó para hacer una reverencia. Arthur no se inclinó.

"Señor Garrick, qué placer verlo." La voz de Wendy contenía una alegría forzada. "Aunque debo decir que estoy un poco molesta porque no me ayudaste a bajar."

"¿Qué quieres, señorita Barlow?"

Lanzó una mirada a un lado y otro de la calle. Aunque las zonas apenas se encontraban en el límite de lo que estaba de moda, a medida que avanzaba el día, había más y más gente.

"Preferiría hablar adentro, en privado."

"Nunca más volverás a poner un pie en mi casa."

"No adopte ese tono conmigo, señor Garrick, porque una vez que nos casemos, no permitiré que lo olvide."

Una carcajada surgió de él. "¿Casarnos? ¿Tú y yo? No seas ridícula."

Sus ojos azules brillaban como gemas raras. "Escúchame, Arthur. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro."

"Ridículo."

La ira cruzó por sus rasgos. Ella respiró hondo, luego otra vez, y se inclinó más cerca para mirarlo a través de sus pestañas. "¿Recuerdas cómo eran las cosas? ¿Qué tan tranquilos éramos el uno con el otro? ¿Qué tan agradable? Podemos recuperar eso."

"No quiero eso de vuelta. No contigo."

Los ojos de Wendy se entrecerraron. "Bueno, nunca lo tendrás con ella," siseó. "¿Crees que alguien recibirá a tu hermana si te asocias con los Hayhurst ahora? Lillian morirá sola y sin ser

amada.”

Arthur no dio una respuesta a eso. En cambio, observó a Wendy luchar por recuperar el control de sus emociones.

“Me doy cuenta de que de alguna manera, a pesar de lo poco atractiva que es, mi prima te ha hechizado,” continuó Wendy en voz baja. “Pero ahora estarás libre de ella. Los Hayhurst no se atreverán a mostrar sus rostros en la sociedad educada. Su dominio sobre ti se desvanecerá. Cuando lo haga, volverás a donde perteneces.” Ella lo miró fijamente por un momento más, sacudió sus rizos y dio la vuelta.

“No tengo idea de si volveré a ver a la señorita Hayhurst,” dijo Arthur.

A medio camino de regreso al carruaje, Wendy se quedó helada.

Arthur no levantó la voz, pero no hizo ningún esfuerzo por ocultar sus palabras a los pocos que estaban en la calle. “Lo haga o no, nada cambia entre nosotros, señorita Barlow. Me dejaste a un lado en el momento en que pensaste que no aseguraría la fortuna de mi tío, luego regresaste corriendo tan pronto como lo hice, y ni siquiera estoy enojado contigo por eso. Me hiciste un favor al revelar tu verdadera naturaleza antes de que cometiera el error de casarme contigo. Lo que me enoja, y probablemente siempre lo estaré, es cómo has tratado a la señorita Christine. Ella no merecía tu veneno ni tu doble moral.”

Wendy dio la vuelta y caminó hacia él. “Lillian tampoco se lo merece, pero lo desataré contra ella si no vuelves conmigo, Arthur. Tenlo en cuenta al considerar tu cortejo hacia mí.”

Caminó con la espalda recta hacia el carruaje. Sin esperar ayuda, subió y cerró la puerta de golpe. Sonó una orden brusca y el vehículo avanzó dando bandazos.

Se oyeron voces en el interior, las de Wendy y su hermano. La puerta del carruaje se abrió de nuevo. Wendel saltó del vehículo todavía en movimiento. Aterrizó con estrépito, vio a Arthur y corrió calle abajo.

Arthur hizo una mueca. No tenía ningún deseo de hablar con ningún Barlow. Volteó y subió las escaleras hasta su casa. La puerta se abrió. Arthur entró. Charles intentó cerrar la puerta, pero esta rebotó con un gruñido. Arthur miró hacia abajo y vio un pie en la puerta.

La puerta se abrió y Wendel entró. “Eso duele bastante, ¿sabes?”

Arthur se quitó el sombrero y se lo entregó a Charles. “¿Qué quieres, Wendel?”

“Mira, debes saber que no sabía sobre el plan de Wendy.”

“¿Debo saberlo?” Preguntó Arthur, mientras se quitaba los guantes.

La expresión de Wendel pasó de la súplica a la indignación. “Si, debes.”

Arthur finalmente encontró la mirada de Wendel. “Suponiendo que lo haga, ¿qué diferencia hay?”

“No se le pueden reprochar a un hombre las cosas que hace su hermana.”

“¿No puedo?”

“No. No puedes.”

Arthur se frotó la frente. “Mira, no te deseo mal. Simplemente, no me siento lo suficientemente caritativo como para entretener a ningún Barlow en este momento.”

“¿Ahora mismo? ¿Pero no siempre?”

“¡Cielos! Hombre, rompí con ella, no contigo. Si estás dispuesto a pasar por alto mi separación de tu hermana, lo haré.”

Wendel dejó escapar un suspiro de alivio. “Bien, porque escuché lo que dijo sobre la señorita Garrick. No es mi intención permitir que tu hermana sufra ningún daño.”

“Eso es muy bueno de tu parte, pero no veo qué puedes hacer aparte de encerrar a la señorita Barlow. Ahora ella tiene veintiún años y recursos propios.”

“Puedo... puedo pensar en una manera de proteger la reputación de la señorita Garrick y reparar la de la señorita Christine...”

Arthur alzó una ceja. “¿Oh?”

“Ambas deben casarse.”

Su segunda ceja se unió a la primera. “¿Y con quién se casarán?”

“La señorita Christine debería casarse con ese tal Quincy. Leí su carta. Ella está claramente enamorada de él. Es un canalla si no la ayuda. Solo soy su primo, pero si Edward no lo hace, desafiaré al soldado.”

“El padre de la señorita Christine sigue prohibiendo la unión.”

“¿Mi tío es tonto?”

“Lo más probable es que esté tratando de proteger a su hija. Se rumorea que las deudas de Quincy ascienden aproximadamente a la misma cantidad que la dote de la señorita Christine. Un hombre hastiado podría preguntarse si la ama o no.”

Wendel frunció el ceño. “Recuerdo que mamá y Wendy dijeron algo acerca de que mi tío prohibía la unión, pero, en las circunstancias actuales, ¿no está dispuesto a ceder?”

“Aparentemente no. Él es tu tío. Ve y habla con él.”

Wendel hizo una mueca. “Él querrá verme incluso menos que tú.” Se aclaró la garganta. “¿Qué pasa con Lil, es decir, la señorita Garrick, entonces? El tío Hayhurst no es su tutor. Tú lo eres. Podrías verla casada y alejada de este problema.”

“¿Casada con quién? Ni siquiera me ha admitido un nombre. ¿Cómo puedo saber si el caballero que ella estima es digno?”

“Bueno, ah, te llevas bastante bien con él.”

Arthur percibió el trago convulsivo de Wendel. Su tez cetrina. La forma en que apretaba y aflojaba las manos. “Tú diablo. Si le pones un dedo encima...”

“No lo hice.” Wendel levantó las manos, con las palmas hacia afuera, para defenderse de Arthur. “Yo no lo haría. Quiero decir, más bien lo haría, pero yo... bueno, la besé.”

El puño de Arthur chocó con la mandíbula de Wendel.

Salió volando hacia atrás, su cabeza se estrelló contra la puerta y luego se desplomó contra esta, parpadeando rápidamente.

Arthur avanzó con el puño en alto.

“Arthur,” gritó Lillian. De repente, ella estaba allí, rodeándole con los brazos, pesando sobre su puño levantado. “Detente.”

“¿Él te besó?”

Lillian lo miró fijamente, con lágrimas brotando de sus ojos. “No. Yo lo besé.”

Arthur se echó hacia atrás. “¿Cómo pudiste?”

Ella cuadró los hombros y se mantuvo erguida entre él y Wendel, quien sacudió la cabeza como si intentara poner su cerebro en su lugar. “Me encanta. Queremos casarnos.”

La ira y la traición se arremolinaron en Arthur. En todos esos años que había prometido cortejar a Wendy, nunca la había tocado. ¿Ni una sola vez y Wendel estaba besando a su hermana pequeña? ¿Y ella lo había alentado? Señaló los escalones. “A tu cuarto.”

“Arthur, estamos enamorados. Realmente lo estamos. Wendel quería decírselo, pero, le dije que debíamos esperar hasta que las cosas se arreglaran entre tú y Wendy.”

“Ve a tu cuarto. Ahora.” La furia llenó su voz, baja y controlada.

“Lo haré, pero solo porque no eres razonable en este momento,” dijo Lillian. “Hablaremos más sobre esto más adelante.” Ella avanzó y clavó un dedo en el pecho de Arthur. Su expresión estaba llena de casi tanta ira como la que él sentía. “Y no te atrevas a volver a lastimar a Wendel.

Si lo haces, nunca te perdonaré.” Lillian pasó junto a Arthur y subió las escaleras.

Junto al extremo del poste, Charles se esforzaba por parecer pequeño.

Arthur se volvió hacia Wendel. “Vete.”

Wendel se irguió frotándose la mandíbula. “La amo, ¿sabes?”

“Si la amaras, la respetarías. Habrías venido a mí y me habrías pedido cortejarla.”

Wendel hizo una mueca. “No me rendiré.”

“Sí. La tenacidad parece ser un rasgo de la familia Barlow. Vete.”

“Voy a volver. Podemos hablar de esto mañana.”

“Nos iremos de Londres mañana. Tampoco te recibiremos, Barlow. No en mi finca. No en la ciudad. En ningún lugar.”

Wendel negó con la cabeza y su expresión era una mezcla de ira y tristeza. “Ya veremos.” Abrió la puerta y salió.

Arthur respiró hondo. Se obligó a abrir los puños y luego levantó una mano temblorosa para frotarse la frente.

“¿Se encuentra bien, señor?” Preguntó Charles.

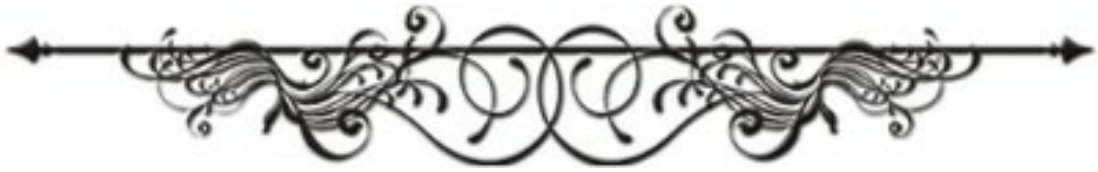
Arthur negó con la cabeza. “No lo estoy.”

“¿Debería llamar a alguien, señor?”

“No.” Wendel había hecho un buen comentario. La reputación de la señorita Christine se recuperaría más o menos si se casara. Eso resolvería al menos uno de los problemas del día. “Estaré en mi oficina. Tengo una carta que escribir. No debo ser molestado.” Se volvió para mirar a su mayordomo a los ojos. “¿Charles? Asegúrate de que mi hermana no abandone las instalaciones.”

“Muy bien, señor.”

Capítulo Veintidós



Daphne estaba sentada en la ventana del salón, mirando los carruajes pasar ruidosamente por su casa. Ahora ella podría hacerlo. No era como en los días inmediatamente posteriores a la publicación de la carta de Christine. Ahí cada vehículo que pasaba tenía curiosos que miraban por las ventanillas y señalaban. Cada vez que veían a Daphne, asomándose por la cortina del salón, sus expresiones se curvaban con desprecio. Afortunadamente, a medida que diciembre llegaba a su fin, los pensamientos se centraron en la temporada navideña. Ahora, todos los que estaban afuera parecían acosados o alegres y no hicieron ningún intento de mirar hacia adentro.

Lo que significaba que Daphne al menos podía observar el mundo, aunque no pudiera salir y visitarlo. Todas sus invitaciones habían sido rescindidas. No vinieron personas que llamaron. El señor Garrick y su hermana se habían marchado al campo de forma abrupta, probablemente para no verse obligados a elegir entre la familia de Daphne y el resto de la sociedad. Ella y su familia vivían dentro de la burbuja de su casa, en la ciudad, mientras su padre decidía qué negocios pensaba llevar a cabo en Londres y su madre planeaba la inminente partida.

Daphne dejó escapar un suspiro. Si tan solo… Si tan solo no hubieran pasado muchas cosas. Si Christine no hubiera escrito esa carta, o al menos no se la hubiera confiado a Wendy. O si tan solo el señor Garrick la hubiera besado, o si ella se hubiera separado de él con menos ira. Sin embargo, seguramente, él ahora la recordaría de esa manera, aguda y amarga. Lo más probable es que nunca lo volvería a ver. Se tragó el nudo que se le formó en la garganta, ante ese pensamiento tan repetido, y trató de concentrarse en los transeúntes.

Un carruaje familiar giró hacia la calle. Los ojos de Daphne se abrieron como platos. Debía tener la intención de invocarlo. De lo contrario, ese vehículo en su calle de Londres era demasiada coincidencia. Daphne se puso de pie y corrió a buscar a su hermana. El señor Ryan Quincy estaba a punto de llegar.

Abrió de golpe la puerta de la habitación de Christine y encontró a su hermana tirada sobre su colcha en un estado desastroso: el pelo despeinado, el vestido arrugado y su piel clara marcada por un anillo oscuro debajo de cada ojo.

“Date prisa, levántate. Debes prepararte.”

Christine movió la cabeza y miró fijamente a Daphne, por un momento, antes de volver a contemplar el techo.

Daphne cruzó la habitación y agarró el brazo de su hermana. “El carruaje del señor Quincy viene por la calle. Debes levantarte. Ponte un vestido diferente. Déjame cepillarte el pelo.”

“¿Ryan está aquí?” Christine saltó de la cama y empujó a Daphne para salir corriendo de la

habitación.

Daphne tropezó hacia atrás, moviendo los brazos, mientras recuperaba el equilibrio. Se quedó de pie por un momento, atónita, y luego se giró para seguir a su hermana. En el momento en que entró al pasillo, escuchó la voz de su padre, la cual crecía en volumen y claridad, mientras ella corría hacia lo alto de la escalera.

"... Llegó a nuestra puerta el señor Quincy." El tono de mi padre era helado.

"Por favor, padre," suplicó Christine.

Daphne dobló la esquina para encontrar a su hermana a mitad de las escaleras, bloqueada por su padre y Edward parados, hombro con hombro, en la base. El señor Quincy estaba en el vestíbulo de entrada, con sombrero y guantes en las manos.

Mi padre miró por encima del hombro a Christine. "Tú conoces mi decisión. No puedes casarte con este hombre hasta que pague sus deudas."

"Pero… Padre, por favor. .. Me encanta..." Las palabras de Christine estaban confusas por las lágrimas y eran bastante inteligibles.

El señor Quincy, con expresión tensa, dio un paso adelante. "Estoy al tanto de su estipulación, señor, por eso me he mantenido alejado, pero debe saber que fui citado a Londres y me informaron que todas mis deudas están pagadas."

Christine jadeó y se llevó las manos a la boca.

Daphne descendió para rodear a su hermana con un brazo, temiendo que pudiera desmayarse en la escalera.

El señor Quincy sacó una página del bolsillo de su abrigo y se la ofreció a su padre. "Aquí."

Ambos se veían cubiertos con cabello castaño ondulado. Las cabezas de Edward y su padre estaban inclinadas, mientras estudiaban la página.

El padre le dio la vuelta, luego hacia atrás y otra vez. Finalmente, se la ofreció al señor Quincy. "Esto parece estar en orden."

"Le aseguro, señor Hayhurst, que lo está. Nunca cortejaría a su hija con falsos pretextos."

El padre asintió.

Daphne apretó con fuerza a Christine. Debajo del brazo de Daphne, su hermana temblaba.

"Pero, ¿cómo?" Dijo Edward.

El señor Quincy negó con la cabeza. "No me informaron quién pagó las deudas. Se hizo de forma anónima."

"¿Lo hiciste tú, padre?" Christine jadeó.

Al pie de las escaleras, su padre se volvió para mirarla. "No puedo atribuirme el mérito."

"¿Qué está pasando?"

Daphne estiró el cuello para ver a su madre en lo alto de la escalera.

Christine se liberó del agarre de Daphne y subió corriendo las escaleras hacia su madre. "Alguien ha pagado las deudas del señor Quincy. Ahora somos libres de casarnos." Ella se giró hacia atrás y extendió un brazo para agarrarse a la barandilla, mientras se balanceaba. "Podemos casarnos ahora, ¿no es así, padre?"

Él frunció el ceño. "Primero, me gustaría saber la identidad de este misterioso benefactor."

"Paul," expresó mi madre bruscamente. Le dirigió una sonrisa a Christine. "Tú y el señor Quincy, ciertamente, pueden casarse ahora, querida."

Con un grito de alegría, Christine abrazó a su madre.

"Pero, primero debes venir conmigo," dijo la madre. "Eres un espectáculo, querida. Deja que los caballeros hablen sobre los detalles, mientras te arreglamos el pelo y el vestido."

Christine no protestó cuando su madre se la llevó. Sin embargo, miró hacia atrás y su

radiante sonrisa la hacía hermosa a pesar de su estado arrugado. La sonrisa que le devolvió el señor Quincy coincidía perfectamente con la de Christine.

"¿Realmente no tienes idea de quién pagó tus deudas?" Preguntó Edwards.

El señor Quincy se volvió hacia él. "Más bien asumí que era tu padre."

El padre negó con la cabeza. "Te aseguro que no lo hice." Volvió a mirar hacia las escaleras y su mirada pasó más allá de Daphne. "Quizás debería haberlo hecho."

"¿Quizás los Barlow lo hicieron, para enmendar lo que hizo la prima Wendy?" Sugirió Daphne. Podía imaginarse a su tía y a Wendel siendo tan amables.

"Pude vislumbrar la firma en los documentos," dijo Quincy. "Barajaron la página demasiado rápido para que pudiera leer el nombre, pero creo que las iniciales eran A y G."

Una sacudida recorrió a Daphne. Edward levantó la vista para encontrarse con su mirada y arqueó una ceja. Sin una verdadera justificación para su certeza, Daphne negó con la cabeza. No podía asegurarle a su hermano que era el señor Garrick. No había manera verdadera de saberlo, excepto que su corazón así lo sentía.

"Daphne," llamó la voz de su madre desde el pasillo superior.

"Ve y ayuda a tu madre y a tu hermana," ordenó su padre. "El señor Quincy y yo tenemos mucho que discutir."

Daphne asintió y subió las escaleras, mientras los caballeros se adentraban en la casa, probablemente hacia el estudio de su padre.

Ella y su madre, con la ayuda de dos criadas, hicieron todo lo posible para que Christine estuviera presentable. Le bañaron la cara con agua de rosas, le pusieron un vestido recién planchado, le cepillaron y rizaron el cabello. Mamá mandó a buscar pintura para la cara, pero Christine no aceptó nada de eso, ya que estaba demasiado ansiosa por volver con el señor Quincy. Finalmente, resignada, su madre aceptó y Christine se fue corriendo. Daphne y su madre la siguieron a un ritmo más decoroso. Los caballeros los esperaban en el salón delantero, de pie cuando entraron.

Christine corrió hacia el señor Quincy y le tomó las manos entre las suyas. "Entonces, ¿está arreglado?"

"Lo está. Se ha solicitado una licencia, el regalo que nos hizo tu padre. Seremos marido y mujer antes de la Navidad."

Christine dejó escapar un grito de alegría y lo abrazó. El señor Quincy le devolvió el abrazo, con los ojos cerrados y la expresión llena de satisfacción. El padre de Daphne se aclaró la garganta. Lentamente, como si eso le doliera, el señor Quincy apartó a Christine, aunque todavía mantenía una de sus manos entrelazadas con las suyas.

Un dolor repugnante se abrió en el estómago de Daphne. Recordó las palabras del señor Garrick, que sabía que no había amado a Wendy porque ella nunca lo había incitado a desechar el decoro. Daphne contuvo las lágrimas. ¿La amaría algún hombre lo suficiente como para olvidarse de sí mismo y abrazarla justo en frente de sus parientes?

Si alguna vez volviera a tener la oportunidad, sin importar quién la mirara, besaría a Arthur.

"Sí, bueno, los buenos deseos están en orden," dijo Edward. "Debo admitir que me siento bastante aliviado de no tener que pelear contigo, Quincy."

"¿Luchar contra él?" Christine jadeó.

"Por tu honor y todo eso."

Christine levantó la barbilla en el aire. "Nunca te lo habría permitido."

"No podrías detenerme. Es un asunto de caballeros. Nada que ver contigo."

"Tú, hace unos momentos, dijiste que eso terminaría con mi honor."

Una mirada mostró que su madre parecía, por una vez, complacida de escuchar a sus hijos discutir. Daphne forzó una sonrisa hueca, deseando que sus bromas pudieran inducirle alegría a ella también.

"¿Deberíamos sentarnos?" Dijo la madre. "Mandaré a buscar té."

"No solo té, espero," dijo Edward. "Una celebración requiere algo más fuerte."

"Disculpen señores, señoras, pero el señor Garrick desea saber si el señor Edward está en casa."

Todos se dieron la vuelta y encontraron al mayordomo en la puerta.

El corazón de Daphne se le subió a la garganta. "¿Edward?" Repitió antes de que pudiera detener la palabra. ¿No sería por ella? El señor Garrick había regresado a Londres, ¿pero no sería por ella?

"Hazlo pasar," dijo Edward. "Él puede compartir las buenas noticias."

El mayordomo se retiró, aunque nadie se sentó. En unos momentos, sonaron nuevas pisadas que se acercaban.

El señor Garrick apareció en la puerta del salón y luego se balanceó ligeramente sobre los talones, mientras contemplaba la habitación. Él asintió de manera general y se volvió hacia Edward. "Hayhurst, ¿has visto a Wendel Barlow?"

"Señor Garrick, entre y acompáñenos a tomar el té," dijo la madre.

"Le pido perdón, señora Hayhurst, señor Hayhurst, pero tengo mucha prisa. Debo tomar prestado a su hijo."

Su mirada se encontró con la de Daphne y ella leyó la tensión en sus ojos antes de volverse una vez más hacia Edward. "¿Hayhurst?"

Christine dio un paso adelante, arrastrando al señor Quincy con ella. "Señor Garrick, no quiero ser desagradable, pero estamos en medio de una celebración. El señor Quincy y yo vamos a casarnos."

El señor Garrick se volvió hacia Christine y le hizo una reverencia. El movimiento carecía de su gracia habitual y era rígido. "Felicidades. No es mi intención infringir la ley, señorita Christine, y me alegra verla bien, pero necesito a tu hermano."

"¿No puede esperar?"

El ceño fruncido que Edward le puso a Christine imitó el sentimiento de Daphne. "Déjalo así, Christine. Esto es obviamente importante."

"No puedes saber eso. No ha dicho por qué desea encontrar a nuestro primo. Podría tratarse de una deuda de juego o de una apuesta. No tenemos forma de saber que es importante."

"Garrick no irrumpiría si no fuera así."

El señor Garrick se pasó los largos dedos por la frente.

"Estoy seguro de que nuestra celebración puede esperar un momento," indicó Quincy.

"Ya hemos esperado durante años."

Los padres de Daphne intercambiaron una mirada de dolor.

La madre se acercó a Christine. "Vamos, querida, vamos a servir algo de té y algo más fuerte para los caballeros."

"Pero no deseo dejar el lado de Ryan. Nunca más."

"Si pudiera tener un momento, Hayhurst," dijo el señor Garrick, lo que provocó que tanto Edward como el padre de Daphne voltearan hacia él.

Christine emitió otra protesta, y su madre y el señor Quincy se esforzaron por calmarla. Edward intentó cruzar la habitación hacia el señor Garrick, pero Christine se interpuso en su camino, haciendo perder el equilibrio al señor Quincy y empujándolo a una mesa pequeña. El

jarrón encima cayó y se estrelló contra el suelo. La madre gritó y el padre de Daphne lanzó una maldición. El señor Garrick frunció el ceño y volteó.

"Suficiente," espetó Daphne, lo suficientemente fuerte como para ser escuchada por encima del murmullo. "Me doy cuenta de que todos hemos estado bajo presión, pero esto es ridículo. Franklin, Irving, Justina y Katherine ni siquiera están aquí, pero nuestra casa parece habitada por un grupo de niños. El señor Garrick, quien inequívocamente ofreció ayuda a esta familia cuando estábamos hundidos en el escándalo, llegó aquí angustiado y con el simple pedido de hablar con Edward. Se lo permitiremos." Caminó al lado de su hermano y lo tomó del brazo. Manda a buscar té y a una criada para que recoja el jarrón. Edward y yo regresaremos pronto."

Haciendo caso omiso de las caras atónitas que había en la habitación, Daphne tiró de Edward, mientras los conducía hacia la puerta del salón, donde estaba el señor Garrick, mirándolos nuevamente. Al llegar a él, envolvió su mano libre alrededor de su bíceps y lo arrastró también, tratando de no darse cuenta de que sus delgados dedos ni siquiera llegaban a la mitad. Llevó a los dos hombres por el pasillo hasta un salón mucho más pequeño y entró. Soltándolos, cerró la puerta.

"Gracias," expresó el señor Garrick, sin hacer ningún movimiento para sentarse.

"Entonces, ¿cuál es el problema?" Preguntó Edwards.

El señor Garrick metió la mano en su abrigo y sacó un papel doblado. "Es mi hermana. Ella…" Tragó. "Ella se ha escapado. Con Barlow."

Daphne no pudo reprimir un grito ahogado.

Edward tomó la página y la desdobló. " 'Ya que te niegas a entrar en razón'," él leyó, " 'me veo obligada a tomar el asunto en mis propias manos'." Levantó la vista con el ceño fruncido. "¿Qué quiere decir ella?"

"De eso, está enamorada," respiró Daphne.

"¿Barlow?" Edward frunció el ceño. "¿Ella lo eligió a él antes que a mí?"

El señor Garrick asintió.

"Bueno, que me condenen," murmuró Edward.

"¿Qué quiere decir cuando dice que no entrarás en razón?" Preguntó Dafne.

El señor Garrick se pasó una mano por la cara, lo que no hizo nada para aliviar las líneas de preocupación que tenía allí. "Vino a mí y me dijo que la ama. Dijeron que deseaban casarse, pero lo eché y la saqué a ella de Londres. Pensé que algún tiempo en el campo, lejos de él, le devolvería la razón."

"Pero, ella se escapó," concluyó Daphne cuando el señor Garrick guardó silencio.

"¿A dónde?" Preguntó Edward.

"No tengo idea. Esperaba que, estando todavía en la ciudad, hubieras oído algo."

Dafne negó con la cabeza. "No hemos salido. Con el escándalo, nadie nos vería…"

"Hubiéramos escuchado algo," expresó Edward. "Si estuvieran en Londres, lo sabríamos."

"Si están realmente enamorados, deben haberse ido al norte, a Escocia," resaltó Daphne. "Al menos eso esperamos."

Ella se estremeció al pensar en el escándalo. La señorita Garrick estaría arruinada si no se hubieran ido al norte para casarse. Daphne reprimió un suspiro. Tanto Christine como la señorita Garrick inspiraban tal devoción. Aunque Daphne no deseaba un escándalo, no pudo evitar envidiar a las mujeres más jóvenes por su dedicación.

"Eso es todo, entonces," expresó Edward. "Tendremos que ir al norte y encontrarlos. Si no están casados, veré si Wendel le propone matrimonio o me encontrará en el campo de honor."

"Sí. Él es mi primo. No tiene padre. Es mi deber velar que haga lo correcto con tu hermana."

“Gracias.”

“Ensillaré mi caballo y empaquetaré algunas cosas.” Edward salió de la habitación, dejando la puerta abierta, de par en par, detrás de él.

“Es muy amable por parte de tu hermano ayudar,” dijo el señor Garrick en voz baja.

“Solo desearía poder hacerlo también.” Cuánto deseaba suavizar las líneas de dolor y preocupación de su frente.

“La mejor manera de ayudar es mantenerse sano y salvo con la familia.” Hizo una reverencia. “Y les agradezco su ayuda hoy.”

Daphne asintió, deseando desesperadamente tener seguridad que brindar.

“Por favor, pídele a tu hermano que se reúna conmigo en mi casa. También empacaré algunos artículos. Creo que no quiere que un carruaje nos frene y lo apruebo.”

“Le diré.”

El señor Garrick asintió, luego pasó junto a ella y salió por la puerta del salón. Si extendía una mano, podría volver a agarrarle el brazo. ¿Tiraría de él hacia atrás?

En cambio, ella lo dejó pasar.

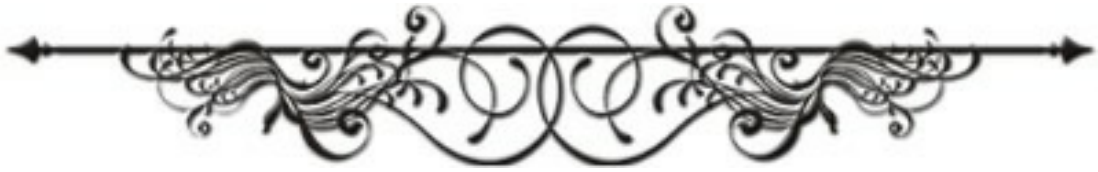
“¿Señor Garrick?” Su nombre surgió de sus labios espontáneamente.

Él se giró para mirarla con expresión burlona. “¿Sí?”

Dame alguna señal de tu cariño. “Buena suerte.”

“Gracias, señorita Hayhurst.” Hizo una nueva reverencia y se alejó por el pasillo.

Capítulo Veintitrés



"El señor Hayhurst," indicó Charles.

Ante ese anuncio de su mayordomo, Arthur dejó de caminar por la biblioteca y volteó para mirar hacia la puerta. Miró el reloj de la repisa. Solo había pasado un cuarto de hora desde que Arthur llegó a su casa. Hayhurst fue rápido. Stenson, quien insistió en viajar con ellos, ni siquiera había terminado de hacer las maletas.

Hayhurst entró, vestido para montar, y saludó con un movimiento de cabeza. "¿Listo, Garrick?"

"Casi."

"Antes de irme, le pregunté a Christine si sabía algo." Levantó una mano para protegerse de la protesta de Arthur. "Lo sé, asumiste que yo sabía que la situación de tu hermana y que debería permanecer en silencio. Sí. Intenté verlo como un interés de mi parte. Sin embargo, Christine es demasiado astuta. Probablemente, porque apareciste en nuestra puerta, preguntando por nuestro primo. De todos modos, dijo que no sabe de quién está enamorada tu hermana, pero, sí sabe que el amor de la señorita Garrick es real y que no debemos interferir. Está bastante segura de que tu hermana se fue al norte para casarse."

Arthur asintió y se acercó a los diversos mapas que había colocado sobre la mesa. "Suponiendo que él vino por ella, como sugieren las huellas del carruaje que encontré, salieron de nuestra casa de campo, por aquí."

"Si encontraste huellas, ¿por qué no seguirlas?" Hayhurst se acercó a Arthur para mirar el mapa.

Arthur señaló un punto en el camino. "Se incorporaron a esta carretera que va de norte a sur, que está muy transitada en esta época del año, y las vías quedaron oscurecidas. Al principio, parecían ir hacia el sur, pero, es difícil decirlo. Esa pequeña posibilidad y la esperanza de que hubieras visto a tu prima me trajeron hasta aquí."

"Incluso si giraron hacia el sur en ese punto, no hay forma de saber que no fue una artimaña."

Arthur asintió, habiendo considerado lo mismo. "Suponiendo que tus hermanas tengan razón en que el matrimonio es su objetivo, deberían haber ido hacia el norte."

"Quieren casarse rápidamente," dijo Hayhurst. "Antes de que los atrapemos."

"Probablemente, ya lo han logrado," murmuró Arthur.

Hayhurst tocó el mapa. "Habrán ido por aquí. Este es el pueblo más cercano al otro lado de la frontera."

Un golpe en el marco de la puerta hizo que Arthur se diera vuelta y encontrara a Stenson.

“Señor, todo está listo.”

Arthur asintió. “Hayhurst, te presento a mi ayudante de cámara, Stenson. Él nos está acompañando. Stenson, Edward Hayhurst.”

“¿Ayudante de cámara?” Repitió Hayhurst. “Tengo la impresión de que tenemos prisa, Garrick.”

“Tenemos... Stenson es un excelente jinete.”

“No te lo impediré, señor Hayhurst.”

Hayhurst se encogió de hombros. “Lo que tú digas, Garrick. Solo estaré presente en caso de que el primo Wendel necesite ayuda para hacer lo correcto para tu hermana.”

“Bien. ¿Vamos entonces?” Arthur abrió el camino hacia la puerta.

Cabalgando rápidamente, abandonaron Londres tan rápido como lo permitían las congestionadas calles. Una vez libres de la ciudad, Arthur empujó a su montura, a medio galope, alternando ese ritmo con la caminata. Cuando sus monturas flaquearon, pagaron a hombres para que los regresaran a la ciudad y contrataron nuevas bestias. Solo paraban para comer y por las noches se desplomaban en la cama, pero aún así les tomó días llegar a la ciudad donde creían que su hermana y Barlow debían haber ido.

Para alivio de Arthur, se enteraron de que su hermana y Barlow habían llegado y se habían casado inmediatamente. Para su disgusto, ellos ya se habían marchado. Según todos los informes, no habían regresado a Inglaterra, sino que se habían adentrado más en Escocia. Arthur envió a Stenson de regreso con las noticias y las órdenes para su personal, y para ver si su hermana había hecho algún esfuerzo para enviar un mensaje a Inglaterra.

Él y Hayhurst siguieron su rastro.

Días después los encontraron todavía en Escocia, siguiendo un camino empinado y sinuoso hasta un pequeño pueblo en la costa. En lo profundo de las entrañas de Arthur, el miedo de que Barlow y Lillian hubieran tomado un barco se agrió. Se frotó las manos con el frío de diciembre e instó a su montura a acelerar, sin éxito. Sus fornidas monturas de las Highlands no se dejaban apurar, pero lo que les faltaba de velocidad lo compensaban con seguridad y resistencia.

Hayhurst miró desde donde cabalgaba junto a Arthur. “Si no los encontramos pronto, nos perderemos la Navidad y nos veremos obligados a soportar la celebración de Hogmanay.”

“Ya te has perdido gran parte de la celebración y la boda de tu hermana,” dijo Arthur, porque la noticia de la fecha en la que se casaría la señorita Christine los había alcanzado hace unos días. “Si no los encontramos en esta ciudad, deberíamos regresar. Tienes una familia con quien celebrar la temporada.”

“¿Qué pasa contigo?”

Arthur se encogió de hombros. “Seguiré buscando. Ahora que mi tío se ha ido, Lillian es mi única familia.”

“No tanto... Tienes un nuevo hermano.”

Arthur ofreció una risa oxidada. “Siempre pensé que Barlow terminaría siendo mi hermano. Simplemente, vi que sucedería de otra manera.”

“Sí. Siempre pensé lo mismo sobre Quincy.”

“¿Pensaste que se casaría con una hermana diferente?” Dijo Arthur, con tensión al tocar su voz.

“No. Pensé que se casaría con Christine, pero sin escándalo.”

Arthur asintió y volvió su atención a la carretera.

“Fácilmente podrías tener más familia.” El tono de Hayhurst fue vacilante.

“¿Qué quieres decir?” Preguntó Arthur bruscamente.

¿Le había contado la señorita Christine a Hayhurst más sobre Lillian de lo que él había admitido? ¿Seguían huyendo ella y Barlow porque estaba embarazada? Arthur estrangularía a Wendel Barlow hasta casi matarlo, así fuera o no un nuevo hermano.

"Quiero decir, le gustas a Daphne."

La cabeza de Arthur giró bruscamente. Miró a Hayhurst. "¿Qué te hace decir eso?"

"Ve, hombre. Cualquiera puede ver eso en la forma en que te mira, y nunca antes la había visto enfrentarse a nuestra familia. Ni una sola vez. Nos gritó a todos, incluso a mamá y papá. Ella hizo eso por ti."

Arthur negó con la cabeza. A él le gustaba más que ella. Sabía que ella... Le tenía cierta estima, pero, ¿eso era suficiente? No tenía ninguna intención de que su corazón volviera a aplastarse en tan rápida sucesión, nada menos que por sus primos. Aparte de eso, Daphne había admitido su temor de que su amor por ella fuera fugaz.

"¿Qué te detiene?" Preguntó Hayhurst, mientras subían una colina para encontrar un pintoresco pueblo escocés escondido en el valle.

"Tu hermana expresó su falta de certeza sobre la solidez de mi afecto."

Hayhurst resopló. "Ridículo. Ustedes dos se miran exactamente de la misma manera que lo hacen Christine y Quincy. Si eso es lo que le preocupa, simplemente demuéstrale que está equivocada."

Arthur se encogió de hombros. Su montura empezó a bajar la colina, con paso seguro a pesar de la pendiente. "He hecho un esfuerzo. No parece suficiente y no tengo intención de presentar una oferta que no sea aceptada."

"Ah."

Bajaron la pendiente en silencio, mientras las viviendas de abajo se hacían cada vez más grandes. Finalmente, Arthur no pudo contener más las palabras y preguntó: "¿qué significa 'ah'?"

"Solo eso, sé lo aterrorizado que estás de pedir la mano de mi hermana. Entiendo. Tienes miedo."

Arthur apretó los dientes. ¿Qué sabía Hayhurst? Ni siquiera había amado a Lillian. Realmente no. Nunca había imaginado una vida con una mujer durante años solo para que ella aplastara los sueños bajo su zapatilla y contra la alfombra. No conocía el verdadero dolor.

"No tengo miedo."

"Por supuesto que lo tienes. Es miedo de que te diga que no, como hizo la prima Wendy." Hayhurst miró en su dirección. "Eso no es realmente justo. Castigar a Daphne por lo que ha hecho Wendy. Algo así como castigar a Wendel por lo que ella ha hecho. Quiero decir, apuesto a que antes de que ella te rechazara, habrías estado feliz de ver a Wendel casarse con tu hermana. Aunque lo entiendo. Wendy se metió en tu cabeza y se quedó ahí."

Las mandíbulas de Arthur se apretaron con tanta fuerza que el dolor se disparó hasta sus sienes.

"Oye, ese es el carruaje de Wendel," exclamó Hayhurst.

Arthur siguió el dedo que señalaba Hayhurst hasta lo que parecía ser la única posada de la ciudad, y no era muy grande. Afuera se encontraba el vehículo conocido. La mirada de Arthur se entrecerró y su ira encontró un nuevo foco.

Bajaron al pueblo y se dirigieron directamente a la posada. Arthur saltó de la silla, sin importarle lo que le pasara a su montura alquilada. Vagamente, notó que Hayhurst arrojaba algunas monedas a los hombres con faldas escocesas que se acercaban a recoger a las bestias. Arthur subió los escalones de la posada, de dos en dos, y atravesó la puerta.

Un señor mayor levantó la vista desde detrás del mostrador y expresó algo en escocés.

Sin importarle lo que el hombre pudiera querer decir, Arthur dijo en inglés: “estoy buscando a mi hermana y a su… marido. Tiene cabello negro como el mío y ojos grises. Ella…”

“Arthur,” gritó la voz de Lillian, llena de alegría.

Él se movió a la izquierda hacia la sala común, y la encontró corriendo hacia él. Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo apretó. Visto por encima del hombro, Wendel se puso de pie junto a una mesa. Se movió detrás de su silla, con las manos apoyadas en el respaldo y expresión incierta.

Lillian se echó hacia atrás. “Sabía que vendrías a traernos a casa para Navidad. Wendel insistió en que siguiéramos moviéndonos porque dijo que si nos encontrabas demasiado pronto, anularías el matrimonio, lo cual dije que era imposible, pero tiene mucho miedo de que estés enojado, pero ya casi es Navidad y te extrañé.”

Arthur cerró los ojos y abrazó a su hermana. Gran parte de su ira se disipó. “Yo también te extrañé.”

Lillian se apartó de nuevo y miró hacia arriba. “¿Podemos volver a casa en Navidad y no desafiarás a Wendel? Realmente lo amo, ¿sabes? No dejaré que le hagas daño.”

Arthur volvió a mirar por encima de su cabeza a Wendel, quien todavía los miraba con expresión preocupada. La puerta de la posada se abrió.

“Señorita Garrick,” exclamó Hayhurst. “Más bien, señora Barlow.”

Lillian se volvió hacia Hayhurst con una sonrisa vacilante. “¿Qué pasó con lo de ‘prima Lillian’?”

Hayhurst asintió con decisión. “También ‘prima Lillian’.” Empezó a dar una vuelta. “¿Dónde está... ah, Barlow, ahí estás?” Finalizó, con la voz más profunda y amenazadora. Dio un paso en dirección a Wendel.

Arthur agarró a Hayhurst por el hombro. “Déjalo.”

Hayhurst se regresó, sorprendido. “¿Dejarlo? ¿Después de todo el problema que nos ha causado?”

Lillian rodeó a Hayhurst. “Quieres decir que yo causé. Todo ha sido idea mía.” Miró a Wendel. Cuando se volvió, tenía una sonrisa cariñosa. “Si quieres saberlo, él dio mucha pelea. Dijo que estaría mal cortejarme.” Ella puso los ojos en blanco hacia el cielo. “¿No es una tontería? ¿Qué tan malo puede ser si somos tan felices?” Ella entrecerró la mirada más allá de Hayhurst y se dirigió a Arthur. “Y antes de que respondas, debes saber que creo que vale la pena desafiarte por nuestra felicidad, incluso si eres mi familia.”

Una sacudida recorrió a Arthur, que no tenía nada que ver con la deserción de su hermana y su amigo más cercano. Daphne había reprendido a su familia para ayudarlo, y él prácticamente había ignorado su muestra de solidaridad. ¿Estaba él, como afirmaba Hayhurst, castigándola por lo que Wendy había hecho? Acaso, ¿tenía miedo?

“Ven, querido.” Lillian le tendió una mano a Wendel.

Inmediatamente comenzó a avanzar. Cuando llegó hasta ellos, Lillian le tomó la mano. Se volvieron para mirar a Arthur y Hayhurst juntos. De repente, Arthur se dio cuenta de una infinidad de caras curiosas, desde los clientes de la taberna hasta otros comensales y el personal de la posada.

“Entonces, ¿no has venido aquí para matarme?” Preguntó Wendel.

Hayhurst dirigió una mirada inquisitiva a Arthur. Lillian los miró a ambos. Muy débilmente, Arthur pudo ver la decoloración persistente en la mandíbula de Wendel, donde había golpeado su puño. “¿Tú y mi hermana están casados? ¿Tiene documentos que lo demuestren?”

Wendel asintió. Se dio unas palmaditas en el bolsillo del abrigo. “Seguro. También hay testigos. Muchos. Me aseguré de esto.”

“¿Y no pasó nada… adverso antes de que se llevara a cabo la ceremonia?”

Lillian jadeó. “Arthur.”

Él la ignoró y miró fijamente a Wendel, quien negó con la cabeza. Arthur dejó escapar un suspiro y se frotó la frente. “Pues bien, ya no queda más que ofrecer mis mejores deseos.”

Lillian dejó escapar un grito de alegría y lo abrazó nuevamente. Arthur le devolvió el abrazo y la tristeza lo invadió. Ahora estaría verdaderamente solo.

“Gracias,” manifestó Wendel cuando dio un paso atrás. Le tendió la mano.

Arthur se sacudió y se obligó a decir las palabras correctas para superar el dolor en su pecho. “Felicidades hermano.”

Hayhurst repitió el gesto, aunque también parecía un poco molesto por sus buenos deseos. Entonces su expresión se iluminó. “Bueno, entonces, dado que ninguno de nosotros planea desafiar al primo Wendel, digamos que todos nos dirigimos a la residencia de campo de mi padre. Lanza un baile fabuloso cada Navidad. Te encantará.”

“Oh, ¿podemos?” Preguntó Lillian. “Eso sería encantador.”

Arthur se encogió de hombros, incapaz de deshacerse de su dolor lo suficiente como para importarle. “Si te gusta.”

“¿Estará, ah, Wendy allí?” Insistió Wendel.

Arthur ciertamente esperaba que no.

Lillian se volvió hacia Wendel. “¿Te importa?”

La expresión de Wendel se reafirmó. “No. No, no…”

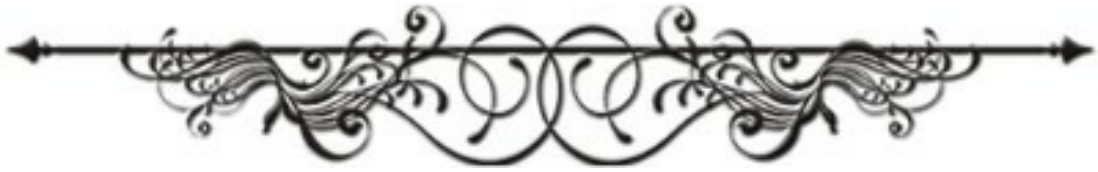
Hayhurst dejó escapar un suspiro explosivo. “Es un alivio porque creo que le prohibieron ir, pero invitaron a la tía Barlow. Hemos estado fuera de contacto, así que no sé si ella aceptó.” Hizo un gesto hacia la puerta. “Me doy cuenta de que es un poco tarde, pero será mejor que sigamos adelante. En carruaje apenas lo lograremos.”

Decidido a continuar su rumbo, Wendel se acercó al posadero para arreglar las cosas, mientras Hayhurst iba a ver si había nuevas monturas y a hablar con el cochero del carruaje de Wendel. Lillian se acercó a una mujer que Arthur supuso que era la esposa del posadero para intentar transmitirle su necesidad de llevarse comida para el viaje. Arthur permaneció de pie en la entrada de la posada, sintiéndose completamente solo.

Lillian y Wendel terminaron sus recados. Mirándose solo el uno al otro, cruzaron de regreso para encontrarse cerca de Arthur. Su hermana le tendió una mano a Wendel, quien la miró con una mirada tan tierna, por lo que Arthur tuvo que desviar su vista. Intentó reprimir los celos, pero de todos modos estos surgieron desde adentro.

Quería lo que tenían su hermana y Wendel. Amaba tanto a alguien. Debería estar dispuesto a hacer lo que fuera necesario para estar con ella, como lo habían hecho Lillian y Wendel. ¿Qué le había aconsejado Hayhurst? Si Daphne dudaba de Arthur, él simplemente debía demostrarle su amor.

Capítulo Veinticuatro



Sin ser vista por los que estaban abajo, Daphne se asomó entre los ejes de la barandilla, atravesó el vestíbulo de entrada y entró en el salón de baile. Como cuando era niña, se arrodilló en el suelo. A diferencia de entonces, un charco de gasa de muselina color salvia y de delicado encaje de pedrería la rodeaba. A diferencia de entonces, Daphne no sintió ni una pizca de alegría o anticipación. Lo que más deseaba era pasar desapercibida en un charco poco elegante en el suelo.

Cerró los ojos y aspiró el brillante aroma de las ramas de los pinos. Decoraron la casa de punta a punta, de arriba a abajo. Incluso las habitaciones de los sirvientes, aunque en su mayoría, estas carecían de piñas escarchadas, cintas brillantes y acebo de frutos rojos. Sin embargo, estos cuartos contaban con un ramo de besos decorado con encaje, cinta y nueces, al igual que la entrada arqueada al salón de baile.

Mientras ella observaba, Edward atrajo a las tres hermanas del señor Quincy, de edades comprendidas entre los quince y los diecinueve años, bajo el arco del que colgaban las ramas. Besó la mano de cada uno de las dos más jóvenes, y luego, cuando la mayor extendió sus dedos enguantados, dio un paso adelante y tocó sus labios con los de ella. Las tres chillaron de alegría y salieron corriendo. Dafne negó con la cabeza. Si no fuera Navidad, su hermano pagaría su impertinencia con un compromiso.

Lo que probablemente haría otra pareja feliz. Daphne dejó escapar un suspiro y cerró los ojos para borrar las festividades, pero eso no evitó las visiones de lo que sucedió.

Sus hermanos menores, vestidos de caballeros, cumplían con su deber, bailando con las chicas locales de su edad. Sus dos jóvenes hermanas, que ya eran mayores que Daphne, cuando ella espiaba a través de la barandilla cuando era niña, corrían abajo y aminoraban el paso solo cuando se dieron cuenta de que un adulto las escudriñaba.

Su nueva prima, Lillian, bailó una vez más con Wendel. Aunque no era de buena educación que bailaran casi exclusivamente entre ellos, las expresiones de todos se convertían en una tolerancia cariñosa cuando apuntaban en su dirección. Daphne imaginó que la misma libertad se extendería a Christine y al señor Quincy, pero ellos, alegres y sonrientes todo el tiempo, alternaban bailes y acompañaban a cualquiera que se pusiera de pie junto a ellos.

De todas las parejas a continuación, los propios padres de Daphne fueron los que menos adornaron la pista de baile. En verdad, mucho menos de lo habitual, pero no existía ninguna grieta allí. La madre de Daphne simplemente estaba preocupada por entretener a la tía Barlow y mostrarle la casa. Más a menudo de lo que Daphne había escuchado antes, la risa de su madre

brotaba y cualquier atisbo de ella revelaba una sonrisa.

Sus amigos y vecinos, sus parientes, todos los miembros del mundo de Daphne, se reunieron debajo. Todos estaban felices. La casa solariega brillaba a la luz de las velas. Candelabros y apliques goteaban cristales. Se percibía el aroma fresco de la savia de pino con capas de canela y manzana. La música llenó el salón de baile, se derramó hasta el vestíbulo de entrada y flotó hasta atormentar sus oídos... y no pudo mostrarse preocupada, porque el señor Garrick no había venido.

Cuando Edward, Lillian y Wendel llegaron en Nochebuena, le aseguraron que el señor Garrick estaba en camino. Había cabalgado delante de ellos, avanzando más rápido en el carruaje de Wendel. Esperaban que él los derrotara. En cambio, todo lo que había llegado era una nota que decía que él llegaría en breve. Daphne se había quedado despierta hasta bien entrada la noche, viendo arder el tronco de Navidad, pero él no había aparecido.

Algo cálido le salpicó la mano y lo sintió a través de la fina tela de su guante. Miró hacia una gota que empapaba la tela, seguida de otra y otra. Le tomó un momento darse cuenta de que eran sus lágrimas. Pasó las manos por las mejillas, haciendo que la tela se volviera gris por la humedad.

Entonces eso fue todo. No podía bajar con guantes que parecían manchados de tierra. Ella se los quitó. Tendría que volver a su habitación y secarlos junto al fuego. Si estuvieran presentables a tiempo, tal vez ella encontraría la voluntad de descender antes de que terminara la fiesta. Con guantes en una mano, se agarró a la barandilla con la otra y tiró, poniéndose de pie.

Abajo sonó un golpe. El corazón de Daphne tartamudeó. El mayordomo se adelantó para abrir la puerta. Una forma alta entró en un remolino de viento que hizo que las llamas de las velas en el vestíbulo de entrada se movieran confusamente. Se quitó el sombrero, dejando al descubierto su cabello negro ondulado, se deshizo de los guantes y luego se desprendió del abrigo principal, entregando la ropa al mayordomo por partes. Daphne lo miró fijamente con el corazón alojado en la garganta, apenas capaz de respirar y mucho menos de hablar.

“He venido a ver a la señorita Hayhurst.”

“¿No quiere decir, señor, que ha venido al baile de Hayhurst?” Preguntó el mayordomo.

El señor Garrick negó con la cabeza. “De hecho no. Me refiero precisamente a lo que dije. He venido por la señorita Hayhurst.”

Daphne abrió la boca para llamarlo, pero tenía la garganta demasiado apretada para pronunciar palabras. Levantó el rostro y buscó con la mirada. Sus ojos se encontraron con los de ella. Haciendo caso omiso de la protesta farfullada de su mayordomo, cruzó hacia la escalera.

Apenas capaz de respirar debido a su corazón palpitante, Daphne se movió rápidamente a lo alto de la escalera y bajó corriendo. En el último escalón se detuvo, consciente pronto de que no conocía las intenciones del señor Garrick. Lo que sí sabía era que cualquiera que mirara a través de la puerta arqueada del salón de baile podía verlos. Ella no lo atraparía, haciendo algo tan descarriado como abrazarlo... como tanto deseaba hacer.

“Señor Garrick,” logró decir, con su nombre como un susurro en sus labios.

Él hizo una reverencia. “Señorita Hayhurst.”

“Finalmente has llegado.”

“¿Me has estado esperando?”

“Me preocupaba que no vinieras.”

Se dio unas palmaditas en el bolsillo del otro abrigo, donde algo estaba arrugado. “Tuve que ir primero para obtener una licencia.”

¿Quiso decir para que pudieran casarse? “¿Una licencia?”

Él extendió una mano. “Sí. Tu hermana tiene una, así que pensé que tú también deberías tenerla, aunque el arzobispo está empezando a preguntarse por la cordura de las mujeres de Hayhurst.”

Daphne colocó su mano en la de él, antes de darse cuenta de que se le habían caído los guantes, en algún momento, en su prisa por saludarlo. Sus pieles se encontraron en una oleada de calidez que se extendió por su brazo para inundar su ser. En lo profundo de su ella, algo se alivió. Era un error corregido por su toque. Con su mano en la de él, ella bajó el último escalón.

Él miró a su alrededor y posó su mirada en la rama de los besos colgada en la entrada arqueada del salón de baile. Con un suave tirón, la condujo a través del vestíbulo de entrada.

“¿Qué estás haciendo?” Preguntó ella, sin aliento. “La gente está empezando a mirar.”

“No es suficiente. Deseo que todos sean testigos de mi estima por ti. Si pudiera, diría lo que he venido a decir ante todo el mundo conocido.”

Daphne dejó escapar un grito ahogado. Él debía tener la intención de proponerle matrimonio. ¿Qué más podría planear? “¿Tú… quieres pedirme que sea tu esposa? ¿Aquí? ¿Ahora?”

Él hizo una pausa y volteó hacia ella. Dentro del salón de baile, cada vez más invitados detuvieron su charla y sus pasos para mirar a través de la puerta. Con la mano todavía entre la suya, él levantó la otra para acariciarle la mejilla. Al recordar cómo había estropeado las cosas la última vez que se vieron, Daphne se esforzó por reprimir un escalofrío de alegría.

“¿La licencia especial y la propuesta pública no son un gesto lo suficientemente grandioso?” Preguntó el señor Garrick en voz baja. “Me pediste que te demostrara que mi amor por ti es tal que estoy dispuesto a deshacerme del decoro. Pedir tu mano delante de toda esta gente, cuando ni siquiera he pedido permiso a tu padre, es el único medio que puedo imaginar para hacerlo sin faltarte el respeto. Burlaré las costumbres de la sociedad para demostrar mi amor, pero nunca lo demostraré comprometiendo tu virtud.”

Daphne miró fijamente esos tormentosos ojos grises. Su mano tembló en la de él. Ella respiró entrecortadamente, demasiado asustada para destrozar un momento tan perfecto para expresar su respuesta.

“¿Dafne?” Preguntó en el mismo tono tranquilo y esperanzado.

Ella no necesitaba palabras. En cambio, le apretó la mano con más fuerza y tiró de él por el resto de la distancia hasta el arco. Ella los detuvo bajo la rama de los besos y se le enfrentó. Dentro del salón de baile se elevó un murmullo. Aunque los músicos siguieron tocando, Daphne dudaba que todavía hubiera una sola pareja bailando. Sintió cientos de ojos sobre ellos.

“Te amo, Arthur.” Poniéndose de puntillas bajo la rama navideña, le bajó la cabeza y lo besó.

Sonaron jadeos, rápidamente ahogados por los aplausos. Él la envolvió en sus brazos y la levantó, profundizando su beso. Ella le rodeó el cuello con los brazos. Finalmente, él había declarado su amor. Su corazón estaba tan lleno que sabía que él nunca la dejaría ir.

Pero lo hizo. Con expresión reacia, la puso de pie y luego alisó los rizos que de alguna manera se habían soltado durante su abrazo. Volviendo a capturarle la mano, se arrodilló. Vagamente, Daphne escuchó más jadeos, teñidos de alegría más que de sobresalto, aunque poco sonido penetró los latidos de su pulso en sus oídos.

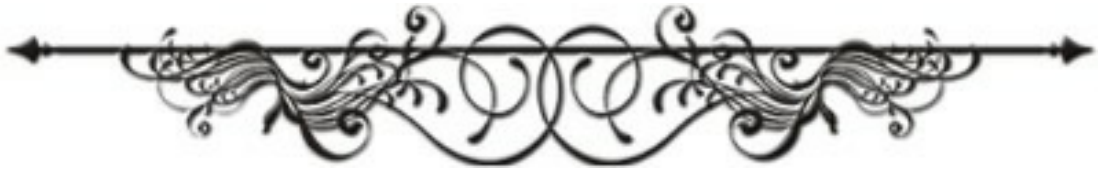
“Daphne Hayhurst,” expresó Arthur. Sus ojos grises no mostraban ningún indicio de tormenta. “Traes luz y alegría a mi mundo. Me niego a soportar un momento más sin ti. En pocas palabras, te amo. Por favor, ¿quieres ser mi esposa?”

Daphne intentó tragarse el nudo de alegría que le atascaba la garganta. No podía decir nada malo ahora, ¿verdad?

Ella respiró hondo. “Sí.”

Él se puso de pie de un salto. Para su alegría, ella volvió a estar en sus brazos. Mientras besaba profundamente a Arthur Garrick ante toda la sociedad, Daphne supo que su amor era el regalo Navideño más maravilloso que jamás hubiera existido.

Epílogo



Arthur dejó que el libro que estaba leyendo descansara abierto sobre el brazo de su silla, mirando a Daphne en lugar de asimilar las palabras de la página. Su esposa disfrutaba especialmente de las cartas de su familia. Bañada por una mezcla de luz del fuego y de las velas, con sus relucientes mechones brillando en oro y rojo, ella examinó la página. Él siguió sus rasgos con la mirada, seguro de que nunca había visto algo tan hermoso como Daphne acurrucada en una silla en su salón favorito.

Ella levantó la vista con el ceño fruncido. “Christine todavía sostiene que no asistirá al baile navideño de mamá y papá si invitan a Wendy.”

Arthur se encogió de hombros. “¿La culpas?”

“Han pasado cinco años. La prima Wendy se ha vuelto muy arrepentida.”

“Ella no está arrepentida. Está desesperada. De veintiséis años y todavía soltera, está dispuesta a humillarse para sacar provecho de las conexiones de su familia.”

El ceño de Daphne se hizo más profundo. “¿Lillian ha dicho algo? ¿Creen ella y Wendel que Wendy debería ser perdonada?”

“Ciertamente. Wendel siempre ha perdonado rápidamente a su hermana y Lillian es de buen corazón.” Arthur le ofreció una sonrisa. “Como tú.”

Él dejó de señalar que Wendel sería siempre responsable de Wendy si ella no conseguía un marido, algo que sin duda deseaba evitar.

“Entonces, ¿no la has perdonado?”

Arthur negó con la cabeza. “Lo he hecho. Eso no significa que desee pasar las Navidades con ella.” Su mirada se posó en los labios de Daphne. “¿Por qué soportarla durante mi época favorita del año?”

El lazo rosa de la boca de Daphne se levantó en las comisuras. “Te das cuenta de que cada año escandalizamos a todo el mundo cuando me besas bajo la rama de los besos. El año pasado, creo que alguien sugirió rociarnos con ponche para enfriar nuestro ardor.”

“Según recuerdo, fuiste tú quien metió los dedos en el pelo y no me soltó.”

“Me atrevo a decir que no deseabas que lo hiciera.”

Arthur se rió entre dientes, incapaz de refutar eso. “Suficientemente cierto. ¿Ves lo maravillosa que es la Navidad? ¿Por qué estropear eso incluyendo a la señorita Barlow?”

El ceño de Daphne reapareció. “Tu disgusto es más comprensible. Su trato hacia Christine, aunque vil, resultó en que mi hermana obtuviera lo que más deseaba, mientras que tú perdiste una suma considerable.”

“No tengo idea sobre qué te refieres.” Arthur levantó su libro con fingido interés, pero no ocultó la diversión en su rostro. Daphne a menudo intentaba atraparlo para que lo admitiera.

Aunque sus relaciones eran positivas, y ella estaba casi segura que él era el benefactor anónimo del señor Quincy, Arthur nunca lo admitiría. Hacerlo pondría a Quincy en la incómoda posición de tener que devolverle el dinero. Quincy hizo un trabajo admirable, administrando su pequeña propiedad y había invertido bien la dote de su esposa, pero no podía permitirse el lujo de pagarle a Arthur. Si Quincy hubiera pagado las deudas él mismo, probablemente todavía le quedarían tres años antes de cumplir con el requisito del señor Hayhurst de casarse con su hija. En cambio, los dos parecían felizmente felices y le habían proporcionado dos primos a la hija y al hijo de Arthur y Daphne.

Ese pensamiento le provocó una nueva sonrisa. Uno de los aspectos favoritos de Arthur de la celebración anual de los Hayhurst era la reunión de niños. Habiendo vivido los primeros veintitantos años de su vida con una familia muy pequeña, Arthur disfrutaba viendo a su hija y su hijo corretear con las dos hijas de los Quincy y los gemelos de Lillian y Wendel. La Navidad, con las decoraciones, la comida, las relaciones y los amigos, realmente se había convertido en su celebración favorita.

“Arthur,” lo llamó Daphne.

Miró el libro y se encontró con sus encantadores ojos color ámbar. “¿Sí, querida?”

“Te amo, incluso si me ocultas este secreto.”

“Eso es muy amable de tu parte.” Volvió a fingir que leía.

“Arthur,” repitió Daphne su nombre con fingida indignación.

“¿Sí, querida?”

“¿No estás olvidando algo?”

Arthur cerró el libro y lo dejó a un lado mientras se levantaba. Cruzó la habitación hacia ella y le tendió la mano. Ella colocó su palma en la de él.

“Yo también te amo,” dijo y la besó, lo que demostró. Por mucho que Arthur disfrutara de la Navidad, se reservaba el derecho de fingir que estaban bajo una rama de besos cuando quisieran, sin importar la temporada.

Otras Obras de L. Summer Hanford

Espero que hayas disfrutado del final feliz para siempre de Daphne y Arthur. Para un romance de Regencia más dulce que termine con un beso de Nochebuena, inténtalo con Sleigh Bells & Slander

Suscríbete a mi boletín y pide un libro de agradecimiento hacia ti. ¡Obtén adelantos, alertas de nuevos lanzamientos, obsequios y mucho más!

https://geni.us/eMailSignUp

¿Estás triste porque este libro no es parte de una serie? Entonces, amarás esto:

The Duke’s Bequest

¡Gracias por leer esta novela!

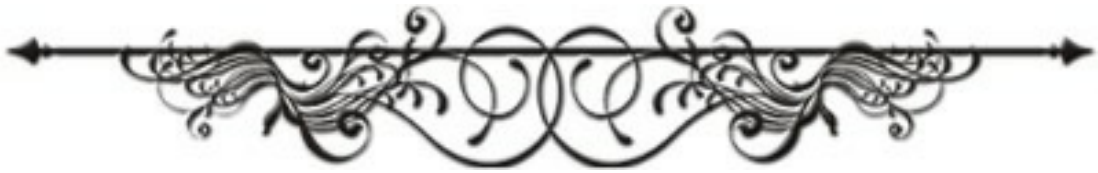
Realmente, espero que hayas disfrutado viendo a Daphne y Arthur encontrar el amor y frustrar las maquinaciones de Wendy. Si te divertiste y quieres hacérmelo saber, o incluso si no te divertiste y tienes ganas de compartirlo, me encantaría saberlo. Ten la seguridad de que leo todas las reseñas en:

Amazon
BookBub
Goodreads

Así que puedes comunicarte conmigo donde quieras y siempre estaré en: summer@summerhanford.com

Y para recibir actualizaciones continuas sobre el próximo libro, uno de agradecimiento hacia ti, adelantos, alertas de nuevos lanzamientos, obsequios y mucho más, suscríbete a mi boletín: https://geni.us/eMailSignUp

Acerca del Autor



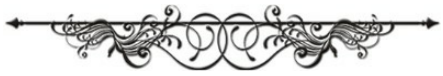
L. Summer Hanford

Summer Hanford es autora de novelas románticas históricas, dulces y llenas de aventuras, recuentos de *orgullo y prejuicio* y alta fantasía, y escribe sus novelas históricas bajo L Summer Hanford. Vive en Nueva York con su marido y de manera obligatoria, posee unos gatos deliberadamente mimados. La última incorporación a su hogar, una enérgica mezcla de setter y pastor, (todavía) no es apreciada por ninguno de los gatos, pero es muy querida por los humanos. Para obtener más información sobre Summer visita: www.summerhanford.com

Puedes contactarla en:

TikTok
Facebook
Amazon
BookBub
Goodreads
Instagram
Twitter

Créditos



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos, localidades e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Sin embargo, varias figuras históricas y ubicaciones utilizadas se emplean con la mayor precisión posible.

Edición digital.

His Yuletide Kiss. Copyright © 2019. Summer Hanford.
Portada Copyright © 2019 de Summer Hanford.
Diseño de la portada de Victoria Cooper Art
Diseño del libro de Summer Hanford.
www.summerhanford.com

Por favor, no reproduzca ni distribuya este trabajo sin el permiso expreso de la autora: summer@summerhanford.com

¡Gracias!